ENRIQUE ANDÚJAR



OVER LIGHT

PARTE UNO

Enrique Andujar

Overlight

Parte uno

Copyright © 2024 by Enrique Andujar

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPITULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DEL PROGRAMA OVERLIGHT?

Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO “OVERLIGHT PARTE UNO”

OVERLIGHT PARTE DOS

AVANCE DE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LA NOVELA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CONTINÚA CON LA LECTURA DE “OVERLIGHT PARTE DOS”

CAPÍTULO 1

Agosto de 2025

El laboratorio estaba totalmente desprovisto de vida aquella calurosa y pegajosa tarde de sábado en la capital del Turia.

Aunque claro, ¿quién osaría perturbar su tranquilidad cuando había pedido expresamente que no se diera el caso bajo ninguna circunstancia?

No era él un hombre fácil de desobedecer.

De hecho, no era fácil de llevar en absoluto.

Era huraño, malhumorado, egoísta, serio, duro, cascarrabias… Aunque también era un maldito genio y eso lo compensaba con creces.

Al menos en opinión de sí mismo.

Por lo tanto…

Lo dicho.

¿Quién osaría molestarlo aquella tarde de sábado?

Cabía la posibilidad de que ese maldito policía sí que se atreviera a hacerlo.

Sí, era posible que ese hombre se planteara hacer tal cosa y, justo por esa razón, le había exigido el tiempo necesario como para tomar una decisión respecto a su extraña petición.

Pasó por delante del escritorio que un tiempo atrás había utilizado su secretaria y que ahora estaba tan vacío como su alma.

Traspasó el umbral de la puerta que separaba la zona de su despacho de la del laboratorio. El lugar que prácticamente se había convertido en su residencia habitual.

Caminó junto a los ordenadores que utilizaba para monitorizarse y, con la pastilla roja en el interior de su bolsillo, observó todas las fotografías que había ancladas en corchos en el interior de la sala de pruebas del programa.

Tragó saliva mientras respiraba hondo e introducía la mano derecha en el interior del bolsillo de su bata. Fue soltando el aire por la boca y, antes de sentarse sobre el blanco suelo de la sala, se tragó la pastilla al tiempo en el que cerraba los párpados y se perdía hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 2

Octubre de 2030

Su primer encuentro tuvo lugar en un coqueto restaurante de un precioso pueblecito a las afueras de París.

Se trataba de un lugar pequeño y a la vez dotado de un encanto tan especial que únicamente se podía encontrar en un emplazamiento conocido por haber sido el punto neurálgico de algunos de los pintores impresionistas más ilustres, tales como Daubigny, Cézanne, Pissarro o Van Gogh. Este último incluso terminó sus últimos días bajo la sombra de aquellos maravillosos decorados tantas veces retratados por el Impresionismo.

Todos y cada uno de los allí presentes habían recibido un mensaje que indicaba la hora y el lugar exacto en el que tendría lugar la reunión.

Junto a una clara advertencia: en el momento en el que pusieran un pie en el restaurante, ya no habría vuelta atrás.

Por lo tanto, debían pensárselo dos veces antes de aparecer por allí.

La primera impresión fue algo extraña.

Todos eran plenamente conscientes tanto de las razones que les habían conducido hasta ese lugar como del hecho indiscutible de que no era confianza lo que debían esperar.

Del mismo modo que tenían la absoluta certeza de que, si se encontraban entre los elegidos, se debía a que eran los mejores haciendo su trabajo.

Desconocían el nombre del resto de los presentes y, de la misma manera, tenían completamente prohibido comentar nada de índole personal que pudiera facilitar su identificación.

Todos ellos tendrían un apodo y portarían una máscara acorde a su nombre.

La conversación fue algo tensa y, por supuesto, clara y concisa. Y, al evitar cualquier conversación personal, lo único de lo que podían hablar era acerca del plan, que por supuesto ya estaba perfectamente orquestado y preparado.

En los días previos al robo recibieron una memoria usb con la información necesaria para su participación, que debía ser destruida una vez esta estuviera leída y comprendida. Bajo ninguna circunstancia podía quedar rastro alguno del que nadie pudiera tirar.

El asalto tendría lugar el lunes próximo a las cinco de la tarde. El camión blindado saldría del último banco dos minutos antes de que lo abordaran y justo en el preciso momento en el que todo el dinero se encontrara en su interior.

Don Perro salió a las cuatro y media de la tarde del aparcamiento donde aguardaba la furgoneta que usarían para el atraco, o al menos una de ellas. Desconocía por completo todo lo

que no estuviera relacionado directamente con su participación. Por lo tanto, no sabía a ciencia cierta si usarían más vehículos durante el asalto. Preparó el arma y la máscara y condujo hasta el punto desde donde debía esperar a que don Lobo apareciera. Este último era el encargado de los explosivos.

Llevaba todo el material en una mochila y subió a la furgoneta que conducía don Perro.

—Buenos días —saludó Don Perro cuando Don Lobo subió a la furgoneta.

Don Lobo le miró de reojo mientras colocaba la mochila entre sus piernas.

—Cierra la puta boca y conduce —contestó sin siquiera dedicarle una escueta mirada.

—Solo quería ser simpático, pero no te preocupes, que no volverá a suceder —espetó Don Perro justo después de arrancar el coche y salir a la carretera.

Don Gato aguardaba junto a un bar a las afueras de la ciudad.

En el usb que le habían proporcionado estaban muy claras sus instrucciones.

Debía robar un coche patrulla justo a las cuatro y cuarenta y cinco minutos.

Meses atrás, momento en el que Don Tigre planeaba el atraco, averiguó que una pareja de agentes se detenía a diario en ese bar a comer algo en su descanso. Siempre compraban los bocadillos y se los comían en el interior del coche en la calle de detrás, y justo en ese emplazamiento era donde él tendría que darles pasaporte y robarles el vehículo.

No debía quedar nadie con vida que pudiera dar aviso del delito.

Tal y como Don Tigre había vaticinado, los dos agentes aparecieron a la hora prevista, se apearon del coche y compraron sendos bocadillos. Acto seguido, salieron del bar, entraron de nuevo en el vehículo, arrancaron y condujeron hasta la calle de atrás.

Don Gato se acercó al coche con el arma escondida en el interior de la manga de la chaqueta y el dedo junto al gatillo. Debía ser rápido y limpio y, al usar silenciador, nadie escucharía más que un ligero silbido.

Sin embargo, justo cuando se encontraba a un metro del coche patrulla, los dos agentes se apearon del coche a toda velocidad.

—¡Corre, la llamada proviene de este edificio! —anunció a voces uno de los agentes.

—¡Ve a la entrada principal, yo iré por la salida de incendios! —contestó su compañero mientras se dirigían hacia el edificio.

Don Gato se quedó totalmente desconcertado sin saber qué hacer. Por un lado, lo más fácil sería hacer un puente y salir como alma que lleva el diablo con el coche patrulla, pero, por otro lado, sus órdenes eran claras. Debía matar a esos agentes.

Ojeó su reloj para comprobar que ya era la hora. En quince minutos se llevaría a cabo el asalto y él debía de estar allí, por lo que no había mucho en lo que pudiera pensar. Abrió la cerradura, arrancó el motor tras unir los pertinentes cables y se alejó del lugar.

Don Ratón acababa de hacerse con una moto robada y se dirigía al punto de encuentro. Él tenía que llegar el primero y esperar a que se aproximara el furgón. En ese momento su misión sería informar de su llegada para que efectuaran sus respectivos movimientos. Cuando llegó al punto de encuentro miró su reloj, eran las cuatro y cincuenta y dos, por lo que todavía restaban ocho minutos para avistar el furgón.

Era cierto que según sus datos era plausible que pudiera adelantarse o atrasarse algunos segundos. Don Tigre le había proporcionado una lista de tiempos en la que quedaba reflejado el recorrido durante los últimos dos meses y el margen de error era realmente pequeño.

—En posición —informó Don Ratón a través del walkie-talkie.

—Llegando —añadió Don Gato conduciendo el coche patrulla por la autopista.

—En posición —dijo Don Tigre desde el interior de una furgoneta a dos calles de distancia a la espera de que que Don Ratón le diera el aviso.

—En posición —anunció Don Lobo mientras Don Perro aparcaba en la misma calle del asalto.

El furgón blindado se avistaba a lo lejos. Faltaban menos de trescientos metros para que llegara al punto de intersección y, sin embargo, Don Gato todavía no había llegado.

—Está a trescientos metros, ya puedo verlo desde aquí —informó Don Ratón.

—¿Don Gato, dónde coño estás? —preguntó Don Tigre nervioso—. Eres tú el que tiene que parar ese puto furgón, ¿dónde hostias te has metido, maldito imbécil?

Don Gato conducía más rápido de lo que era capaz. Incluso había puesto en marcha la sirena de la policía con la intención de avanzar a más velocidad, pero el furgón se había adelantado y era factible que no llegara a tiempo.

—Llego en un minuto —anunció Don Gato mientras se adentraba en la calle indicada. Ya podía ver el furgón a lo lejos, justo frente a su posición.

—Un minuto es demasiado tarde, inútil —se quejó Don Tigre al tiempo que golpeaba el volante de su coche. No se podía creer que después de tanta preparación todo pudiera irse a la mierda porque ese imbécil fuera incapaz de ser puntual.

Don Gato se cambió al carril contrario.

Con la sirena prendida, todos los coches se apartaban a su paso ipso facto y, pese a que estuvo muy cerca de sufrir uno o dos accidentes, recuperó mucho del tiempo que llevaba de retraso.

—Está a treinta segundos del punto de encuentro —informó Don Ratón con los ojos puesto sobre los movimientos del furgón—. ¡Preparados!

—¡Don Gato, acelera el puto coche! —ordenó Don Tigre furioso gritándole al walkie-talkie —. Los demás preparados, si ese inútil no llega, habrá que parar ese furgón como sea. No hemos llegado hasta aquí para irnos con las manos vacías, ¿entendido?

Todos asintieron.

—Diez segundos, el furgón está a diez segundos. Todos listos para entrar —informó Don Ratón antes de arrancar la moto y acelerar al máximo.

Don Gato adelantó tres coches por la derecha y llegó frente al furgón justo en el momento que alcanzaba el punto de encuentro. Adelantó el furgón por su derecha y se interpuso en su camino dándole el alto con la sirena puesta.

—¡Estoy, estoy! Vamos, vamos, vamos, daos prisa, ya ha parado —dijo Don Gato histérico.

Había estado a punto de fallar, pero ese imbécil había llegado justo a tiempo.

Don Perro y Don Lobo detuvieron la furgoneta justo detrás del furgón, se apearon a toda prisa y colocaron las cargas en la puerta trasera. Un instante más tarde, estallaron los explosivos provocando que la puerta volara por los aires.

Don Tigre y Don Ratón extrajeron sendas armas y se quedaron vigilando la puerta, a la par que Don Perro y Don Lobo se internaban en su interior.

Don Gato abandonó el coche patrulla y apuntó al conductor. Este, aterrorizado, no se movió un ápice y, poco a poco, fue poniendo las manos por encima de la cabeza.

Don Lobo salió del interior del furgón hecho una furia.

—¡Aquí no hay una mierda! —exclamó matando a Don Tigre con la mirada.

—¿Cómo que no hay nada? ¡Eso es imposible! —contestó Don Tigre a plena voz.

—Pues entras tú y lo compruebas —dijo mientras salía del furgón y se colocaba frente a Don Tigre.

Don Tigre se adentró en el furgón y al poco tiempo se apeó gritando.

—¡Don Gato, es una trampa, sabían que veníamos! ¡Cárgate al conductor!

Don Gato reaccionó a las órdenes de Don Tigre y se dispuso a apuntar hacia la cabeza del conductor cuando se escuchó un disparo. De un momento a otro los sesos de Don Gato se esparcieron sobre la carretera y todos los presentes buscaron con la mirada la procedencia del estruendo. En lo alto del edificio, un francotirador apuntaba en su dirección.

Todos comenzaron a correr por sus vidas, aunque no llegaron muy lejos.

Ocho coches patrulla aparecieron de la nada y abarrotaron la calle cubriendo todos los flancos.

Otros tantos agentes abandonaron los edificios contiguos e incluso la mayor parte de los civiles presentes eran policías de paisano. De pronto extrajeron sus pistolas y se dirigieron a los atracadores, que, muy despacio, fueron dejando caer sus armas al suelo.

Todos excepto Don Lobo que, en un alarde de valentía, disparó su arma hacia uno de los coches patrulla que se aproximaba, justo antes de que el francotirador le agujereara la cabeza de parte a parte y mandara un claro mensaje que todos los demás comprendieron a la perfección.

Nada de tonterías.

Los agentes avanzaron sobre ellos y los fueron reduciendo de inmediato para, acto seguido, esposarlos e irlos metiendo en un furgón blindado.

A pocos metros de los reducidos asaltantes, el comisario Rousseau no cabía en sí de gozo.

Todo había salido exactamente como indicaban las instrucciones.

Una semana atrás había recibido una caja en su despacho sin nombre ni dirección en la que estaba detallada toda la operación que se acababa de realizar. Paso a paso indicaba todo lo que iban a hacerlos atracadores y cada acción que sus hombres debían de realizar para contrarrestarla.

No tenía idea alguna de quién ni por qué le había proporcionado dicha información, pero poco importaba, después de esa operación le esperaba un gran ascenso.

Al mismo tiempo en el que el comisario Rousseau se regodeaba ante su suerte, el ex agente Andrea Gentile caminaba por su oficina de Valencia.

Llevaba viviendo en la capital del Turia más de cinco años y siempre era en esa ciudad desde donde preparaba cada operación antes de llevarla a cabo.

Acababa de escuchar en las noticias que el atraco en París había sido un desastre total y que la policía había conseguido detenerlo antes de que siquiera se hubiera llegado a cometer. Por supuesto, todo el crédito recaía sobre los hombros del comisario Rousseau, cabeza pensante del plan de investigación que había llevado a la policía francesa a adelantarse de una manera tan brillante. Para Andrea era mejor de esa forma, si él permanecía entre las sombras, el programa también lo estaría.

Caminó a través de un largo pasillo hasta llegar a una pequeña sala, donde le esperaba una gran cantidad de información acerca de un hombre llamado Frank Miller, también conocido como Don Tigre, colgada en las paredes: fotografías, recortes de periódicos y una inmensa cantidad de detalles acerca de su vida, su personalidad, e incluso acerca de sus rasgos físicos.

Vació sin prisa toda la información que aguardaba en las paredes y poco a poco fue llenándola de nuevo, esta vez con datos acerca de un empresario norteamericano llamado John Marshall.

CAPÍTULO 3

Noviembre de 2024

Eran las cinco de la tarde de un lluvioso domingo de noviembre. El agua caía sobre la oscura calle mientras Sergio observaba desde la ventana. Le embelesaba ver cómo el agua caía sobre los árboles, los coches y las personas que corrían en un vano intento por dar con una protección invisible.

La ventana permanecía abierta para permitir el paso tanto de una suave brisa como de pequeñas y ligeras gotas de lluvia que el viento empujaba hacia el interior del despacho.

Laura no le permitía fumar en el interior de la casa que compartían sin una ventana abierta. Ya podía ser que lloviera, tronara o que la temperatura no superara los dos grados bajo cero, aunque esto último en la capital levantina era realmente difícil de acontecer.

Prácticamente nadie había cogido paraguas aquel lluvioso día, porque claro, sumado al hecho indiscutible de que Zeus se había olvidado de la costa mediterránea, había que añadir que el noticiario había vaticinado erróneamente un día soleado.

Se encontraba ensimismado en su despacho. Un habitáculo pequeño y austero en el que se podía discernir un escritorio de madera de fresno con un ordenador portátil sobre su lomo, un cenicero junto a la ventana desde donde trataba de encontrar inspiración, una estantería repleta de libros y una silla junto al escritorio.

Más que suficiente como para cubrir sus escasas necesidades.

Aunque, sin lugar a dudas, lo más importante para él era la gran ventana. De hecho, había convertido esa habitación en su despacho únicamente por esa ventana, desde donde podía observar la totalidad de la calle e incluso donde se atisbaba a lo lejos el frondoso parque al final de la misma.

Permanecía en pie mientras saboreaba el tabaco con una parsimonia desgarradora, pues era plenamente consciente de que en el momento en el que la ceniza se desintegrara por completo no tendría excusa alguna para no sentarse frente al ordenador. Y en ese momento sería plenamente consciente de que no tenía nada que escribir.

Habían pasado semanas y, para su desgracia, los resultados no habían cambiado apenas un ápice.

No había logrado escribir nada.

Y en el fondo él era un buen escritor, de hecho era sustancialmente mejor de lo que él mismo era capaz de reconocerse. Había pasado dos años escribiendo en una columna de opinión de un periódico nacional, pero, tras dejar su trabajo para tratar de convertirse en novelista, parecía que todo lo que había hecho hasta ese momento se hubiese desvanecido por completo.

Se sentía novato de nuevo, con la misma sensación que el día que pisó el periódico por primera vez como becario en prácticas nada más salir de la universidad, hacía casi tres años.

Recordaba aquel lejano día como si el tiempo se hubiera detenido.

Sentía los nervios, advertía el tiempo excesivo dedicado frente al espejo practicando la manera óptima de efectuar un saludo durante una entrevista y el vergonzoso hecho de que su padre le diera la mano una y otra vez para comprobar su sudoración.

Dar la mano mojada o sin la fuerza necesaria era un síntoma de una inseguridad intolerable, y el primer día debía sentirse seguro de sí mismo; y si no lo estaba, al menos debía hacer todo lo posible para aparentarlo.

Su padre no le había dado a lo largo de su vida demasiados consejos. Él era un hombre hecho a sí mismo, parco en palabras y en sentimientos, sin embargo, el último de ellos provocó irremediablemente que dejaran de hablarse. Sergio podía comprender que su padre no quisiera que dejara el periódico para adentrarse en un mundo tan difícil como la ficción literaria, pero no podía tolerar que se lo prohibiera. Eso era algo que no le iba a permitir.

Pese a todo, se sentía con la potestad de tomar sus propias decisiones porque, incluso siendo erróneas, eran suyas, y aunque agradecía sus consejos, no podía prohibirle hacer algo que realmente sentía que debía hacer.

Pero ese no era el peor de sus problemas, no señor.

Su relación con Laura había ido cuesta abajo desde que se habían ido a vivir juntos. Únicamente habían pasado seis meses y prácticamente ni se hablaban y, cuando lo hacían, no era precisamente para mejorar la situación. El sexo, que unos meses antes había sido bueno, y, por supuesto, frecuente, había desaparecido de sus vidas casi por completo, y una pareja de veinteañeros no podía aguantar en esa sequía constante.

Su padre era consciente de la verdadera razón que había empujado a su hijo a dejar su trabajo y dedicarse a la escritura. Y ahora que sabía que su hijo iba a hipotecar su vida para tratar de impresionar a Laura no se lo iba a permitir.

Él había nacido en una familia de clase media-baja y, con mucho esfuerzo, y compaginando la universidad con diferentes trabajos, había conseguido convertirse en un médico de renombre. Él siempre deseó que Sergio siguiera sus pasos, aunque pronto comprendió que su hijo no solo tenía otros planes, sino también otras aptitudes alejadas de la medicina.

Padre e hijo discutían a menudo desde hacía meses. Tenían una forma tan distinta de ver el mundo que se fueron distanciando poco a poco hasta no verse más que cuando era totalmente necesario.

Su padre le echaba en cara que lo hubiera dejado todo por escribir una novela que no sabía si sería capaz de terminar. Y Sergio se defendía alegando que la verdadera razón por la que no quería que lo hiciera era porque pensaba que lo hacía por Laura.

Era una discusión absurda, porque, aunque ambos tenían razón en sus argumentos, también estaban equivocados. Su padre era demasiado orgulloso como para dar su brazo a torcer, mientras que Sergio se había doblegado en demasiadas ocasiones ante su padre como para volver a hacerlo ante algo que él consideraba que era lo correcto.

Era cierto que no estaba equivocado en lo referente a la novela. Para su desgracia empezaba a comprender que podía haber cometido un grave error, pero al mismo tiempo sentía que debía de poder hacer lo que quisiera sin depender de lo que su padre desease o esperase.

Sergio dio buena cuenta a su cigarro y paseó la mirada por el parque del final de la calle. Este aguardaba vacío con la única excepción de unas pocas palomas que peleaban por un trozo de pan mojado. Liberó lentamente el humo de sus pulmones hacia el exterior de su boca y cerró finalmente la ventana. Una vez acabado el cigarro, tenía permiso para cerrarla y a cada segundo entraba más frío del exterior.

Se sentó delante del ordenador mientras trataba de convencerse a sí mismo de que esta vez sí que tenía algo que contar. Los dos primeros capítulos los había escrito en dos días, pero, incomprensiblemente, llevaba semanas con el tercero.

Abrió la pantalla y observó la hoja en blanco donde únicamente constaba el título: «Capítulo 3».

Esa imagen desoladora provocó que desapareciera cualquier atisbo de esperanza. Se colocó las gafas de leer y se acarició la incipiente barba mientras recordaba todo lo ocurrido durante los dos capítulos anteriores.

De golpe sintió un escalofrío.

Acababa de darse cuenta de que hacía horas que Laura tenía en su poder los dos primeros capítulos y lo que ella pensara era realmente importante para él. Si para él ya era difícil seguir con la novela, una mala crítica por parte de su novia podía ser realmente devastadora.

Trató de no pensar en Laura leyendo sus líneas. Dejó de lado la trama de los dos primeros capítulos e imaginó la idea general, algo que sí tenía claro hacía meses y de la que realmente se sentía orgulloso. Las palabras brotaban de su mente y al fin parecía que tenía algo que contar.

—«Daría lo que fuera por un café», murmuró Sergio tratando de organizar las ideas que revoloteaban en su cabeza. Pero por nada del mundo se arriesgaría a pisar la cocina en ese momento. Ver a Laura leyendo sus páginas podría detener bruscamente su creatividad.

Emitió un fuerte suspiro y colocó los dedos sobre el teclado.

Sus manos se movían firmes presionando las teclas a gran velocidad. Estaba escribiendo todo lo que pasaba por su cabeza sin pensarlo demasiado. Simplemente se dejaba llevar. Las palabras parecían brotar de la nada y todo lo que no había escrito en semanas parecía que podía escribirlo en apenas unos minutos de inspiración.

Debía aprobechar el momento.

CAPITULO 4

Diciembre de 2030

La sala de audiencias estaba totalmente abarrotada. Ni un alma sería capaz de adentrarse entre esas cuatro paredes porque, ni el más incauto en la gran manzana, quería perderse cómo aquel aciago día iba a juzgarse a John Marshall.

Un hombre que, con la firme intención de cobrar la indemnización de su seguro debido tanto a unas malas inversiones como a una avaricia sin límites, había tomado la decisión de incendiar una de sus fábricas con ciento cincuenta trabajadores en su interior.

Ochenta y siete ya habían pasado a mejor vida mientras que otras nueve aguardaban en la UCI en estado crítico.

Y, entre todas esas almas que buscaban aferrarse desesperadamente a la vida, se encontraba Katy, una niña de doce años que había decidido visitar a su padre en el día de su cumpleaños con una tarta que había horneado ella misma.

Uno de los métodos de persuasión para con el jurado que utilizó el poco decoroso fiscal, había sido un video de la niña en el que preparaba la suculenta repostería durante el día previo al desastre.

La inspectora Rachel Free y su compañero, el inspector Russell Harden, llevaban cinco meses investigando a Marshall, aunque y, para su desgracia, ese día abandonaría el juzgado por su propio pie y por la entrada principal en total libertad.

Rachel no albergaba duda alguna al respecto.

Durante la investigación habían dado con los alegatos de tres testigos que podían confirmar los hechos. Había sido un arduo trabajo, pero las fotografías mostradas de la niña acompañando a su padre a su lugar de trabajo sin duda ablandaron los corazones más fríos.

Sin embargo, y para sorpresa de la agente Free, durante la semana previa al juicio todos ellos se esfumaron de la faz de la tierra.

No tardaron en averiguar que dos de los testigos habían abandonado el país con un gran maletín repleto de billetes y, el tercero, que se negó en rotundo al soborno, estaría enterrado en cualquier bosque cercano o abandonado en alguna cuneta.

El juicio fue rápido, tal y como Rachel había previsto. Al no contar con testigos, el fiscal no disponía de las pruebas necesarias como para continuar con la acusación y el juez desestimó el caso sin dilación ni reparos. Por lo que John Marshall salió por la puerta principal del juzgado penal en el Centro Cívico de Manhattan como un hombre libre y sin cargos pese al enfado y los abucheos de la muchedumbre que aguardaba en el exterior del juzgado con pancartas acusadoras y amenazas de muerte.

John Marshall se alzó de su asiento y le dedicó una gran sonrisa a Rachel que, ardiendo en rabia, precisó de la sujeción de su compañero para no abalanzarse sobre su cuello.

Rachel había mantenido contacto con el fiscal encargado del caso a lo largo de todo el proceso para tratar de discernir la manera óptima de enfocarlo. James Williams era un fiscal joven, ayudante del fiscal general, que buscaba méritos para ascender tanto en la fiscalía como en política.

Era un hombre realmente ambicioso y, en opinión de Rachel, alguien en el que no se podía confiar a pies juntillas.

Tanta ambición siempre ocultaba un lado oscuro.

Williams era un hombre bajito y poco atractivo. Sus ojos negros sobre una nariz prominente y una boca torcida emitían signos evidentes de una malicia bien planeada.

En un principio todo funcionó como una máquina bien engrasada.

Reunieron las pruebas pertinentes, dieron con los testigos e investigaron los pormenores del caso. James logró convencerlos de subir al estrado tocando un lado sentimental que no habían podido ocultar a sus oscuros ojos. Sin embargo, pocos días antes de que entraran en el programa de protección de testigos, Marshall dio con sus nombres y los hizo desaparecer de la faz de la tierra. Williams mantenía que la información no había salido de la fiscalía y que él ponía la mano en el fuego por todos y cada uno de sus hombres, aunque claro, Rachel albergaba ciertas dudas.

Encerrar a un hombre como Jhon Marshall le otorgaría una gran publicidad, pero tenerle como aliado podría asegurarle una ayuda inestimable cuando pretendiera presentarse a fiscal general o incluso a gobernador. Un hombre con su ambición tendría la mira mucho más alta que en algo de publicidad pasajera.

Todavía con la burlona sonrisa de ese hombre recorriendo su retina, abandonó el juzgado con premura directa hacia su apartamento con un cabreo del demonio. Russell trató de invitarla a tomar una copa en un intento nimio de tranquilizarla, a lo que ella se negó en rotundo. Ya tenía planes para esa noche.

Se metió en la ducha con tal de permitir que el agua resbalara por su piel en unos últimos momentos de paz. Su pelo negro y rizado tardaría horas en secar, por lo que trató de que la humedad no llegara a alcanzarlo.

Se apeó de la ducha, se vistió con ropa que no había usado en varios años y, después de esperar lo que ella consideró suficiente, salió de su casa con un pequeño revólver sin identificar escondido tras sus vaqueros.

Tomó un taxi en dirección a un restaurante de moda en el centro de Manhattan, dio dos vueltas a pie y aguardó detrás de la primera esquina, en la calle 46 junto a la Tercera Avenida, en el East Side de Manhattan.

A las dos horas de tensa espera apareció solo. El muy cabrón era demasiado engreído como para llevar seguridad, incluso sabiendo que la mitad de Nueva York lo quería ver muerto.

Siempre iba caminando a casa las tres manzanas que la separaban de su restaurante favorito.

Más que suficiente para lo que Rachel pretendía hacer.

Se aproximó sigilosa hacia un John Marshall que caminaba dando bandazos por todo el alcohol que portaba en la sangre. Extrajo el revólver de la parte trasera de sus vaqueros y

aumentaba levemente la velocidad cuando advirtió que el móvil vibraba.

Ojeó la pantalla sin perder de vista a Marshall y, al percatarse de que se trataba de Russel, lo mandó al bolsillo sin ningún reparo.

Continuaba su aproximación en el momento en el que el teléfono reclamó de nuevo su atención.

No podía continuar ignorándolo.

—¿Qué quieres? —preguntó Rachel muy nerviosa.

No se había dado cuenta de hasta qué punto lo estaba hasta ese momento. La adrenalina le había hecho no sentir el miedo.

—No te vas a creer lo que acaban de enviarnos a comisaría —anunció Russell desde el otro lado del teléfono con una sonrisa de oreja a oreja que ella no era capaz de ver.

—No es el momento, luego te llamo —trató de cortar la llamada mientras observaba cómo la figura del empresario se perdía en la oscuridad de la capital del mundo.

—Es sobre John Marshall, tienes que venir inmediatamente, de verdad que tienes que ver esto —insistió Russell realmente emocionado—. Lo tenemos.

Rachel asintió al tiempo que descendía el brazo que sujetaba el revólver en un fuerte estado de shock.

Si era cierto lo que Russ acababa de decirle, había estado a punto de hacer una estupidez que le podía haber costado su carrera.

Y no solo eso, sino que habría hecho algo que la acompañaría el resto de su vida.

Con la mirada perdida sobre el tráfico, Rachel seguía sin llegar a creer lo que había estado a punto de hacer.

Ese no era el camino, ella no era así.

Pero estaba realmente desesperada.

Desesperada y enfadada.

Y los cuerpos calcinados de toda esa buena gente se le aparecían en sueños rogando justicia.

Había estado con los heridos en la UCI. Había visto a la niña de doce años a punto de morir en el hospital, y eso había hecho que algo se rompiera en su interior.

Tomó otro taxi que la llevó directamente hacia la comisaría. Nada más llegar, se encontró con Russell sentado en su despacho con una caja sobre la mesa y un fajo de papeles entre las manos.

—¿Qué tenemos? ¿Hay alguien dispuesto a declarar? —preguntó Rachel al tiempo que se adentraba en el despacho.

Russell se giró hacia ella con una gran sonrisa en la cara.

—No exactamente, mira lo que nos ha dejado Santa Claus, nos hemos debido de portar realmente bien este año, Rachel, realmente bien —contestó acercándole un dosier.

CAPÍTULO 5

Noviembre de 2024

Laura se encontraba en la primera planta, nada más terminaban las escaleras que daban al salón, la cocina asomaba al fondo uniéndose con la entrada.

Era una casa antigua que Sergio había recibido de su madre años atrás.

Juntos realizaron una gran reforma que convirtió una casa pequeña y anticuada en un amplio *loft* con una única habitación. Retiraron prácticamente la totalidad de las paredes, pintaron la vivienda e incluso crearon una nueva planta aprovechando la altura del techo. En esa doble altura era donde se encontraban tanto la habitación que compartía con Laura como el despacho de Sergio.

Laura aguardaba sentada en la cocina tomando un café cargado con leche de soja mientras ojeaba el segundo capítulo del libro que Sergio trataba de escribir.

El temor de Sergio se cumplía. Laura tendría una opinión acerca de su trabajo y realmente le asustaba su cruda sinceridad.

Laura tendía a ser excesivamente sincera en ocasiones. Ella pensaba que era algo primordial, sin embargo, era incapaz de controlar lo que sus palabras podían ocasionar en los sentimientos de terceros.

La mente de Sergio se inundó de pensamientos negativos. Viajó de pronto hacia Laura, voló hacia su padre y al modo en el que le recordaría durante toda su vida su gran error. Incluso pensó en su madre, decepcionada de que dejara la novela apenas unas semanas después de empezarla.

Sus manos se pararon en seco. Su cabeza había perdido la historia y ya no tenía nada que contar. Una gota de sudor caía por su frente y su corazón le susurraba que estaba cada vez más nervioso. En ese momento se alegró de no haber podido tomar el café que únicamente unos minutos antes tanto había anhelado. Tal y como se encontraba, habría sido la peor de las soluciones.

Todas las ideas de su cabeza habían desaparecido en unos pocos segundos y esperaba que al releer sus líneas pudieran volver a él las palabras que hacía solo unos instantes le inundaban.

Leía cada palabra y estas sonaban cada vez peor que la anterior. En el momento en el que brotaban tenían sentido y gracia y, de pronto, no eran más que palabras sin el menor significado.

Otra gota de sudor se deslizó por su frente, pero esta vez no eran nervios lo que sentía, sino rabia, una rabia enfocada hacia su propia persona. Una rabia nacida de una profunda decepción hacia sí mismo, que le abrumaba. También sentía miedo de que no valiera para escribir y eso era lo que más le enfadaba.

Escribir era todo lo que él sabía hacer. Él era eso, si no podía hacerlo, no había nada que pudiera hacer.

Laura le dejaría.

Lo único que él tenía era su imaginación y, si la hubiera perdido, no tendría nada que ofrecer.

Sintió un fuerte impulso de lanzar el ordenador contra la pared, pero alcanzó a controlar su ansia. Tomó otro cigarro y lo prendió mientras abría la ventana de nuevo.

Un viento congelado se insertó desde la calle y llenó la habitación.

Habría tenido frío en cualquier otra situación, sin embargo, en ese momento no sentía nada, estaba descolocado con la mirada perdida en la lejanía.

El sonido del teléfono le devolvió a la realidad. Se apartó de la ventana sin soltar el cigarro y tomó el móvil de encima de la mesa. Apartó la mirada al descubrir que la llamada provenía de su padre y no tenía ninguna intención de hablar con él en ese momento. Estaba en *shock*, era un momento crítico para su carrera y su autoestima.

No sería capaz de aguantar crítica alguna.

Apoyó el móvil sobre la mesa y posó la mirada sobre una joven pareja que se besaba con ternura bajo la lluvia. Sergio advirtió una envidia infinita al recordar su relación con Laura en sus inicios.

Cuando no podían pasar un solo día sin verse.

Cuando no paraban de besarse y de tocarse.

Cuando se necesitaban…

Y ahora, unos pocos años más tarde, parecía que no podían estar juntos más de unas pocas horas sin tirarse los trastos a la cabeza.

Su padre llamó de nuevo hasta en cuatro ocasiones, aunque siempre con el mismo resultado. La última vez que habían hablado se habían gritado cosas que no eran fáciles de olvidar.

El teléfono reclamó de nuevo su atención, aunque esta vez era su madre quien le llamaba.

Esta vez no fue capaz de ignorarlo.

—No pienso hablar con él —contestó Sergio con autoridad.

—Sergio, es tu padre, no podéis seguir así —contestó finalmente su madre casi sin levantar la voz.

—No, mamá, estoy harto, de verdad. Se acabó —dijo Sergio sentándose en la silla mientras apoyaba el cigarro medio apagado en el cenicero.

—Tu padre solo te dijo que no dejaras tu trabajo —respondió su madre alzando la voz hasta su tono normal.

—No, no fue eso lo que dijo y tampoco importa. La razón por la que me llama es la de siempre, no soporta a Laura y piensa que la única razón por la que la escribo es por ella —le respondió Sergio tratando de medir su tono de voz.

El silencio inundó de nuevo la habitación. Su madre trataba de elegir las palabras adecuadas y eso no podía significar nada bueno.

—¿Y no es así? —preguntó al fin.

Esas cuatro palabras le hicieron más daño de lo que había imaginado. Un golpe de ira le recorrió todo el cuerpo. Estaba indignado, todo el mundo pensaba que lo hacía por Laura y eso era algo que únicamente había sido capaz de reconocer en su subconsciente.

—¿Tú también? Claro que no es por ella. La escribo por mí, porque es lo que yo quiero —contestó Sergio mintiendo tanto a su madre como a sí mismo.

—Él solo quiere lo mejor para ti, los dos lo queremos —insistió su madre volviendo a bajar el tono de voz hasta un sonido casi inaudible.

—Eso no es verdad, él trata de que haga lo que él quiere y no lo voy a hacer. Si le parece bien, genial, y si no, lo siento mucho.

—Vale cariño, haz lo que veas, pero, por favor, habla con tu padre, si no quieres no le hagas caso, pero habla con él —dijo su madre con tono conciliador.

Sergio sabía que si hablaba con su padre tendría que obedecerlo o discutirían de nuevo. Hablar con él no era una opción y eso era algo que ambos sabían, aunque también comprendía que para su madre era una situación complicada.

Ella estaba en el medio.

Hasta hacía poco nunca había tenido que enfrentarse a ese tipo de situaciones; antes de Laura, Sergio siempre había hecho lo que se suponía que debía hacer.

Había sacado buenas notas, acabado una carrera y encontrado un buen trabajo.

Todo lo había hecho de la forma correcta hasta el día que dejó su trabajo para embarcarse en un proyecto con un recorrido más que incierto.

Sergio no quería decirle que no iba a hablar con su padre porque si lo hacía, no conseguiría que colgara el teléfono.

—Mamá, tengo cosas que hacer, luego hablamos —dijo mientras soltaba el teléfono y se dirigía hacia las escaleras.

Lo único que necesitaba en ese momento era ver el rostro de Laura.

CAPÍTULO 6

Noviembre de 2024

Nada más alcanzó la planta baja, se dio de bruces con Laura sentada frente a la mesa y su creación apoyada sobre las piernas.

«Está preciosa», pensó.

Llevaba el pelo suelto, algo que le encantaba, una camiseta blanca hasta la cintura y pantalones cortos. Se fijó en ellos porque antes nunca los llevaba, solía vestir una camiseta larga que cubría ligeramente su ropa interior dejando a la vista la mayor parte de sus esbeltas piernas.

Laura observaba a Sergio de reojo.

Era consciente tanto de las palabras que iba a pronunciar como de que no tenía modo alguno de escapar a su pregunta.

Le habría encantado desvanecerse con lentitud como un castillo de arena frente a un fuerte viento, pero debía afrontar la realidad, tenía que pensar en una respuesta.

Antes de conseguir aclarar su mente, la pregunta llegó.

—¿Qué te parece? —preguntó Sergio intentando proyectar seguridad en sí mismo, aunque estuvo lejos de conseguirlo. Todas las respuestas que Laura tenía en la cabeza desaparecieron de un plumazo.

—Aún no lo he acabado —contestó sin pensar.

—Bueno, ya, digo hasta ahora —insistió sentándose sobre la silla de enfrente. La respuesta de Laura le había puesto nervioso, estaba intentando esquivar la pregunta, lo notaba.

Se creó un espeso silencio en la habitación. Laura dio el último trago a su vaso tratando de ganar algo de tiempo.

—Bueno, me parece simple —contestó apoyando el vaso sobre la mesa de nuevo. Laura había meditado la respuesta, no podía decirle que no le gustaba, pero tampoco debía mentirle. Se planteó contarle una verdad endulzada. Podía darle argumentos de algunas partes que habría que mejorar y hablarle de las virtudes de su obra. El problema era que sentía que no había leído con la suficiente concentración como para argumentar de la forma correcta y, si decía algo sin sentido, él lo sabría.

Sergio la miró detenidamente, aguardó unos segundos y preguntó de nuevo.

—¿A qué te refieres con que es simple? —La respuesta de Laura no le había convencido en absoluto, se notaba irritable. Aunque tenía que contenerse. No podía mostrar inseguridad.

—Simple no quiere decir necesariamente algo malo.

—Bueno, a obra maestra tampoco suena —contestó Sergio sin pensar, enfadado.

Llevaba meses trabajando. Le había costado la relación con sus padres y en el fondo lo había hecho por ella.

Tragó saliva para tranquilizarse. No comprendía cómo después de todo lo único que ella era capaz de decir de su trabajo era que le parecía simple.

—A ver, es una historia simple, pero muchas lo son. Ese no es el problema. —Laura notaba a Sergio visiblemente molesto y al decir que la simpleza de la historia no era el problema había dado a entender la existencia del mismo.

—Vale, entonces, ¿cuál es? —le preguntó levantando la voz. Estaba intentando no mostrar su enfado, pero cada vez le estaba resultando más difícil disimularlo.

—Que todos los personajes son demasiado… —Laura dejó la frase a mitad.

Se creó un silencio en la habitación, era denso, pesado. Era tan incómodo que resultaba difícil de aguantar. Ambos se miraron fijamente hasta que finalmente Laura bajó la mirada. La conversación no iba como ella había imaginado. Estaba intentando no decirle lo que pensaba para no herirle, pero no estaba funcionando—. Como tú —dijo al fin—. Estás escribiendo una historia de amor donde todos los personajes ven el mundo con tus ojos.

—Bueno, no creo que sea una mala forma de ver el mundo —replicó Sergio tratando de ocultar su enfado.

—No lo es, pero si todos los personajes son iguales, se hace monótono, aburrido. —Era consciente de que con esa frase no estaba arreglando nada. Había intentado no provocarlo, pero él la estaba obligando.

—Espera, ¿es aburrido que todos lo vean del mismo modo o mi forma de verlo?

Sergio se esperaba una dura opinión de Laura, pero ahora, al recibirla, sentía que le molestaba enormemente. Estaba convencido de que al escuchar lo que Laura tenía que decir se vendría abajo. Era cierto que no estaba muy seguro de la calidad de lo que había escrito, pero no era así.

Lo que sentía no era inseguridad, sino rabia.

Se daba cuenta de que en el fondo de su ser esperaba una buena crítica.

Y no porque pensara que le fuera a gustar, sino porque ella sabía lo duro que había sido para él. Sabía todo por lo que había tenido que pasar para escribirla.

Si realmente le quería, le mentiría para hacerle sentir mejor, le apoyaría sin condiciones.

—¿Ves por qué no quiero darte mi opinión? Siempre te sientes atacado. —Laura conocía a Sergio a la perfección y el hecho indiscutible de que siempre evitaba las confrontaciones. Era la única baza que tenía. Si ella se enfadaba, si conseguía que él se sintiera culpable por presionarla, dejaría de insistir.

—No me siento atacado, solo quiero saberlo —dijo Sergio bajando el tono de voz.

Él le había pedido su opinión y ella se la había dado. Posiblemente había esperado demasiado al pensar que iba a contenerse para no herirle, pero ella no era así. Para bien o para mal siempre decía lo que pensaba.

Laura sabía que, si encontraba las palabras adecuadas, la conversación acabaría. Él había reaccionado exactamente como ella esperaba que lo hiciera.

—Bueno, pues cuando la acabe, te la doy —zanjó.

—¿Quieres que hagamos algo? Vamos al cine o a tomar algo, necesito despejarme y mi padre no para de llamarme —comentó Sergio dejando los platos a secar sobre la encimera.

Sentía la apremiante necesidad de dejar de hablar de la novela.

Anhelaba salir y airearse.

—El capítulo tres no va tan bien como debería, ¿eh? —preguntó tratando de cambiar el tema de conversación.

—No, no demasiado, ¿entonces? —insistió Sergio.

Lo último de lo que quería hablar era de la novela después de la conversación que acababan de tener. Cualquier tema era mejor en ese momento.

—Sergio, no sé, no me apetece mucho —se sinceró.

—Vale, pues di tú algo, hacemos lo que quieras.

Sergio estaba desesperado y Laura lo notaba. Ese era el rasgo que menos atractivo percibía en él, la inseguridad.

—Es que no funciona así, no podemos hacer siempre lo que yo quiera.

Sergio se acercó a la mesa y se sentó de nuevo frente a Laura.

—Vamos a ver, no me vuelvas loco, te digo de hacer lo que se me ocurre a mí y no quieres, y te digo de hacer lo que tú quieras y tampoco. —La inseguridad había desaparecido y la rabia volvía a inundarlo. Se sentía como horas atrás cuando dudaba de las últimas decisiones que había tomado para encaminar su vida.

—Mira, yo no puedo decirte lo que tienes que hacer, solo te digo lo que siento.

Laura se levantó y salió de la cocina dejando a Sergio atrás. Notaba que ella también empezaba a enfadarse. Tenía que tranquilizarse si no quería decir algo de lo que podría arrepentirse *a posteriori*.

—Vale, perfecto, entonces nos quedamos en casa todo el día. ¡Tú leyendo y yo viendo la tele como toda la puta semana! —gritó Sergio para que le escuchara desde la cocina.

—¡Eres tú el que ha querido cogerse una excedencia, yo no te lo he pedido! —contestó levantando la voz a la altura de la de Sergio.

Sergio se levantó de la mesa con rapidez y se adentró en el salón en busca de Laura.

—Claro, joder, para pasar tiempo juntos, no para esto.

—No, lo hiciste para escribir tu libro, pero como ahora no te sale una palabra, vienes a mí.

—Laura, lo hice para hacer las dos cosas y yo he puesto todo de mi parte, pero tú no me ayudas, no haces ningún esfuerzo.

—Es que no tendría que hacer falta hacer un esfuerzo, tendría que nacernos el hecho de querer estar juntos.

—Y yo quiero estar contigo —murmuró Sergio aproximándose a Laura.

No hubo respuesta.

Sergio no sabía qué esperar tras sus últimas palabras, sin embargo, no había esperado ese silencio. Ella lo miró a los ojos hasta que no pudo aguantar más y bajó la mirada hacia el suelo en busca de una salida que no existía. La cara de Sergio se tornó blanca como la nieve.

—¿Tú no quieres? —preguntó al fin acercándose a ella todavía más.

—No lo sé —susurró, abatida.

Laura seguía sin levantar la cabeza. Sergio se alejó unos pasos y se sentó en el sofá tratando de hacer la situación más familiar. No era lo que esperaba escuchar, pero se había temido respuestas mucho peores. Era dolorosamente consciente de que no atravesaban su mejor momento, aunque confiaba en que con el tiempo la situación mejorara.

Tenía que cambiar de tema y desviar la conversación antes de que fuera demasiado tarde.

—Vale, escúchame, creo que esto se nos está yendo de las manos, vamos a sentarnos y a pensar las cosas antes de decir algo de lo que nos arrepintamos.

—Me he acostado con otra persona —reconoció con las palabras más difíciles que había tenido que decir en toda su vida.

Sergio se quedó mudo.

Ahora era él quien era incapaz de hablar.

Lo había engañado.

Era la mujer de su vida y lo había traicionado.

Era lo último que quería en ese momento y, sin embargo, no podía evitar imaginársela con el otro. Cómo la tocaba, cómo la besaba, cómo la poseía. Le horrorizaba esa atroz imagen, aunque, al mismo tiempo, era incapaz de sacársela de la cabeza.

—¿Cómo dices? —preguntó levantándose del sofá cuando consiguió emitir un sonido comprensible.

—Llevábamos mucho tiempo sin tener sexo.

—¡Pero porque tú no querías! —espetó, furioso.

Sergio estaba muy nervioso, no podía entender que, después de haberle engañado, intentara hacerle parecer culpable a él de lo ocurrido.

—Ya lo sé, Sergio, llevo mucho tiempo sin saber qué es lo que quiero.

—Por lo visto cualquier cosa menos a mí.

—No seas injusto —murmuró Laura conteniendo las lágrimas.

La situación era peor de lo que había imaginado.

—¿Que no sea injusto? ¿Yo? Cuando tienes un problema, lo hablas, joder, no te vas con el primero que pasa.

Sergio notaba cómo la sangre le ardía en su interior. Tenía ganas de romper todo lo que encontrara a su paso.

Nunca le haría nada a Laura, de hecho, moriría antes de hacerle cualquier daño, pero durante un segundo sintió deseos de hacerlo y eso lo aterrorizó.

—Eso es lo que tú haces, pero esto no es tu puto libro. No todos hacen y piensan como tú, aunque en este caso puede que ese sea el problema, que me gusta lo mismo que a ti.

Ya no había marcha atrás, en unos segundos Sergio lo sabría.

—Pero ¿de qué me estás hablando? —preguntó Sergio desconcertado.

—¡Que es una mujer! Joder, ¡me he acostado con una chica! Y que por eso no podía hacerlo contigo, porque te quiero, de verdad que sí, pero me da asco verte de esa forma. No quiero ni puedo dejar que un hombre vuelva a tocarme.

La cabeza de Sergio estalló en mil pedazos. Caminó varios pasos hacia atrás hasta lograr apoyarse en la pared.

—Sergio, lo siento, no quería hacerte daño —susurró Laura caminando hacia él.

Sergio se apartó antes de que ella llegara siquiera a rozarle.

—¡No me toques! —ordenó Sergio con la cara desencajada—. Voy a irme, no sé a dónde, pero cuando vuelva no quiero que estés aquí. No quiero verte nunca más —dijo antes de coger las llaves del coche y salir dando un portazo.

CAPÍTULO 7

Diciembre de 2030

Mientras Rachel leía esos papeles a conciencia, era incapaz de creer que de verdad fuera cierto. Estaban todas las pruebas que demostraban que Marshall había pagado para que se produjera el incendio.

Del mismo modo que aparecían las cuentas en paraísos fiscales y, lo mejor de todo era que en el interior de la caja había una grabación de Marshall en la que se escuchaba cómo contrataba a un sicario para silenciar a uno de los testigos, así como las conversaciones con los otros dos en las que les ofrecía dinero por desaparecer y no testificar en el juicio.

De una forma realmente sorprendente tenían en su poder todo lo necesario para que John Marshall no volviera a ver la luz del sol en lo que le quedaba de vida.

—¿Quién nos ha mandado esto? ¿Tiene remitente? —preguntó la inspectora Free sin dejar de investigar la caja entre asombrada y dubitativa.

Era demasiado fácil.

—No tengo ni idea, y Rachel, sinceramente, me da exactamente igual, será algún testigo con demasiado miedo para declarar —contestó Russ con los brazos en jarra.

—No seas idiota, un testigo de la fábrica no puede tener este tipo de pruebas, esto conlleva una gran investigación. Una mucho mejor que la que nosotros hemos llevado a cabo durante los últimos cinco meses. Está claro que ha sido un profesional. La pregunta es quién y por qué —expuso Rachel con la mirada fija sobre su compañero y la ceja enarcada.

—Vale, pero ahora mismo no importa, tenemos a este hijo de puta. Cuando esté en la cárcel, si quieres, investiga lo que te apetezca —replicó Russel recostándose sobre su silla y pasándose la mano por el mentón.

—Tienes razón, reunimos todas las pruebas y mañana a primera hora vamos a ver al fiscal —accedió finalmente con una sonrisa.

—Yo no haría eso —contestó Russel con la ceja enarcada y mirada juguetona.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rachel alzando la vista de los documentos y poniéndola sobre su compañero.

—Mira bien, Rachel —insistió deslizando un dosier sobre el escritorio.

—Pero será cabrón —escupió la agente Free con inquina—. Así que ponía la mano en el fuego por todos y cada uno de sus hombres, ¿eh? Pues se va a quemar pero bien.

Menos de cuatro horas más tarde, la policía de Nueva York procedía a la detención de Marshall.

Trataron de que los pormenores de la operación no se conocieran de antemano para evitar posibles filtraciones y un más que probable intento de fuga. Aunque, como Rachel suponía que

las redes de ese hombre llegaban hasta el departamento de policía, decidió presenciarse ella misma junto al detective Castillo, uno de sus hombres de confianza.

Por otro lado, el inspector Russel Harden tendría el regocijo de detener él mismo al ayudante del fiscal, que, como se podía comprobar en los documentos recibidos, se había reunido en diversas ocasiones con el abogado de Marshall y, por lo visto, pactado una sustanciosa donación tanto inmediata como en un posible futuro.

Los vehículos de la policía se aproximaban calle arriba hacia la propiedad que Marshall tenía en el centro cuando, al enfilar la calle, Rachel se desvió del camino. Era incapaz de dejar de pensar en el sobre que encontró en el fondo de la caja que habían recibido el día anterior.

Era vital y, sin embargo, dudosa porque, pese a que la información acerca de los delitos cometidos era ciertamente fidedigna, los datos con los que contaba ese sobre no podían serlo, porque, ¿cómo podrían?

Dio orden de que dos de los vehículos se desviaran y se dirigieran a una dirección que les proporcionó en el último momento a la espera de que el yugo de ese hombre no llegara tan lejos. El resto de los agentes continuaron su marcha hacia un piso que según la información recibida estaría tan vacío como el alma de Marshall.

Rachel y el detective Jaime Castillo iban varios minutos por delante de los dos coches patrulla para tratar de esclarecer la situación antes de que llegaran. Le sería realmente difícil explicar su actuación en el caso de que la información resultara ser falsa. Por lo que, si al menos ella fuera capaz de esclarecer los hechos previamente, podrían hacerles virar el rumbo y que pareciera un simple error sin importancia.

Circuló a través de la Franklin D. Roosevelt East River Drive bordeando la isla de Manhattan hacia el sur hasta llegar a un aeródromo privado junto a la costa. Se apeó del vehículo seguida del detective Jaime Castillo y se dirigieron por la parte de atrás hacia las pistas de aterrizaje donde una enorme compuerta comenzaba a abrirse y permitía la visión de un Embraer Phenom 300.

El ligero avión tenía la capacidad de transportar a nueve personas y una autonomía de unos tres mil seiscientos kilómetros. Más que suficiente para desaparecer de las redes de la policía de Nueva York.

La inspectora Free se parapetó tras un contenedor frente a la aeronave a la espera de dar con un rostro conocido. Seguía esperando cualquier tipo de movimiento, cuando su teléfono reclamó su atención. El detective Castillo extrajo su arma y se colocó a su vera mientras Rachel contestaba la llamada.

—Inspectora Free —contestó sin apartar la vista del avión.

—Free, soy Cooper. Aquí no hay nadie. El apartamento está completamente vacío —informó la detective Jessy Cooper con pesadez.

—Lo suponía, Coop, no te preocupes. Que registren el apartamento y lo sellen a cal y canto.

—Sí, inspectora. Y una cosa más: no sé cómo, pero sabían que veníamos. No han dejado demasiado a la vista y han triturado todos los papeles que pudiera haber aquí. No creo que encontremos nada bueno —dijo Cooper recogiendo del suelo algo parecido a confeti y dejándolo caer con parsimonia sobre una montaña de papel a cachitos.

—Lo daba por hecho. Alguien del departamento le ha informado y ha salido por patas.

—¿Cree que hay un topo entre los nuestros? —preguntó el detective Cooper mientras observaba cómo sus compañeros campaban a sus anchas por el salón del amplio apartamento de lujo de Marshall.

Rachel meditó sus palabras al tiempo que ojeaba el rostro del detective Castillo, quien la observaba con curiosidad. Por supuesto que alguien había hablado más de la cuenta, pero si no podía confiar en Castillo y Cooper, ¿en quién demonios podría hacerlo?

—Así es, Coop. Estoy convencida.

—Joder —dijo por toda respuesta.

—El inspector Harden está de camino a la detención del ayudante del fiscal Williams. Cuando termines comprueba que no hay inconvenientes. Castillo y yo estamos siguiendo una corazonada. Si no te digo nada en media hora, envía a la caballería al aeródromo que hay al sur de la isla —ordenó Rachel sin apartar la vista de la compuerta que daba a la aeronave. La detective Cooper asintió y colgó la llamada. Castillo se aproximó a su superior y señaló con el mentón en dirección este, donde dos vehículos blindados se aproximaban a la carrera.

Rachel le ordenó con un gesto de su mano que se separara y se parapetara tras un camión a unos diez metros para bloquear el otro flanco. Mientras tanto, ella se aproximó al objetivo en un intento de reconocer los rostros de los que se apeaban de los vehículos.

—Inspectora, creo que el inspector Harden va a tener problemas para detener al ayudante del fiscal —opinó el detective Castillo con cierto sarcasmo.

—Sí, creo que lo tiene jodido, sí —contestó Rachel mientras observaba cómo tanto Jhon Marshall como el ayudante del fiscal Williams se dirigían hacia las escaleras de la aeronave seguidos de seis hombres armados con automáticas.

—Espero que esos dos coches patrulla no tarden en llegar. No podemos hacer nada contra ese maldito ejército —evidenció Castillo con temor en los ojos.

—Y yo también, Jaime. Y yo también.

CAPÍTULO 8

Agosto de 2025

Un oscuro sueño despertó a Sergio en mitad de la noche. Su corazón palpitaba con una fuerza desmedida y el ritmo era tan frenético que no hacía sino acrecentar su nerviosismo.

El sudor descendía por su frente y el mero hecho de respirar le costaba como si a su alrededor el aire estuviera impregnado de ceniza. Permaneció escasos segundos sin apenas movimiento en un desesperado intento por relajarse. Dio una gran bocanada de aire y lo fue liberando poco a poco hasta alcanzar que su corazón retornara a algo similar a la normalidad.

Trató de recordar su sueño, aunque únicamente fue capaz de rememorar sus sentimientos.

El terror atroz que le abrumó cuando elevó los párpados y la tranquilidad que comenzaba a retornar a su cuerpo al verse tumbado sobre su cama, fuera de peligro.

La habitación aguardaba en una espesa y completa oscuridad junto a un silencio embriagador que le intimidaba. Extrajo una mano y proveyó de luz a la pequeña lamparita que aguardaba sobre su mesita con la esperanza de que al iluminar la habitación también alcanzara a dar luz a sus ideas.

No era capaz de recordar, no solo su sueño, sino su realidad. Y no comprendía ni qué hacía tumbado sobre su cama ni cómo había llegado hasta allí. De hecho, no estaba seguro de cuánto tiempo era el gran vacío de su memoria.

Al iluminar la habitación se percató de que estaba acompañado. Podía ver una larga melena rubia asomando sobre la almohada.

Se quedó inmóvil, anclado en sus pensamientos.

De repente los recuerdos volvieron a su memoria como el metal se aproxima al neodimio.

Su nombre era Sara, aunque seguía sin ser capaz de entender cómo era posible que no recordara ni el modo ni el momento de conocerla. Se levantó de la cama con sumo cuidado para no despertarla y enfiló sin demora el cuarto de baño.

Al prender la luz sus ojos recriminaron una acción tan imprudente. Lavó su rostro con la esperanza de que más recuerdos volvieran a su mente como canes ante un buen desayuno.

Se sentía extraño, como si siguiera soñando, pero no alcanzara a despertar.

Se planteó la posibilidad de haber bebido en exceso la noche anterior, aunque no solía hacerlo y además su sensación difería en demasía de la resaca convencional.

Observó a través del espejo cómo su rostro permanecía completamente afeitado, algo que no recordaba hacer en años. En un momento de debilidad se clavó en su mente como una espina bien afilada el hecho de que a Laura le habría encantado ver esa estampa, pero no…

No podía permitirse pensar en ella.

Se adentró en su despacho con una parsimonia desgarradora, como si algo en su interior pudiera acarrearle un dolor inhumano. Prácticamente nunca se permitía ubicarse entre esas cuatro paredes impregnadas de recuerdos tormentosos, y como era evidente, no había escrito una sola palabra desde que Laura desapareció de su lado junto con la vida que les esperaba.

Abrió la ventana de par en par y permitió el paso de la primera luz del alba. Todo en su cabeza parecía difuminado. Sus pensamientos se mezclaban con sus recuerdos y no distinguía con exactitud la realidad de lo que permanecía únicamente en su universo.

No se escuchaba nada más que un silencio frío y solitario que lo envolvía. Se sentía en paz allí en pie frente a la ventana, él solo acompañado de sus difusos pensamientos.

A los pocos minutos regresó a la habitación tratando de hacer el menor ruido posible. Por nada del mundo querría que esa chica se despertara.

No sabría qué decirle, ni siquiera era capaz de recordar dónde y cómo la había conocido. Era algo muy poco habitual el simple hecho de estar acompañado en sus dominios.

Había conocido a Laura demasiado joven como para haber llegado a conocer lo que era la vida de soltero.

La chica dormía profundamente produciendo unos ligeros silbidos al respirar que a Sergio le sacaron una sonrisa. Se metió en la cama con sumo cuidado y cerró los ojos con la esperanza de abrazar el sueño por unas cuantas horas más.

El olor de Sara recorría la habitación.

No sería capaz de describirlo, aunque ciertamente le resultaba familiar. No sabría decir dónde, pero estaba seguro de haber olido esa colonia con anterioridad.

No habían transcurrido más que unos pocos minutos cuando notó que Sara se movía ligeramente. Era incapaz de verla a causa de la escasa luminosidad, pero advertía que estaba despierta y que se había vuelto hacia él. Notaba la respiración de Sara junto a la suya y un aliento fresco incompatible con una noche de desenfreno. La chica se aproximó más si cabe y colocó con picardía sus labios sobre los suyos. Sergio tragó saliva súbitamente mientras sentía cómo la mano de Sara le recorría la pierna.

La chica aceleró el beso e insertó la lengua en el interior de su boca de tal forma que Sergio se quedó prendado y, sin titubear, le devolvió el favor cuando el timbre del teléfono golpeó como un obús. Durante un instante había logrado evadirse, pero de un plumazo la realidad le había alcanzado de nuevo.

—Deja que suene, si es tu novia ya te tendrá mañana, ahora eres mío —susurró Sara separando la boca de la de Sergio.

—No tengo novia —contestó Sergio con el mismo tono de voz.

—Sí, eso me dijiste, pero no me lo creo, de todas maneras, me da exactamente igual.

El teléfono sonó de nuevo.

—Espera un momento —dijo apartándose de Sara y cogiendo el teléfono para apagarlo—. Ya está —terminó de decir después de dejar el móvil sobre la mesita.

—No, no, demasiado tarde —dijo Sara levantándose de la cama de un salto con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo? —preguntó Sergio totalmente desubicado.

—Que es demasiado tarde, machote. La próxima vez no tocarás el teléfono, en el fondo te estoy haciendo un favor al educarte. Me muero de sed, ahora subo —dijo antes de dejar la botella

vacía en el suelo.

—No, mejor ahora bajo yo —contestó Sergio sin salir de la cama mientras trataba de comprender lo que la chica acababa de decirle.

Sara prendió la luz y de pronto no podía dejar de observarla. Era preciosa, en pie ante sus ojos con su camiseta por debajo de las rodillas. No lograba comprender qué hacía en su casa con alguien como él.

—¿Qué pasa, que ya te das por vencido? Que tampoco pensaba dejarte a dos velas, tío, solo era una lección que debías aprender. Es por tu bien —dijo Sara sonriendo y guiñándole un ojo.

—No, claro que no —contestó Sergio en un susurro mientras alzaba el torso de la cama.

Se sentía realmente intimidado por esa chica y su sonrisa. Su sola presencia iluminaba toda la habitación y le hacía parecer insignificante.

—Aunque habrá que comer para reponer fuerzas, ¿no?

—Claro que sí, tú repón —dijo en un susurro acercándose de nuevo y mordiéndole el labio con dureza durante unos pocos segundos. Acto seguido se dio la vuelta y enfiló las escaleras con un caminar seguro y descarado.

Sergio se quedó observando el modo en el que la chica se alejaba. No era capaz de comprender cómo era posible que no la recordara.

Lamió la sangre que brotaba de sus labios, se levantó de la cama y se puso unos pantalones que encontró tirados en el suelo.

Debían de ser los que utilizó la noche anterior.

Encendió el teléfono para comprobar que tenía quince llamadas perdidas de su madre y otras tantas de diversos números que no conocía. Durante los últimos meses había recibido una cantidad ingente de llamadas y correos de desconocidos.

Entonces una imagen se estableció en su cabeza.

De repente era capaz de recordar la razón de esos mensajes. Todo fue a raíz de ese maldito día. Desde el momento en el que Laura se marchó, su vida no volvió a ser la misma.

No lo recordaba con exactitud. Se sentía como si tratara de recordar el argumento de una película que hubiera visto muchos años atrás. La única diferencia en este caso era que él era el protagonista. También podría parecerse a uno de esos sueños en los que no sabes que lo son hasta varios segundos después de despertar.

Una vez incluso se había levantado y abierto la puerta de su casa como respuesta a un timbrazo durante su reciente vigilia.

Tardó un par de minutos en darse cuenta de que su cita con Sherlock Holmes solo había sido fruto de su imaginación.

CAPÍTULO 9

Diciembre de 2030

La inspectora Free observaba los pasos de los hombres que acababan de adentrarse en el aeródromo con el cerebro a pleno funcionamiento.

Si Jaime y ella intervenían y los refuerzos no llegaban a tiempo, en pocos minutos los habrían acribillado a balazos. Aunque, por otro lado, tampoco podía permitirse el lujo de quedarse observando cómo ese par de desgraciados se iban de rositas.

—¿Qué hacemos, inspectora Free? —preguntó el detective Castillo parapetado tras el contenedor.

Era una muy buena pregunta, y debía contestarla lo antes posible.

Tanto Marshall como el ayudante del fiscal Williams estaban a punto de llegar a la pasarela de embarque.

Rachel resopló.

La decisión pasaba por no pensarlo demasiado.

Se apeó de las sombras, arma en mano, apuntando a la cabeza del empresario.

—¡Policía de Nueva York! ¡Tiren las armas y levanten las manos! —ordenó al tiempo que Castillo llegaba tras su espalda.

En un principio dio la sensación de que John Marshall se quedaba petrificado al verla allí, porque, ¿cómo podría haberse adelantado a sus movimientos? Sin embargo, al mirar a su alrededor y comprobar que únicamente la acompañaba Castillo, se relajó por completo.

—Hombre, agente Free, qué sorpresa verla por estos lares. La esperaba en mi residencia rebuscando en mis cajones, ¿no es cierto, Williams? —preguntó en dirección al ayudante del fiscal.

Este, a diferencia del empresario, no parecía sentirse nada relajado ni cómodo. Había hecho una gran apuesta al rojo ayudando a ese hombre y, sin duda alguna, había salido negro.

—¡Tirad las armas al suelo! —repitió Rachel remarcando cada palabra.

—Pero Free, comprendo su cabezonería, de hecho hasta la respeto, pero mire a su alrededor. Por Dios bendito, no tienen nada que hacer y yo no quiero tener que matarla.

—Bueno, por dos más qué más da… —dijo Castillo tras su espalda.

—Mira, qué gracioso el morenito —contestó Marshall con una sonrisa en los labios—. Mira, yo soy un empresario, y como buen empresario debo poner las cosas en perspectiva y baremar los pros y los contras. Entre nosotros, incendiar una fábrica que pierde dinero para cobrar un seguro muy inflado compensa el riesgo, incluso aunque algunos de los trabajadores entren como daños colaterales. Pero, por el contrario, matar porque sí a dos agentes de policía, no lo hace. Son solo números.

—Maldito hijo de… —susurró Rachel, pero no, debía contenerse—. He dicho que tiren las armas al suelo —ordenó en su lugar.

—Y dale, bueno, agente…

—Inspectora —le corrigió Rachel.

—Inspectora, disculpe. Si la inspectora se atreve a interponerse, se convertirá en un daño colateral —dijo mirando a los hombres armados con automáticas, que asintieron con la cabeza —. Ahora usted, inspectora, bareme sus pros y sus contras. La dejo, vámonos Williams, nos espera un largo viaje.

Rachel sentía una ira desconocida en su interior. Por su mente pasaban como en un funesto desfile todas las familias de los fallecidos por culpa de ese hombre. No había pros y contras. No podía dejarlo marchar.

El tiempo parecía haberse detenido viendo el modo en el que los pasos de Marshall comenzaban a ascender por las escaleras que daban acceso a la aeronave. Castillo se mantenía a su lado con el arma alzada preparado para cualquier cosa mientras Rachel tomaba su decisión.

Alzó el arma y disparó dos veces en dirección a un bidón de gasolina a unos veinte metros.

Con el primer impacto no ocurrió nada, pero al llegar el segundo la explosión cubrió el recinto hasta el techo. El ruido fue abrumador y el desconcierto que llegó después resultó si cabe mayor.

Rachel empujó a Castillo hacia un lado con tal de apartarlo de la línea de fuego y ambos cayeron tras uno de los vehículos justo antes de que los esbirros comenzaban a disparar.

Con la explosión había ganado unos cuantos segundos de margen y no los iba a desaprovechar.

Se asomó por el costado derecho del coche y disparó sobre el pecho de uno de los guardaespaldas de Marshall. Mientras tanto, Castillo hacía lo propio y cubría su movimiento hacia delante, directo hacia Marshall, que se había tirado hacia un lado a causa de la explosión.

Castillo disparaba parapetado tras el todoterreno mientras Rachel salía disparada hacia Marshall, que se había dirigido hacia el interior del aeródromo seguido de Williams.

El olor de la gasolina era nauseabundo y el intenso humo provocaba que la visión fuera más que escasa. Sin embargo, Rachel estaba convencida de que ninguno de sus hombres había seguido a su jefe, sino que habían permanecido disparando hacia el detective Castillo.

Se volvió para efectuar un par de disparos a la espalda de los esbirros y así tratar de desviar así la atención de Jaime. O más bien hacia donde suponía que debían de estar sus espaldas porque con el humo no veía apenas nada.

En cuanto escuchó que los disparos se volvían hacia su posición, salió corriendo tras los pasos de Marshall. Entonces escuchó las sirenas a lo lejos. Parecía que finalmente el resto de sus hombres iba a acudir en ayuda de Castillo.

Ella debía seguir a lo tuyo, no debía permitir que Marshall escapara. Si se perdía en la ciudad, era muy probable que consiguiera salirse con la suya y desaparecer ante sus narices. Sus enormes recursos le podrían facilitar enormemente las cosas llegado el momento.

El humo comenzaba a afectar a sus pulmones y no podía ni evitar toser ni que su paso descendiera en velocidad. Se detuvo y, con las manos sobre la boca, trató de mirar a través del

humo con tal de dar con su objetivo.

Había una puerta abierta al fondo que todavía estaba en movimiento. Al disiparse el humo era capaz de divisarla cada pocos segundos y era evidente que se había abierto hacía poco tiempo. Caminó con el arma alzada en una mano mientras con la otra seguía tapándose la boca para protegerse del humo.

Tenía un nudo en el estómago.

Después de tanto tiempo tras ese hombre finalmente lo tenía a su alcance y no podía permitir que se le escapara.

Se adentró tras la puerta abierta, que daba a un pasillo que parecía derivar a una salida trasera. Estaba prácticamente a oscuras con la simple iluminación de las luces de emergencia.

Aceleró el paso en dirección a la puerta, y, cuando estaba a punto de salir, escuchó una respiración junto a ella.

Se detuvo en seco antes de volverse con el arma alzada mientras extraía la linterna y apuntaba en su dirección. Williams estaba recostado con las manos sobre los oídos, sollozando.

El enjuto ayudante del fiscal alzaba la vista hacia la inspectora sin variar apenas en nada su comportamiento cuando Rachel extrajo sus esposas y lo encadenó a una barandilla.

Al salir al exterior, la oscuridad era si cabe mayor. Caminó con tiento y la linterna alzada hacia el frente. El frío de la ciudad de Nueva York estaba patente al sur de la isla y la humedad se adentraba en los huesos de Rachel mientras buscaba con desesperación a ese hombre.

No había llegado hasta ahí para dejarle escapar.

Se detuvo en seco. No tenía sentido seguir caminando sin saber hacia dónde ir. Movió el haz de la linterna en todas las direcciones para tratar de ver algún resquicio que le diera pista alguna acerca del paradero de Marshall.

Al buscar hacia su derecha se dio con el mar.

Tras su espalda se encontraba el hangar.

Y, al mirar al frente, una valla se interponía en su trayectoria.

No parecía que ese hombre pudiera haberla saltado ni que hubiera algún recoveco por el que hubiera sido capaz de adentrarse.

No quedaban muchas más opciones…

O se había tirado al mar o la dirección escogida había sido sin duda la izquierda…

Y, al mirar en esa dirección, Marshall salió de la oscuridad y la golpeó en la cara con la palma de la mano.

—Maldita zorra metomentodo —farfulló Marshall antes de golpearla.

El golpe no fue excesivamente doloroso, más bien fue su ego lo que acabó herido después de recibir la bofetada.

Era evidente que ese hombre no se había envuelto en demasiadas situaciones en las que tuviera que requerir de fuerza física.

Rachel volvió la vista despacio y se guardó el arma en la cartuchera. Marshall tragó saliva antes de darse la vuelta y salir corriendo. Rachel hizo lo propio y se lanzó a la espalda de ese desgraciado al tiempo de que trataba de contener su incontrolable ira.

La forma física de la inspectora Free era sustancialmente mejor que la de Marshall y en menos de diez segundos lo alcanzó y de un empujón lo envió al asfalto.

El hombre se levantó y, trataba de defenderse, cuando Rachel le dio un puñetazo en la cara prococando que trastabillara y cayera sobre las frías aguas del sur de Nueva York.

El aliento de Rachel estaba algo acelerado. Posó las manos sobre sus rodillas mientras cogía aliento antes de alzar la linterna y buscar a ese hombre entre las oscuras aguas. Entonces unos pasos llegaron tras ella y el detective Castillo se ubicó a su lado.

—Están todos los hombres de Marshall detenidos o muertos, inspectora —informó con la mirada puesta sobre el agua.

Rachel no contestó. Seguía observando a ese hombre tratando de no hundirse en las profundidades del mar mientras decenas de coches de policía llegaban tras su espalda y dos helicópteros se alzaban sobre Marshall y apuntaban sus luces en su dirección.

A la media hora tanto Marshall como Williams estaban esposados y de camino a comisaría acusados de media docena de cargos. Mientras tanto, Rachel no hacía sino pensar en esa caja y en su procedencia.

¿Cómo podría nadie saber todo lo que iba a ocurrir y la manera de subsanarlo? Ya le parecía increíble la cantidad de información y pruebas que les habían proporcionado. Las grabaciones, los informes, las firmas… Pero que no solo supiera que no iba a estar ensu apartamento sino el lugar exacto al que se dirigiría…

La única explicación coherente era que había sido alguien interno entre los hombres de Marshall y que ahora se fuera a beneficiar, aunque seguía sin conocer el modo. En esos documentos había pruebas para meter a prácticamente cualquier persona relacionada con Marshall a la sombra.

Debía averiguar todo lo que pudiera acerca de la procedencia de la caja aunque, sin lugar a dudas, primero necesitaba descansar.

Descansar y celebrar que finalmente se iba a hacer justicia para todos los trabajadores que se encontraban en esa fábrica.

CAPÍTULO 10

Agosto de 2025

Sara se adentró en la cocina, tomó una botella de agua de la nevera y bebió directamente de su interior a morro.

Echó un vistazo a su alrededor.

Era una cocina americana con una bonita mesa que daba al salón.

Las cortinas eran de un color verde ligeramente transparente que permitía el paso de la luz desde la venata.

Y los muebles parecían nuevos pero con un toque rústico.

Como si los hubiera elegido un decorador de interiores que hubiera vivido en el medio de la montaña durante un par de meses antes de mudarse a esa casa.

Se sentó disfrutando de la refrescante sensación del agua fría y comenzó a leer una revista que encontró sobre la mesa.

Como Sara llevaba puesta su camiseta, Sergio no tuvo más remedio que buscar otra limpia que ponerse. Y ya que estaba, cogió la que llevaba Sara el día anterior para dársela al bajar.

—Venga, siéntate, tú como si estuvieras en tu casa —farfulló Sara sonriendo al ver como se acercaba mientras apoyaba la revista sobre la mesa.

—Ah, hombre, muchas gracias —contestó él con tensa ironía.

Sara abría y rebuscaba en todos los cajones que encontraba ante la atónita mirada de Sergio, que tomó asiento en un taburete frente a la chica.

—¿Dónde están los platos? —preguntó Sara cansándose de buscar.

—Tú sabrás, ¿no? —preguntó de nuevo antes de que Sara le contestara con una mueca de resignación.

Se sentía intimidado por su sentido del humor, aunque comenzaba a sentirse un poco más cómodo—. En el de arriba —dijo de nuevo Sergio ante el silencio de la chica y el amenazante acercamiento de sus dientes hacia sus labios.

Sara abrió el armario, extrajo dos vasos y dos platos y los apoyó encima de la mesa. Sergio dejó la camiseta de Sara en la encimera y ella se quedó mirándola.

—¿No te la pones? —le preguntó mientras llenaba los vasos con zumo.

—¿Dónde quieres que me la ponga?, ¿en un brazo? —bromeó por primera vez en más de seis meses.

Desde aquel día ya no era el mismo.

Nunca había sido una persona realmente graciosa ni extrovertida, pero se había convertido en algo muy distinto, casi en otra persona.

Recordaba vagamente los brutales acontecimientos de aquella noche, aunque continuaba sin ser capaz de ver la escena con claridad. Únicamente se acordaba de momentos concretos de esa noche como *flashes* que duraban segundos. Continuaba con grandes vacíos en su memoria, instantes que sabía que eran importantes y que había borrado de su mente. Pero, aunque no lo recordaba del todo, sí que sabía que estaba triste.

Lo sentía en su interior.

Había pasado los últimos meses en un estado de ánimo lamentable.

—No seas fantasma —contestó ella sin perder la sonrisa.

Sergio soltó una sonora carcajada. Y eso era algo que tampoco había hecho demasiado últimamente.

En presencia de esa chica parecía salirle de forma sorprendentemente natural. Le parecía hasta fácil el tan complicado acto de sonreír.

—Te queda bien esa camiseta —opinó Sergio tímidamente, aunque tratando de forma completamente infructuosa de parecer seguro.

—Ya lo sé —contestó ella sin inmutarse.

Sara rebosaba una seguridad pasmosa. Ella era todo lo que Sergio no había conseguido ser en toda su vida.

Tenía todo lo que a él le faltaba y eso le impresionaba y le imponía al mismo tiempo. No era capaz de dejar de observar esos ojos azules luminosos como una piscina en la que se refleja la luna, ni su nariz pequeña y delicada sobre unos labios increíblemente rosas.

—Es que yo soy muy lista, igual que sé que mi camiseta te iba a quedar estupendamente, y si no, por lo menos me reía fijo —dijo riendo con ganas.

—Sí, de eso sí que estoy seguro.

Sara se terminó el vaso de zumo y se sirvió un segundo mientras Sergio se levantaba a buscar algo para comer, cogía dos trozos de pan y los colocaba en la tostadora. Era la primera vez que había silencio entre ellos y aunque a Sara no parecía importarle, Sergio empezaba a sentirse incómodo.

—¿Quieres que ponga la tele? —preguntó antes de sacar el pan de la tostadora.

Sara se quedó callada con la mirada puesta sobre Sergio.

Estaba muy seria.

—¿Qué pasa, que te aburres? Si quieres que me vaya, dímelo, ¿eh? —preguntó Sara con la ceja enarcada.

—No, no, para nada —contestó Sergio de inmediato tratando de no quemarse con el pan tostado.

—Me alegro, porque todavía no hemos acabado, así que ya estás cogiendo fuerzas, tío, que falta el *round two* —contestó ella riéndose de nuevo.

Sergio sintió alivio de inmediato. Solo estaba jugando,con él.

Tenía que estar más atento, no podía quedar como un idiota o se aburriría.

—Sí, pero, por favor, tú no cojas tantas —dijo Sergio observando cómo devoraba su tostada.

Sara se atragantó ante la ocurrencia del chico.

—¿Qué pasa, que te impongo? —preguntó cuando fue capaz de tragar.

—Pues sí, un poco, la verdad —contestó Sergio sin dejar de mirarla. No quería haberlo reconocido, pero tampoco tenía sentido negarlo. Era algo evidente.

—¿En serio?, ¿y eso?, ¿por qué? —contestó fingiendo sorpresa.

La pregunta le dejó sin habla. Lejos de relajarse ahora estaba todavía más nervioso.

—Pues porque… no sé, no me suele pasar esto, irme a casa con alguien como tú.

—Si hablas así no me extraña, tío. Follar, no sueles follar con alguien como yo.

Le parecía increíble la capacidad que tenía Sara para ser directa. Sergio daba mil vueltas para decir cualquier cosa de cierta relevancia y a veces ni aun así llegaba donde pretendía.

—Vale, eso, no suelo follar con alguien como tú —dijo Sergio al fin. El simple hecho de pronunciar esa palabra provocó que se sonrojara.

—Bueno, pues disfrútalo y ya está.

Sara se había dado cuenta de su vergüenza y le hacía gracia. No entendía cómo un chico de veintiséis años podía tener vergüenza por decir la palabra que empezaba por «fo» y acaba por «llar». Aunque en cierto modo le parecía tierno.

—Lo hago, lo hago, de verdad que lo hago, pero una cosa, ¿puedo hacerte una pregunta? Te va a parecer un poco rara —dijo Sergio intentando cambiar de tema.

—A ver, prueba —contestó ella con la ceja enarcada.

Sergio dejó el vaso sobre la mesa antes de hablar.

Llevaba queriendo hacerle esa pregunta desde que se había despertado.

Había muchas cosas que no recordaba y no tenía forma de saberlas, pero había una con la que quizás ella pudiera ayudarle.

—¿Cómo nos conocimos? No sé porqué pero no recuerdo nada de ayer.

Sara palideció.

Era la primera vez que reaccionaba de esa manera y estaba seguro de que no estaba fingiendo. La pregunta le había sorprendido realmente.

—¿En serio? —preguntó la chica mientras dejaba los restos de su tostada sobre el plato.

Sergio asintió, la veía nerviosa y eso hacía que él lo estuviera todavía más.

—Yo tampoco —dijo Sara al tiempo que ponía su mirada sobre la de Sergio—. Menuda mierda teníamos que llevar.

—¿De verdad? —preguntó Sergio desconcertado.

No alcanzaba a comprender cómo era posible que ninguno de los dos se acordara de lo que había pasado el día anterior. Era improbable que Sara también tuviera lagunas en su memoria.

—Sí, de verdad. A ver, en mí no es tan raro, suelo beber bastante y hay veces que no recuerdo lo que he hecho durante todo un día, aunque en esos casos suelo tener una resaca brutal y hoy estoy perfectamente. Y que tú tampoco te acuerdes… pues es raro, pero bueno, una experiencia, algo que contarles a nuestros nietos.

—¿Qué? ¿Cómo que a nuestros nietos? —preguntó Sergio al borde del infarto y con los ojos como platos.

—Tranquilo, idiota, que es una broma. Bueno, me voy a la ducha. Madre mía, tío, te has quedado blanco. Qué bien me lo voy a pasar contigo —dijo Sara antes de levantarse muerta de risa.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabías?

—Pues claro.

Ahí estaba otra vez, esa seguridad en sí misma tan apabullante que Sergio habría dado su alma por tener.

La chica se adentró en el baño después de mandarle un beso desde la puerta.

CAPÍTULO 11

Agosto de 2025

Después de que Sara se adentrara en la ducha, Sergio permaneció pensativo un instante.

Hacía mucho tiempo que no sentía nada que pudiera parecerse mínimamente a la felicidad. O al menos a lo que él recordaba que era pudiera ser ese sentimiento.

No tenía ni idea de dónde había salido esa chica, pero comenzaba a darle exactamente igual. Estaba allí y eso era lo que realmente importaba.

También era cierto que él era consciente de que no duraría demasiado, porque claro , ¿cómo podría?

En el momento en el que ella se enterara de lo que había hecho se iría horrorizada.

Y él comprendería que lo hiciera.

Cuanto más recordaba acerca de lo que había pasado ese día, más prefería olvidarlo de nuevo.

Estaba asustado.

Con lo poco que recordaba se sentía realmente mal consigo mismo y no sabía si podría aguantar la realidad de lo ocurrido una vez lo recordara en su totalidad.

Dejó la tostada sin acabar en el plato. De pronto había perdido el apetito y pensar en ese día le había borrado de un plumazo todo el ánimo que Sara había conseguido otorgarle.

Acababa de levantarse de su asiento cuando sonó el timbre de la puerta.

De camino se quedó desorientado. Era incapaz de andar. Era como si su cuerpo estuviera en ese lugar, pero su cabeza se hubiera marchado.

Volvía a sentirse en un sueño, como si nada fuera real. Una sensación que tenía de forma constante desde hacía tiempo, sin embargo, en ese momento era mucho más fuerte de lo habitual. Tras el paso de los segundos recuperó el control de su cuerpo y, aunque todavía continuaba sintiéndose algo extraño, alcanzó a caminar hasta la puerta.

Aguardó un par de segundos para tratar de comprender lo que había sentido.

—Hola, Emilio, pasa —dijo Sergio después de abrir la puerta mientras le hacía un gesto para que entrara.

Emilio era el vecino más veterano del edificio, de hecho, llevaba viviendo allí desde que Sergio no era más que un niño. Rondaría los sesenta y cinco años, aunque aparentaba muchos más. Por lo que él sabía, se había dedicado a la enseñanza durante más de cuarenta años. Y claro, si los niños de uno quitan años de vida, los de los demás… décadas.

—Hola, Sergio —contestó este entrando en la casa.

Era un hombre de pelo cano y ralo, aunque ya escaso. Sus ojos marrones dejaban entrever que había una bondad deliberada en su interior. Del mismo modo que su peluda nariz

evidenciaba que la autoestima no dependía de su apariencia exterior.

Su semblante era serio. Había algo que no iba bien y Sergio se hacía una idea de por dónde podían ir los tiros.

—¿Quieres un café? —preguntó el anfitrión en un vano intento por ser amable y encauzar la situación.

—No, gracias, tengo un poco de prisa —contestó su invitado mientras llegaba junto a la mesa americana de la cocina—. Hoy viene mi hijo con su mujer y siempre hay que preparar la casa para los niños.

—Claro, Emilio, no te preocupes. Tienes mala cara, ¿ocurre algo? —volvió a preguntar.

— Sí, Sergio, sí que pasa —contestó Emilio con voz melancólica—. Han vuelto a entrar en el patio, han destrozado los buzones y ya sabes lo que han escrito, no hace falta que yo te lo diga.

Emilio parecía más preocupado que enfadado porque, aunque era evidente que le molestaba lo que había ocurrido, al mismo tiempo no quería ser demasiado duro con Sergio.

—No, no hace falta que me lo digas, llevan meses así, incluso más después del juicio —contestó este con la mirada gacha.

La palabra «culpable» rondó por el interior de su cabeza, aunque sabía que no era lo que habrían escrito. Ellos habrían sido mucho más duros con su utilización del léxico.

—Piensan que el veredicto no fue justo, Sergio. Y tú sabes que siempre te hemos apoyado, pero incluso yo tengo que reconocer que puedo llegar a comprenderlo.

Él lo sabía.

Recordaba que después del juicio lo habían puesto en libertad con tan solo unas pocas horas de trabajo comunitario. Su padre era un hombre con contactos y, aunque nunca lo reconocería, estaba seguro de que había tenido algo que ver con su puesta en libertad.

No comprendía qué era lo que le pasaba. Hacía únicamente unos segundos no recordaba nada acerca del juicio y ahora fluía con facilidad por su memoria. Era increíble cómo recordaba cada parte de la historia tan solo cuando era necesario.

Únicamente cuando ese tema concreto salía en la conversación.

Le intrigaba descrubrir hasta dónde podría llegar a averiguar si seguían hablando acerca de lo acontecido aquel día.

—Lo sé, y de verdad que siento que mis problemas personales os afecten, Emilio. Ojalá pudiera hacer algo para que no se volviera a repetir.

—Esta vez ya ha sido la tercera, los vecinos no se sienten seguros —contestó Emilio de inmediato mientras paseaba de lado a lado por el recibidor del apartamento.

—Espera un momento, pero, ¿ellos me culpan a mí por lo que hacen esos locos? —contestó Sergio, sorprendido.

—No, Sergio, ellos no te culpan, pero tienes que entenderlos, hay niños aquí, ¿qué pasaría si les pasara algo cuando uno de esos animales entrara? —preguntó Emilio aumentando el tono de voz. La situación había empeorado drásticamente después del juicio; demasiada gente se había posicionado en contra del veredicto y algunos de ellos querían arreglar las cosas por su cuenta.

—Ellos no quieren hacer daño a nadie, solo quieren hacer justicia, o lo que ellos llaman justicia. No son más que unos pocos que les encanta protestar por todo, Emilio. Pero si no me han hecho nada a mí, no le van a hacer nada a nadie.

—Tienes razón, sin embargo, los vecinos no van a arriesgarse, han aguantado mucho, Sergio, pero ya no quieren hacerlo por más tiempo. Todos pensábamos que cuando pasara el juicio la cosa mejoraría, pero ha sido al revés, y es una situación que no están dispuestos a aceptar.

Emilio había elegido el peor momento posible para echarlo del edificio, el único día en el que realmente sentía que podía volver a vivir en mucho tiempo.

—¿Quieren que me vaya? Es eso lo que has venido a decirme, ¿no es cierto? —preguntó Sergio conociendo la respuesta de antemano.

—Lo siento, Sergio, de verdad que sí —contestó Emilio con el rostro ensombrecido por la pena.

Estaba seguro que lo sentía de corazón, era un buen hombre. Los vecinos habían tomado una decisión y él no podía hacer nada al respecto. De hecho, ese hombre ni siquiera tomaba las decisiones en su propia casa. O al menos eso le decía siempre su tía cuando vivía allí.

—Pero, ¿por qué justo ahora? Estaba empezando a salir, a tener una vida —farfulló Sergio abatido sin poder evitar pensar en Sara. Dio unos pocos pasos y se sentó sobre una de las sillas de la cocina. La conversación le estaba arrancando las fuerzas de raíz.

—Sergio, no has salido de estas cuatro paredes en casi seis meses. Tu madre me pidió que te vigilara y sabe Dios que lo he hecho. Soy un hombre jubilado con mucho tiempo y solo te he visto salir para ver a ese doctor.

Sabía que no había salido demasiado en los últimos meses, sin embargo, no recordaba a ningún doctor. ¿De qué estaba hablando Emilio? Era evidente que todavía seguía teniendo lagunas en la memoria y no sabía hasta qué punto podrían ser relevantes.

—Ayer salí —dijo finalmente Sergio.

No recordaba cómo había conocido a Sara, pero estaba seguro de que no había sido en el interior de su casa.

—¿Ayer? Sergio, te aseguro que nadie te ha visto salir de tu apartamento durante los últimos días. Y a ver, ¿se puede saber dónde fuiste? —preguntó Emilio con un tono que daba a entender que no le había creído en absoluto.

—No lo sé exactamente, pero conocí a alguien. Ahora está en la ducha —contestó con seguridad. Sabía que no le creía y era reconfortante demostrarle que se equivocaba.

—¿Que hay una chica en tu ducha? Sergio, yo no te vi salir y mucho menos meter a una chica en tu casa —dijo Emilio realmente sorprendido. Le parecía imposible que creyera en sus palabras sabiendo su estado durante los últimos meses.

—Sí, hay una chica en mi ducha. ¿Quieres entrar a comprobarlo? —preguntó Sergio visiblemente cabreado.

—No, Sergio, no quiero entrar a comprobar nada, lo que quiero es que lo que ha pasado hoy no vuelva a suceder, si no, tendremos que tomar algún tipo de medida, ¿me he explicado con claridad? Por mucho que me duela, ya hemos tomado una decisión y hablado con tu familia. Si vuelve a ocurrir algo parecido, tendrás que dejar el edificio.

El tono de Emilio también había cambiado. Ambos estaban molestos y la tensión inundaba el ambiente.

—Perfectamente, y ahora, si haces el favor de irte, te lo agradecería —contestó Sergio de forma cortante.

—Claro —aceptó Emilio justo antes de salir de la casa—. Lo siento mucho, Sergio, de verdad. Por mucho que hicieras lo que hicieras, yo sé que siempre has sido un buen chico. Y de todo corazón puedo decirte que me parte el alma verte así.

Sergio se quedó pensativo mirando en dirección a la puerta mientras se preguntaba si era posible que Emilio tuviera razón. Era cierto que prácticamente no había salido en meses y no sabía por qué lo habría hecho la noche anterior. De hecho tampoco sabía dónde o cómo podía haber conocido a Sara ni la razón por la que no lo recordaba.

Miró hacia el cuarto de baño pensando en ella, en lo increíble que era y en cómo le hacía sentir. Pensó en cómo los últimos meses habían hecho que no estuviera seguro de lo que era real y que, si esa chica únicamente viviera en sus sueños, querría estar dormido para siempre.

Sus desvaríos finalizaron en el momento en que escuchó el agua de la ducha.

Las palabras de Emilio habían provocado que dudara y en su estado podría hacerlo de cualquier cosa, incluso de su propio juicio.

Sara seguía allí y, si estaba soñando, ella no sería menos real que el propio Emilio.

Su cabeza daba vueltas en busca, tanto de una explicación a la sensación que le perseguía, como de la razón de que no recordara nada hasta que la información regresaba de golpe como si siempre hubiera estado ahí.

Se sentó frente a la mesa del salón con el ordenador y una taza de café. Pensaba que de esa manera podría airearse y dejaría de pensar. Abrió el correo con la esperanza de que al leer mensajes antiguos pudiese recordar algo más y una gran cantidad de correos nuevos se desplegó ante sus ojos.

La mayoría eran de desconocidos con un mensaje común. Algunos cambiaban la forma de expresarlo, pero la idea era la misma.

En todos y cada uno de ellos lo llamaban asesino.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Esa era la palabra que él sabía que había escrita en los buzones, igual que en su coche o en la puerta de su casa. Era la palabra con la que se acostaba cada noche y con la que se despertaba cada mañana. Siempre estaba ahí, le perseguía incluso en sus sueños.

Dio un trago a su café y fue borrando cada nuevo correo que le increpaba. Todos decían cosas horribles y, aunque al principio siempre los leía y quería saber lo que opinaban de él, llegó un día en el que comprendió que debía aprender a vivir con ello. Había gente que lo odiaba desde lo más profundo de su ser y no había nada que él pudiera hacer para remediarlo.

Sergio pensaba a diario en qué podría haber hecho diferente aquella aciaga noche. La culpabilidad no le dejaba dormir y el hecho de haber salido en libertad no lo ayudaba en absoluto. De forma inconsciente pensaba que necesitaba ser castigado y esa sensación no le permitía seguir con su vida.

Fue pasando mensajes hasta que llegó a uno de su madre.

Le sorprendió verlo ahí.

No era nada habitual que ella le escribiera un correo, aunque claro, al apagar el teléfono tampoco le había dejado demasiadas opciones.

Sergio, estoy muy preocupada por ti.

Llevas meses encerrado y necesitas superarlo, si no lo haces te va a consumir.

Solo sales de casa para ir a ver a ese doctor y no puedes seguir así, si crees que Overlight es lo que va a sacarte del pozo en el que te encuentras, adelante, pero no pongas todas tus esperanzas en ello.

Las palabras de su madre se quedaron revoloteando por su mente.

Ella también había nombrado a ese doctor, del mismo modo que había hecho Emilio unos minutos atrás. Sin embargo, él no recordaba en absoluto haber ido a ver a ningún doctor y le inquietaba conocer de qué tipo de médico podría tratarse.

Tras leer el correo repetidas veces, se quedó con una palabra de la que desconocía su significado. No sabía qué sería *Overlight*, ni si tendría algo que ver con ese extraño doctor. Cada vez se sentía más perdido ante las palabras de su madre, aunque no se sentía con fuerzas para llamarla en busca de respuestas.

¿*Overlight*?, ¿qué era *Overlight*?

Era la primera vez desde esa mañana que no recordaba lo que necesitaba en el momento preciso. Esa palabra seguía siendo un completo misterio para él.

Cerró el correo y trató de buscarla en *Google.*

Ningún resultado.

Esa palabra no existía.

Se disponía a apagar el ordenador cuando vio algo que lo trastocó.

Ante sus ojos apareció una carpeta con el nombre de Sara.

Había en el escritorio de su ordenador una carpeta con el nombre de la chica a la que acababa de conocer. Acercó despacio el ratón hacia la carpeta con un miedo terrible a lo que pudiera encontrar en su interior.

Y clicó.

CAPÍTULO 12

Enero de 2031

Habían transcurrido apenas dos semanas desde la detención de John Marshall y James Williams.

Rachel se sentía tan feliz como nerviosa, porque al mismo tiempo que disfrutaba de una merecida Victoria, era incapaz de quitarse de la cabeza la identidad de la persona que les habría facilitado toda esa información.

Después de interrogar a los detenidos y proceder junto al fiscal del distrito en persona a la preparación del caso, finalmente podía centrarse en resolver el enigma que le rondaba por la cabeza.

¿Quién la había enviado?

Y lo más importante.

¿Por qué?

Lo primero que hizo fue investigar la caja, junto a los materiales y las huellas que se pudieran extraer, sin embargo, resultó estar limpia y los materiales eran demasiado comunes como para sacar algo en claro.

Acto seguido, buscó a la persona que había recibido la caja en comisaría. El susodicho, un chico joven y pelirrojo, que acababa de salir de la academia hacía unos pocos meses, tan solo fue capaz de decir que la persona que se la había entregado era un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, que no había hablado mucho y que tenía un acento extraño, aunque no sabría decir la procedencia.

Una maravillosa descripción de todo un agente de policía, que acotaba la búsqueda únicamente a unos pocos millones de personas…

Por lo tanto, no le quedó otro remedio que revisar las cámaras de seguridad. Aunque, al ser del interior de un edificio federal, tenía que pasar ciertos permisos burocráticos que posiblemente tardarían en solucionar, por lo que todavía no sabía cuándo dispondría de las malditas grabaciones.

Le reconcomía por dentro. El resto de casos de los que disponía le parecían aburridos y repetitivos y, por mucho que Russel tratara de evitarlo, su mente estaba constantemente dirigida a esa caja y su misterioso remitente.

Fuera quien fuera esa persona, era la responsable de la captura y encarcelamiento de un maldito mosntruo y ella necesitaba fervientemente descrubrir el modo.

La habitación se encontraba en completa oscuridad.

Ella lo prefería de esa forma, le parecía más íntima y personal, pero sobre todas las cosas, si no veía lo que hacía, después no se sentía tan culpable.

Russell Harden tenía los ojos puestos sobre ella, porque, aunque no era capaz de verlo por la falta de luz, sus ojos brillaban en la oscuridad.

Rachel Frye se sentía tan sucia y mezquina como cada vez que se acostaban. De hecho, ella al principio se negaba en rotundo, sin embargo, y sin quererlo ni beberlo, siempre acababa por volver a ocurrir, y siempre se sentía de la misma forma.

Russel y ella se habían acostado unas diez u once veces, y cada una de esas veces se había arrepentido en ese mismo instante. Aunque claro, tenía razones más que suficientes para que se diera el caso.

En primer lugar, Russell y ella eran compañeros en la policía de Nueva York, lo que los ponía en la peligrosa tesitura de que cualquier problema personal podía afectar a su trabajo.

En segundo lugar, él era sustancialmente más mayor que ella, lo que provocaba que sus intereses y deseos de cara al futuro se encontraran a un mundo de distancia. De hecho y, por lo que Rachel sabía, Russell rondaba los cuarenta y tantos años, mientras que ella acababa de cumplir los treinta y dos.

Pero lo peor de todo, y la razón principal para que ella tuviera claro que se trataba de un error, era que ese hombre estaba casado y tenía dos hijos pequeños.

Llevaban algo más de un año como compañeros y, aunque al principio había ido todo como la seda, desde que se acostaron por primera vez en una noche de celebración y borrachera todo había cambiado para peor.

Él hacía como que no había pasado nada entre ellos hasta que volvía a estar lo suficientemente cachondo o borracho como para aparecer por su casa en mitad de la noche en busca de sexo. Y ella, increíblemente y fuera de su total entendimiento, acababa cayendo en sus brazos como una idiota.

Realmente Rachel no lograba comprender qué era lo que le ocurría con ese hombre. Russell era atractivo, eso era tan cierto como evidente, pero realmente no llegaba a ser guapo. Sin duda alguna ella era capaz de conseguir a alguien mucho mejor cuando quisiera, o al menos alguien que fuera de su edad y, por supuesto, soltero.

Sin embargo, cuando él aparecía… Cuando simplemente la miraba, algo en ella hacía clic y se perdía en sus más oscuros deseos.

Russell se levantó de la cama y se adentró en el cuarto de baño. Siempre se daba una ducha antes de volver a casa para no oler a sexo cuando llegara con su mujer, y ese hecho únicamente provocaba que ella se sintiera peor.

Rachel estaba tumbada sobre la cama observando cómo su compañero y amante entraba en el cuarto de baño, cuando sonó el teléfono. Miró de reojo el reloj. Eran algo más de las diez de la noche.

—Inspectora Frye, dígame —dijo Rachel después de coger el móvil de la mesita de noche y contestar la llamada.

—Te he enviado lo que me pediste, Free, ya tienes en tu email las imágenes de las cámaras de seguridad —anunció una voz masculina desde el otro lado del teléfono.

—Muchas gracias, Ben —contestó Rachel mientras se levantaba, encendía el ordenador y entraba en su correo. Ahí estaban las imágenes de las grabaciones del día en el que llegó la caja

misteriosa.

La imagen era en blanco y negro, pero se le veía suficientemente bien. Como había dicho el genio que recogió la caja, se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años al que no había visto nunca. Entraba en el hall, hablaba con el agente de la puerta y le entregaba la caja. El pelirrojo y novato agente la pasaba por el detector y, al tratarse únicamente de papeles y un pen drive, no le parecía peligroso y lo aceptaba sin hacer preguntas.

—¿Puedes averiguar quién es? —preguntó Rachel acercándose a la pantalla del ordenador para tratar de verlo desde más cerca.

—Ya lo he hecho, Rachel, sabía que me lo pedirías —dijo la voz de Ben desde el otro lado del teléfono. Ella no era capaz de apartar la vista del vídeo que abarcaba la totalidad de la pantalla de su ordenador.

—Ben, eres el mejor —farfulló.

—Su nombre es Andrea Gentile y hasta hace algo así como un año era agente de la Interpol en su Italia natal. Él era el agente encargado del caso de Lucca Giovanni.

Rachel se levantó de golpe y, todavía desnuda, se dirigió a la ventana y miró hacia el exterior. Ese nombre había estado en las noticias durante meses, no demasiado tiempo atrás.

—¿Lucca Giovanni? ¿Ese no era el asesino en serie italiano relacionado con la mafia? —preguntó Rachel con sorpresa. Si no recordaba mal, había estado años huyendo de la Interpol y hasta había salido en las noticias internacionales en innumerables ocasiones.

—Así es, pero, después de pasar varios meses en España investigando, dejó de centrarse en Giovanni y comenzó a resolver los casos abiertos más complicados que tenía la Interpol. Cuando le investigaron acerca de los métodos que utilizaba para llevarlos a cabo desapareció, dejó la Interpol y se fue a vivir a España. Según mis investigaciones vive en Valencia, supuestamente sin trabajo. No se sabe demasiado de él desde entonces, de hecho, no hay ninguna prueba de que estuviera en Nueva York el día de la grabación. No sabemos a qué nombre se registró, pero con el suyo seguro que no.

«Así que no quiere que se conozca su implicación», pensó Rachel sin apartar la mirada de la ventana.

—Muchísimas gracias, Ben, de verdad, me has sido de mucha ayuda.

—De nada, Rachel, por cierto, podríamos ir a tomar una copa mañana por la noche y así me cuentas para qué querías saberlo, ¿qué te parece?

Rachel permaneció en silencio unos segundos tratando de buscar las palabras adecuadas. No era la primera vez que intentaba que Rachel quedara con él. De hecho, había tratado de salir con ella desde que se conocieron, pero, sin saber la razón, él no le atraía en absoluto.

¿Por qué no podía gustarle Ben? Él era de su edad, guapo y simpático, y lo mejor de todo, estaba soltero y la idolatraba, pero por alguna extraña razón no provocaba ningún tipo de sentimiento. Por desgracia, él no era Russell.

—Lo siento, Ben, no puedo, estoy ocupadísima, pero ya te contaré en la comisaría en cuanto sepa algo más —dijo Rachel tras la pausa.

—Vale, no te preocupes, ya me contarás, hasta luego, Rachel —dijo finalmente Ben con resignación.

—Adiós, Ben.

CAPÍTULO 13

Agosto de 2025

—¿Preparado para la segunda ronda? —preguntó Sara antes de tumbarse, provocativa, sobre el sofá.

La chica todavía seguía ligeramente mojada y una gota había caído por su rubia melena y resbalaba a través de su desnudo pecho.

Sergio no fue capaz de escuchar una sola palabra. Continuaba perdido en sus pensamientos y preocupaciones. ¿Cómo era posible que tuviera una carpeta con el nombre de Sara? ¿Qué había hecho? ¿Qué le habían hecho? ¿Dónde demonios se había metido?

—¿Sergio? —repitió la chica alzando la voz e irguiendo su cuerpo en busca de una posición algo más natural.

—Sí, dime —contestó justo después de apartar la vista de la pantalla y que todas sus preocupaciones se desvanecieran de un plumazo.

—Casi mejor lo dejamos para otro momento, ¿estás bien? —preguntó Sara mientras se vestía por debajo de la toalla sin apartar la vista de Sergio. Tenía mala cara.

—Sí, sí —contestó el chico de inmediato.

Dicho esto, se puso en pie y se aproximó a la chica, que terminaba de vestirse

—Sí, vamos, se te ve de puta madre —respondió ella con evidente sarcasmo.

—Una pregunta, ¿a ti te suena de algo la palabra *Overlight*? —preguntó entonces el chico obviando su comentario.

Al contrario que la existencia de la carpeta con el nombre de la chica, esa palabra todavía seguía muy presente en sus pensamientos.

—¿*Overlight*? No, ni idea. ¿Por qué? ¿Dónde la has oído? —preguntó Sara recostándose sobre el sofá.

—No, nada, la he visto en un correo electrónico, pero no sé qué significa —dijo Sergio tratando de no darle demasiada importancia. Era posible que su significado lo ayudara a recordar, sin embargo, en ese momento lo que quería era olvidar.

—Pues ni idea, lo siento —dijo finalmente la chica con los brazos alzados.

—No pasa nada, no te preocupes, seguro que no tiene importancia.

Cerró el ordenador y se sentó en el sofá junto a Sara.

De pronto se encontraban uno enfrente del otro y ella lo miraba con una gran sonrisa en la cara y esa aura de luz que desprendía de manera fulminante. De un momento a otro, dejó de estar preocupado. La palabra que había ocupado la totalidad de su mente había desaparecido por completo. Volvía a sentirse en paz.

—Bueno, pues como parece que estás, pero no estás, mejor follamos más tarde —dijo Sara sonriendo antes de darle un beso en los labios.

—¿Cómo? —preguntó Sergio sin la menor idea de lo qué le estaba diciendo.

—Déjalo, anda, y cuéntame algo sobre ti —dijo Sara mientras cruzaba las piernas por delante de su cuerpo en una posición difícilmente cómoda.

A Sara parecía divertirle la situación. Cuanta más vergüenza sentía él, más cómoda se encontraba ella.

—Vale, ¿qué quieres saber?

—De verdad, chico, qué soso eres, pues no sé, a ver, empiezo yo. Me llamo Sara, tengo veintisiete años y estoy estudiando un máster en energías renovables —dijo la chica con una voz que recordaba a una grabación de un contestador.

—Muy bien, pues yo me llamo Sergio, tengo veintiséis años y soy periodista sin trabajo —contestó él con el mismo tono de voz.

—Así que periodista, ¿eh?, ¿prensa escrita? —preguntó ella al instante mientras se apartaba un mechón de su pelo.

—Sí, tenía una columna en *El País* y, bueno, también escribía una novela.

En el momento de hablar de la novela sintió nostalgia. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ella. Le traía demasiados recuerdos y solo pensar en retomarla hacía que se le cayera la casa encima.

—¿Escribías? ¿En el pasado? —preguntó ella con la ceja enarcada y mirada escrutadora.

—Sí, dejé de escribir hace meses —contestó él con un deje de pena en la voz.

—Anda, ¿y eso por qué? —insistió ella mientras se acomodaba sobre su asiento y un mechón mojado caía sobre uno de sus preciosos ojos azules.

Sergio se quedó en silencio. No quería hablar acerca de ello, aunque tampoco podía mentirle.

—Mi novia, bueno, mi exnovia, con la que acababa de empezar a vivir, me dejó por una chica.

Nada más contestar sintió un escalofrío. El mismo hecho de recordarla inevitablemente provocaba que su mente viajara hasta esa aciaga noche.

—¡No me jodas! —exclamó Sara a modo de respuesta como acto reflejo—. Perdona, tío, pero me ha salido del alma. ¡Vaya putada!

—Sí, pero pasó algo más… —dijo Sergio antes de quedarse callado de pronto. Sabía que no debería haber dicho eso… que si le contaba la verdad no la comprendería.

¿Cómo podría?

Ni él mismo lo hacía.

Se iría corriendo lo más lejos posible de él y no podría hacer nada con tal de evitarlo.

No podía permitirlo—. Pero prefiero no hablar del tema, si no te importa —dijo al fin con un tono de bajo que era casi un susurro y clavaba la mirada en el suelo.

—Claro, claro, perdona, es que a veces pregunto demasiado. Por mucho que yo sea una tía genial y que tenga cara de ángel, realmente acabas de conocerme. Ya tendremos tiempo tanto de contarme tú tus mierdas como de que yo te cuente las mías —dijo la chica con una preciosa sonrisa sobre el rostro.

Daba la sensación de que Sara se había dado cuenta de su incomodidad al hablar del tema. De que había algo que no quería contarle y realmente le agobiaba.

Sergio la observaba sonreir.

No quería que se fuera bajo ninguna circunstancia.

No lo permitiría.

—No te preocupes —dijo en cambio. Después de mucho tiempo estaba pasando un rato agradable y no quería estropearlo por culpa de su pasado. Ambos se quedaron callados con Sergio con la mirada gacha y triste. Y esta vez fue Sara la que no aguantó el silencio.

—¿Y del libro sí que puedes hablar? —preguntó antes de colocar la palma de su mano sobre su pierna.

Él agradecía el gesto de la chica de ser ella la que rompiera el silencio, aunque tampoco fuera un tema del que le apeteciese demasiado conversar. Pensar en la novela lo llevaba irremediablemente hasta Laura. Y Laura lo conducía hasta esa maldita noche en la que todo cambió.

—Sí, pero es bastante malo y eso que solo son tres capítulos —contestó Sergio sin alzar la vista.

—Pero, hombre, ¿quién te ha dicho que fuera tan malo? —preguntó la chica mientras se apartaba un nuevo mechón de pelo.

Era preciosa.

Sergio no podía sino contemplar su rostro y agradecer cada segundo que permaneciera a su lado.

—Mi exnovia lo odiaba, decía que los personajes eran demasiado como yo —contestó Sergio sin apartar la vista de sus ojos azules—. Que si todos los personajes son iguales que yo no hay conflicto real porque también son iguales entre ellos. Y bueno, la verdad es que tiene razón. Me cuesta mucho ponerme en el lugar de alguien distinto. Y esa es la parte más importante de una historia. Las personas que la viven y la cuentan.

—Estoy de acuerdo y a la vez no lo estoy. Cuéntame más —susurró ella y se aproximó hacia Sergio.

—Pues, a ver, el libro va sobre dos desconocidos que pasan la noche juntos —contestó él casi sin voz. La proximidad de la chica lo ponía realmente nervioso.

—¡Venga ya! —contestó ella mientras le daba un ligero empujón con la manos sobre el pecho.

—Va en serio —dijo Sergio al tiempo en el que se daba cuenta de las similitudes de su historia con lo que estaban viviendo en ese mismo momento. Era increíble que no se hubiera dado cuenta antes.

—Y se enamoran y son felices para siempre, ¿no? —preguntó Sara con cierto cachondeo.

—No, no vuelven a verse nunca más —dijo entonces él.

—Mmm, interesante, continúa —le alentó Sara realmente interesada por la historia.

—No, mejor lo lees tú misma y me das tu opinión —contestó antes de cambiar de posición sobre el sofá.

—Vale, pero si me gusta tendrás que seguir escribiéndola, ¿eh?, no me voy a quedar solo con tres capítulos —contestó ella de nuevo con esa sonrisa en la cara, la misma que hacía que Sergio no pudiera pensar en otra cosa—. Si me vas a dejar a medias, va a ser solo con el polvo, no me jodas.

—No, no te prometo nada. Bueno, con lo de la novela, con lo otro… Bueno— trató de decir Sergio ruborizándose cada vez más.

—¿Cómo que no, tío? Ya la estás escribiendo, y con lo otro tú dame tiempo y verás.

—Eres una mujer cruel —dijo Sergio haciéndose el sorprendido, aunque le gustaba que se metiera con él. Le parecía todo un desafío.

—Sí —contestó ella, orgullosa—. Eso también lo sé.

—No tengo ni idea de dónde está, ponte la tele si quieres mientras la busco —dijo Sergio levantándose del sofá y caminando hacia su despacho.

—Y dale con la tele. Estás pesadito, ¿eh? —dijo ella con el ceño fruncido mientras Sergio se alejaba por el pasillo y ya no podía escucharla.

Sergio entró el despacho sin la menor idea de por dónde empezar a buscar la copia de la novela.

La única copia que tenía impresa.

La misma que Laura había leído aquella mañana.

Abrió todos los cajones en su busca y, aunque encontró una gran cantidad de papeles con apuntes escritos a mano, la novela no apareció por ningún sitio. Removió los libros y las fotografías, hasta que finalmente dio con una en la que salía junto a Laura.

Y entonces lo recordó…

La imagen del doctor apareció en su cabeza.

Recordaba el tratamiento y la razón por la que lo seguía.

La había matado.

La chica estaba muerta por su culpa y el doctor Olmedo le ayudaba a superarlo.

CAPÍTULO 14

Agosto de 2025

Sara se levantó del sofá, cansada de no hacer nada.

Llevaba varios minutos a la espera de que Sergio trajera la novela y el móvil se le había quedado sin batería.

Se aburría en su ausencia.

Vale que era una adicción horrible y que debería ser completamente capaz de aguantar sin tenerlo a su lado, pero… ¿Qué se le iba a hacer? Ella no era una chica que pudiera estar demasiado tiempo sin moverse.

Paseó por el salón hasta que observó un cargador junto al ordenador.

Llamó a Sergio para pedirle permiso pero, al no contestar, lo puso a cargar antes de continuar con su paseo por el salón. Sin dirección ni nada concreto que buscar, simplemente caminaba por caminar, como había hecho tantas veces a lo largo de su vida cuando se había agobiado de más con un examen o un desamor.

Siempre había sido una chica atractiva y lanzada. Para ella era sencillo conseguir lo que se propusiera, incluso a cualquier chico que deseara. Sin embargo, siempre había puesto su carrera por delante de su vida personal; lo que había hecho que caminar sin rumbo fuera más habitual en ella de lo que hubiera deseado.

Sergio tenía una gran cantidad de libros de todas las clases posibles. Había desde novelas de misterio hasta enciclopedias o libros de biología. Una de las estanterías cubría la pared hasta arriba del todo y, toda ella, estaba repleta de ellos, incluso el techo, con una escalera para poder llegar a los libros del último estante. Pasó el dedo por los que estaban ubicados en las partes más bajas de la estantería.

Le gustaba su tacto.

Normalmente prefería leer con su *ebook* porque era más práctico y barato, pero echaba de menos el tacto de un libro en sus manos.

Posó la mirada sobre el estante más alto. Al mirar por primera vez le había parecido leer una palabra extraña, sin embargo, en ese momento no le había dado importancia.

Se acercó para poder verla con más claridad.

Estaba en lo cierto.

En el lomo del libro se podía leer la palabra que Sergio había mencionado hacía un rato: *Overlight*.

Cogió la escalera y, estaba a punto de llegar al último estante, cuando sonó el timbre de la puerta y se sobresaltó. De hecho, por poco no se cae de la escalera. Se sentía como si estuviera haciendo algo malo y la hubieran pillado en pleno acto. Bajó despacio y se acercó a la puerta.

—¡Sergio, han llamado al timbre! —gritó sin recibir respuesta—. ¿Sergio?

Se acercó y miró por la mirilla. Se trataba de un hombre de unos treinta años con el pelo claro y corto y la barba larga y espesa.

—¡Sergio, abre la puerta! —dijo una voz desde el otro lado.

Sara se relajó. La persona que estaba al otro lado conocía el nombre de Sergio. Y, como este no contestaba, abrió la puerta sin pensárselo dos veces.

—Hola, está en la habitación, ahora baja —se excusó Sara mirando al chico de arriba a abajo. Era mucho más alto de lo que le había parecido en un principio. Y con una mirada realmente inquietante. De hecho, diría que incluso le recordaba a alguien familiar.

—Genial —contestó con sarcasmo mientras se adentraba en la casa y pasaba por el lado de Sara y ojeaba a su alrededor.

—Adelante, pasa, pasa, no te cortes —contestó Sara continuando con el sarcasmo. El muy capullo ni la había mirado. Había pasado justo por su lado sin decir una sola palabra.

Comenzaba a sentirse incómoda. Había algo en ese hombre que no le gustaba lo más mínimo y se preguntaba si no habría abierto la puerta con demasiada facilidad, al fin y al cabo, no era su casa y lo único que sabía de él era que conocía el nombre de Sergio.

El desconocido caminó hasta el centro del salón sin parar de mirar a su alrededor, como si inspeccionara la casa. Al llegar junto a la ventana se detuvo y se giró hacia Sara para dedicarle una mirada que ella sintió como una mezcla entre ira y repulsión.

El desconocido tenía el pelo castaño claro y una barba espesa poblada de canas. Era alto y estaba en buena forma, mientras que algunas arrugas comenzaban a aparecer en su treintañera frente.

Sergio llevaba un rato enfrascado en sus recuerdos. Estaba centrado en el doctor Olmedo y en la ayuda que ese hombre le brindaba. Sin embargo, todavía tenía demasiadas preguntas sin respuesta. Continuaba sin recordar en qué consistía el tratamiento.

Sabía que existía, dónde estaba ubicada la consulta e incluso los días que acudía, pero, en cuanto pensaba en lo que ocurría durante las sesiones, se quedaba en blanco de nuevo.

Al menos hacía unos minutos que había dado al fin con la novela. Y, aunque era consciente de que Sara le estaba esperando, era incapaz de dejar de pensar en su aciago pasado sentado en su despacho junto a sus lamentaciones. Su cabeza le daba mil vueltas con preguntas acerca de los últimos meses. En lo que había ocurrido realmente ese día y en todo lo que había sucedido después. Se sentía culpable de lo que había pasado y realmente lo era, independientemente del veredicto de un jurado amañado.

Era posible que los momentos que tenía totalmente en blanco se los hubiera producido el tratamiento del doctor Olmedo; el mero hecho de olvidar para sentirse mejor. O quizás simplemente se estaba volviendo loco. En ese momento cualquier cosa le parecía posible.

Escuchó que Sara pronunciaba su nombre.

La pobre chica llevaba mucho tiempo esperando y se estaría cansando.

Se levantó de la silla con la novela en la mano mientras se recordaba que debía dejar de pensar en esa noche de una maldita vez. Si no lo hacía, Sara se percataría de su estado de ánimo y eso era algo que no podía permitirse.

Bajó las escaleras buscando una excusa a la altura que justificara su tardanza. Estaba seguro de que no se creería que hubiera estado todo ese tiempo únicamente buscando la novela.

Al llegar al piso de abajo, sus preocupaciones desaparecieron de un plumazo. Justo en el momento en el que vio a aquel hombre en el centro de su salón, su mente únicamente pudo centrarse en tratar de comprender qué hacía él allí. Realmente no lo conocía. No oficialmente al menos. Únicamente sabía su nombre, Rafael.

Y, aunque no sabía qué relación tenía con la chica, recordaba haberle visto durante el juicio, sentado pocas filas detrás del asiento del acusado. Del mismo modo que también sabía que no había estado demasiado contento con el veredicto. Nada contento, de hecho…

Bajó el último escalón antes de colocarse justo frente al hombre que lo miraba desafiante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sergio intentando parecer seguro. No sabía qué querría, pero estaba convencido de que no sería nada bueno.

Y sobre todo, tenía un miedo atroz de que pudiera hacerle algo a Sara.

—¿Sabes quién soy? —preguntó a modo de respuesta mientras se acercaba a Sergio y lo miraba con ira. Su aliento apestaba a alcohol y no paraba de tambalearse de un lado para otro.

—Sí, te vi en el juicio —contestó este sin moverse.

—¿Y sabes de dónde vengo? —preguntó de nuevo el tal Rafael con la mirada nublaba y una capa compuesta de tristeza e impotencia.

—No, no lo sé. No tengo la menor idea —contestó antes de dar un paso hacia atrás.

Ese hombre lo intimidaba. Le sacaba prácticamente una cabeza de altura y notaba la ira reflejada en sus ojos. En cualquier tipo de enfrentamiento físico sabía que no tendría ninguna posibilidad de salir victorioso. Su seguridad no le preocupaba en exceso, pero se sentía responsable por la de Sara.

—Vengo de que me digan que no se puede apelar y que no hay forma de que se repita el juicio. Así que enhorabuena —dijo Rafael tratando de parecer calmado, aunque fallando totalmente en su intento.

Era evidente que ardía de rabia y que deseaba golpearle con todas sus fuerzas con tal de obtener venganza por lo acontecido aquel día.

—¿Y vienes aquí para contármelo? —preguntó Sergio mientras observaba cómo ese hombre se enfurecía todavía más.

—Vengo a decirte que, aunque creas que te has librado, yo nunca me olvidaré. Y que no sé ni cuándo ni cómo, pero lo vas a pagar.

Rafael aumentaba cada vez más el tono de voz. Si únicamente había venido a amenazarle, lo mejor era calmarle para que se fuera lo más rápido posible. Aunque al mismo tiempo, no estaba seguro de qué era lo que debía decir con tal de llevarlo a cabo.

Sergio miró a Sara de soslayo. Parecía realmente sorprendida por lo que estaba escuchando, aunque seguía sin comprender lo suficiente de la conversación. Había evitado deliberadamente hablar de ese tema con ella y ahora no tendría más remedio que contárselo.

—¿Y el hecho de que no me hayan declarado culpable no te hace pensar que igual te equivocas? —preguntó Sergio con entre poca y menos seguridad. Ni él mismo se creía tamaña chorrada.

De hecho, supo en el mismo momento en el que salió por su boca que no era el mejor argumento para convencer a Rafael. Aunque, en ese momento, solo quería que le quedara claro a

Sara que él era inocente, al menos, de cara a la ley. Necesitaba fervientemente que ella estuviera de su parte hasta que ese hombre se marchara y pudiera explicárselo con tranquilidad.

—No, eso nunca —contestó Rafael cortante antes de dejar de mirar a Sergio y posar sus ojos sobre Sara.

La chica cada vez comprendía menos acerca de lo que ocurría a su alrededor y permanecía en silencio y sin decir una sola palabra.

Sergio sabía que necesitaba decir algo. Si Sara no entraba en la conversación, sería infinitamente mejor para él. No podía permitir que centrara su atención en ella.

—¿Eres tú el que lleva meses destrozando los buzones del edificio? —preguntó entonces Sergio dando un paso hacia delante en busca de la atención de Rafael—. Porque puedo comprender que estés enfadado conmigo, pero mis vecinos no tienen nada que ver en esto.

—Claro que no, si te hago algo, lo sabrás —contestó sin apartar los ojos de la chica.

—¿Y no sabes quién ha sido? —preguntó entonces Sergio.

—No —dijo Rafael apartando la mirada de Sara y poniéndola de nuevo sobre Sergio. Había conseguido lo que pretendía y podía permitirse el lujo de relajarse durante un segundo, justo el tiempo que tardó Rafael en terminar su frase—. Pero hay mucha gente que piensa que eres un hijo de puta y un maldito asesino.

Entonces llegó un silencio únicamente opacado por la embriagada respiración de Rafael. Sergio notaba los ojos de ese hombre clavados en los suyos. Casi le quemaban. Sus palabras habían salido de su boca y no tenía forma alguna de negarlo.

Trató de mirar a Sara sin que Rafael se diera cuenta. La chica estaba blanca, totalmente horrorizada por lo que acababa de escuchar.

Rafael soltó una carcajada histriónica y exagerada antes de volver a hablar.

—¡Ah! ¿Que no lo sabe? ¿No sabe que mataste a mi hermana? —preguntó como un puñetazo en el centro álgido de su dolor.

CAPÍTULO 15

Enero de 2031

Tras despedirse del pobre Ben, Rachel se tumbó sobre la cama a la espera de que Russell saliera de la ducha.

No tardaría en irse. Si llegaba más tarde de las once, su mujer podría sospechar algo y, justo por ese motivo, nunca habían pasado la noche juntos, por mucho que ella hubiera insistido en hacerlo. Sin embargo, quería contarle lo que acababa de descubrir acerca del antiguo agente de la Interpol Gentile antes de que se fuera.

Russell salió de la ducha visiblemente mareado. Como prácticamente todas las veces que acudía a su casa en mitad de la noche con tal de verla, había bebido más de la cuenta.

—Russ, ya sé quién nos envió los documentos para el caso de John Marshall —dijo Rachel mientras se daba la vuelta.

—¿Aún sigues con eso? Ya lo hemos hablado, Rachel, y me da igual quién fuera, nos ayudó y ya está, si ese hombre quiere ayudarnos de nuevo, estupendo, aunque si lo asustas no volverá a aparecer —dijo Russell con la mano sobre la frente y la mirada enrojecida. La resaca lo estaba matando.

—No me importa que no nos ayude más —dijo Rachel subiendo el tono de voz—. Ese hombre, Andrea Gentile, ha sido investigado por conseguir pruebas y detener de manera sospechosa a delincuentes muy importantes en Italia, incluidos algunos relacionados con la mafia y la política, y lo más importante de todo es que nadie sabe cómo lo hace. Y de repente, de un día para otro, desaparece de Italia cuando lo van a investigar y, de pronto, está en Nueva York sin registrarse con su nombre con la intención de dejarnos pruebas para condenar a un hombre que había conseguido escaparse de nosotros tras meses de investigación y que no tenía absolutamente nada que ver con nadie con el que él hubiera tratado nunca. ¿De verdad no tienes ni una mínima curiosidad por él?

—La verdad es que no —dijo con las manos alzadas—. Yo hago mi trabajo, detengo a quien tengo que detener y si alguien me ayuda, pues estupendo, eso es lo único que me importa. Y cuando no estoy trabajando, tengo dos hijos con los que jugar y a los que criar, una mujer a la que cuidar y…

—Y una amante a la que follar… —dijo Rachel cortando su discurso y acercándose a la cama con la intención de comenzar a vestirse. En ese momento se sentía vulnerable sin su ropa.

Russel se quedó callado mientras hacía lo propio y se colocaba la camisa por la espalda.

—De verdad que no sé qué pude ver en ti, eres el policía más chapucero que conozco y además eres un maldito borracho —terminó de decir Rachel una vez llevaba la ropa interior

puesta. Como si ese hecho le infundara valentía.

—Pues si eso es lo que piensas, no sé qué coño hago yo aquí —dijo Russel antes de abrocharse los pantalones.

—Ni yo tampoco, Russ, de verdad que no. Yo me voy a ir a España a investigar a Gentile, tú haz lo que quieras.

Russell dejó de vestirse y la miró contrariado. Había supuesto que investigaría la procedencia de la caja, pero que se fuera a España para llevarlo a cabo ya era demasiado. ¿De verdad iba a cruzar el océano Atlántico para dar con ese hombre?

—Estás loca, no tienes ningún tipo de jurisdicción allí, si te pillan, te echarán de la policía —dijo Russell con tono de preocupación.

—Tengo vacaciones atrasadas y el capitán lleva pidiéndome que las coja desde hace dos meses, al final le voy a hacer un favor.

—No seas ridícula, si te pillan…

—Pues que no lo hagan. Yo no pienso decirle a nadie dónde voy, ¿se lo vas a decir tú, Russell? —preguntó Rachel, cortante.

Russell se acercó a ella y le colocó las dos manos sobre el rostro. La conocía demasiado bien como para saber que no había nada que pudiera decir para que cambiara de opinión.

—No, Rachel, pero por favor, lo digo en serio, ten mucho cuidado —dijo Russel con la mirada puesta sobre sus ojos.

Rachel quería odiarlo, pero en ese momento era incapaz de hacerlo. Cosas como aquella eran la razón por la que al final siempre caía rendida ante él y era incapaz de evitarlo. Cuando Russ quería, podía ser alguien absolutamente encantador. El problema radicaba en todas las otras veces en la que era un capullo alcohólico y adúltero.

Cuando Russel salió de su casa eran poco menos de las once de la noche. Probablemente su mujer le cantaría las cuarenta en cuanto llegara a casa.

Que si no estaba nunca, que si trabajaba demasiado, que si no pasaba tiempo con sus hijos… Todas esas verdades que un hombre como Russel no quería escuchar, pero que en el momento en el que cumpliera los setenta años, se preguntaría la razón de haber sido tan capullo y no haber hecho las cosas de la manera correcta cuando tuvo su oportunidad.

Todavía en ropa interior regresó a su ordenador y repasó una y otra vez el video de ese hombre. Tendría que buscar más información acerca de él antes de ir en su busca. Acto seguido, compró un vuelo a España para dos días después y se acostó con la intención de dormir, aunque siempre que mantenía relaciones sexuales le costaba una eternidad llevarlo a cabo.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y con más energía de la habitual. Hizo deporte, se dio una ducha, se tomó el primer café de muchos y fue directamente a comisaría para hablar con el capitán.

No se había cogido vacaciones en todo el año y dudaba mucho que le fuera a poner problemas.

Al fin y al cabo, no había ningún caso importante y con Russel, Castillo y Cooper iban más que sobrados.

Después de contarle al capitán que se iba de vacaciones a Europa y él hacer como que se lo creía, le dio las pertinentes vacaciones y terminó su turno entre papeles para dejar todo su papeleo atrasado finiquitado antes de irse.

Al día siguiente partió hacia el aeropuerto ataviada con una pequeña maleta con lo necesario para menos días de lo que con seguridad estaría y tomó el avión con destino a Valencia y trasbordo en Londres.

Pasó las ocho horas del vuelo investigando todo lo que tenía acerca de Gentile. No era demasiado, lo poco que pudo encontrar en las bases de datos de la policía de Nueva York que le permitía su nivel de acreditación, junto a lo que había conseguido encontrar en Google antes de embarcar.

Andrea Gentile había sido el encargado del primer caso de Lucca Giovanni, un político italiano vinculado con la mafia que había sido acusado de matar a doce niñas en los últimos años.

Daba la impresión de que Andrea había estado obsesionado con él hasta que, de pronto, dejó de estarlo. Empezó a comportarse de manera extraña y a desaparecer cada vez más a menudo y, cuando regresaba, lo hacía con pruebas irrefutables acerca de otros casos sin resolver.

Después de más de quince horas entre el vuelo y el transbordo, llegó al aeropuerto de Valencia y cogió un taxi en dirección a la ciudad. El día anterior había buscado una habitación en una pequeña y barata pensión en el centro con tal de poder hospedarse los primeros días. Tenía algo de dinero ahorrado, pero no por ello iba a malgastarlo, sobre todo sin saber cuánto tiempo tendría que estar en España.

La habitación era diminuta, aunque estaba limpia y entraba mucha luz desde un gran ventanal que daba a una bonita iglesia. La pensión estaba ubicada en pleno barrio del Carmen, justo al lado de algunas de las zonas más turísticas de la ciudad.

Cuando estuvo preparada y bien aterrizada, se dispuso a buscar a Gentile.

Dar con él era una tarea mucho más complicada de lo que había imaginado porque, aunque tenía fotos de ese hombre, el hecho de ir desprovista de placa junto a no conocer el idioma provocaba que fuera realmente difícil conseguir algún tipo de información de la gente.

Por suerte, tenía la dirección de su última casa conocida, y esperaba que todavía siguiera viviendo allí. El navegador la condujo a una calle que estaba a algo más de media hora caminando desde su habitación, por lo que decidió que iría a pie. Cruzó el barrio del Carmen con el móvil en la mano hasta llegar al antiguo río que hacía de parque. Era un sitio bonito que le recordaba a la esencia de Central Park, aunque evidentemente en miniatura.

Cuando llegó a la dirección, ubicó el telefonillo antes de cruzar a la acera de enfrente con tal de comprobar el estado de la vivienda. Era sencillo averiguar desde el exterior si una casa estaba habitada tan solo con ver las ventanas. Estaban cerradas a cal y canto.

Mala señal.

Sin embargo, debía darle una oportunidad antes de tirar lo toalla y tratar de buscar otras alternativas. Aunque escasas eran sus opciones en caso de que la casa finalmente estuviera deshabitada.

A las seis horas, y tras ocho cafés esperando en un bar próximo desde donde se podía ver el portal de Gentile y finalmente comer algo de comida española, decidió que Andrea no volvería a casa esa noche. Eran ya las diez de la noche pasadas.

Si seguía siendo su domicilio, ese día no parecía que fuera a aparecer por ahí.

Acababa de pagar la cuenta y estaba a punto de levantarse cuando el hombre que salía en la fotografía que llevaba en el bolsillo apareció en la oscuridad y se adentró en el portal de enfrente ante la atenta mirada de Rachel.

Para su sorpresa, acababa de dar con Gentile.

«Ya te tengo» pensó.

CAPÍTULO 16

Agosto de 2025

Un momento…

«¿Su hermana?», pensó entonces Sergio. «¿Cómo que su hermana?»

Estaba convencido de que tendría relación con la chica, pero no había llegado a imaginar que pudiera tratarse de alguien tan cercano. Para Sergio era mucho más fácil pensar que no tenía familia. Ya era suficientemente dura la situación como para tener que cargar con más culpa.

—Fue un accidente… —farfulló en un nimio intento por convencer a Sara. Era más que evidente que con Rafael no tenía nada que hacer.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo para poder dormir por las noches? —preguntó de nuevo Rafael mientras se aproximaba a él sin perder esa sonrisa de borracho que lo acompañaba.

Acto seguido, miró de nuevo hacia Sara. Estaba tratando deliberadamente de que ella se involucrara en la conversación. La provocaba para ponerla en su contra. Y lo peor de todo es que estaba funcionando. ¿Cómo no iba a hacerlo?

La chica le miró con miedo. Toda su seguridad, toda la fuerza que la había acompañado durante toda la mañana había desaparecido de un plumazo y había dado paso al miedo y la desconfianza.

—Sergio, ¿de qué está hablando?

Su voz se había quedado atascada en el interior de la garganta. Sin embargo, Sergio notaba en su tono que quería confiar en él, estaba buscando una explicación. Pero ¿qué podía decirle? Era cierto. Todo lo que ese hombre había dicho era la más dura de las verdades.

En otras circunstancias podría habérselo explicado. Podía haberle contado todo acerca de esa maldita noche en la que su vida terminó. De esa manera quizás podría haber tenido una oportunidad de que lo entendiera, sin embargo, llegado a ese punto, ya no había nada que pudiera decir.

—Sara, por favor, no le escuches —le imploró Sergio desesperado, no podría soportar que se fuera. No lo sabía hasta ese momento, pero la necesitaba.

—¿Entonces es cierto? ¿Mataste a su hermana? —respondió ella con desprecio en sus preciosos ojos azules. Y esta vez estaba seguro que no lo estaba fingiendo, lo odiaba. Rafael había alcanzado su objetivo.

—No, Sara, fue un accidente, yo no quería…

La voz de Sergio se diluía con cada palabra. Acababa de percatarse de que no había nada que pudiera decir. Se había acabado, él había ganado. Había esperado justo al día en el que mejor se sentía para poder arrebatárselo.

—¿La mataste porque te dejó? —preguntó Sara alzando la voz sin dejar que Sergio terminara la frase.

«¿Que me dejó? ¿Cómo que me dejó?», se preguntó entonces Sergio totalmente desubicado. No, eso era imposible. Había olvidado muchas cosas acerca de esa noche, pero no tenía dudas de que no se trataba de eso. Él no la había conocido hasta ese día.

—¿Salías con mi hermana? —preguntó Rafael subiendo todavía más el tono de su voz. Se había calmado durante los últimos segundos mientras Sergio se hundía y se regodeaba ante ello, pero las palabras de Sara lo habían sacado de su letargo de una bofetada.

—No, claro que no —contestó finalmente Sergio en dirección a Sara—. En absoluto.

Sergio había dudado durante un instante, pero sabía que no, nunca había salido con ella. Y no comprendía la razón de que Sara hubiera pensado lo contrario.

—¿Entonces de qué coño está hablando? —preguntó Rafael sin bajar un ápice el tono de voz.

Sergio trató de recordar todo lo que había hablado con Sara con la intención de comprender sus palabras.

Y entonces cayó en la cuenta.

Ella creía que se trataba de Laura. No comprendía la mitad de la conversación y había llegado a la conclusión de que había matado a su novia.

—¿Pensabas que había matado a Laura? ¿De verdad crees que mataría a mi novia por haberme dejado? —preguntó Sergio indignado.

Vale que había cometido un error y que sería algo que le perseguiría el resto de su vida. Había conseguido tener una conexión con Sara como no había tenido con nadie en mucho tiempo. Había conseguido ser feliz durante las últimas horas. Había confiado en ella y se había hecho la falsa ilusión de que era un sentimiento recíproco.

—No lo sé, pero como ha dicho que mataste a su hermana, pensaba que sería tu novia. No pensé que quisieras matarla, pero que cuando te dejó por una mujer podrías haberte enfadado —dijo Sara intentando rebajar la tensión. Había pensado algo horrible de Sergio y había estado a punto de salir corriendo de allí sin mirar atrás. De hecho, todavía no lo había descartado.

—Y claro que me enfadé, pero jamás le haría daño. Salí de casa y me fui directo a un bar, bebí más de lo que había bebido en toda mi vida y después conduje sin rumbo hasta… —dejó la frase a mitad.

Decirlo en voz alta era demasiado duro.

Había hecho lo imposible por superarlo, incluso podría haber ido a un doctor para hacerle olvidar lo que había hecho. Estar allí reconociendo y recordando esa noche estaba siendo casi imposible de soportar, pero, al mismo tiempo, también sabía que era la única baza que tenía para que Sara permaneciera a su lado.

—Hasta que te saltaste un semáforo y mataste a mi hermana —susurró Rafael bajando el tono de su voz hasta casi la nada. Estaba frío, distante, muy diferente a cómo había estado hacía apenas un segundo; estaba consiguiendo justo lo que se había propuesto y parecía sentirse bien consigo mismo.

—Hasta que me salté un semáforo y maté a su hermana… —repitió Sergio sin pensar. Decir esas palabras en voz alta las hacía más reales que al escucharlas de la boca de Rafael. Pero era la verdad. Llevaba demasiado tiempo negándoselo a sí mismo y ya no podía seguir haciéndolo.

La había matado.

Se había emborrachado y estampado su coche contra el de su hermana arrebatándole la vida en el acto. Pensaba que al decirlo en voz alta se sentiría mejor, pero nada más lejos de la realidad, se sentía si cabe más culpable y más inhumano por haber querido olvidarlo.

Sergio notaba la mirada de Sara observándole, aunque tenía demasiado miedo como para devolvérsela. No tenía la más mínima idea de qué era lo que podría pasar por su cabeza en ese momento.

—¿Sabías que llevaba meses buscando trabajo y lo había encontrado esa misma mañana? Había llamado minutos antes a mi madre para contárselo y tú te llevaste eso, te lo llevaste todo en un maldito segundo —farfulló Rafael. Su voz perdida entre el lamento. El alcohol que corría por su sangre junto a los sentimientos que lo envolvían lo habían roto por completo.

Y era evidente que quería compartir ese sentimiento con él. No había ido con la intención de hacerle daño. Había ido a romperlo por dentro, a destrozar cualquier posibilidad de que pudiera acercarse a una vida normal. Y ahora que estaba tan cerca de conseguirlo, no iba a detenerse.

La presencia de Sara era la guinda del pastel. Sergio no estaba seguro de si Rafael podría haber sabido de antemano que ella se encontraría allí. ¿Lo tendría vigilado? ¿Habría esperado tantos meses hasta elegir el momento idóneo para su venganza?

La mente de Sergio estaba repleta de preguntas, aunque, sin lugar a dudas, la que más le atormentaba era conocer los pensamientos de Sara. Si hubiera querido, podría haberse marchado en el momento en el que supo que era un asesino. Podía haber cruzado la puerta y desaparecido de su vida, sin embargo, ahí estaba, inmóvil, con su mirada atravesando sus huesos.

—Eso no es justo —intervino entonces Sara con la mirada puesta sobre Rafael.

En ese momento Sergio pudo observarla y ya no veía un atisbo de rabia en su mirada, solo lástima. Se sentía culpable por sus últimas palabras. Haberle acusado de matar a su novia también había roto algo en ella. Se había dado cuenta de que estaba equivocada. Le había juzgado precipitadamente y con ello provocado un daño irreparable.

—¿Y tú qué sabes lo que es justo? —preguntó Rafael casi gritando mientras se acercaba hacia ella.

Si no conseguía ponerla en su contra habría fracasado y no podía permitirlo. Tenía mucha ira en su interior y necesitaba liberarla.

Sergio observó cómo Rafael se acercaba a la chica y sintió pánico de que pudiera hacerle daño. Había fracasado en su intento de ponerla en su contra y estaría pensando en otra forma de herirle.

—¿Y qué quieres que haga? Dímelo, llevo meses sin dormir, sin comer, sin salir, meses encerrado con una sola cosa rondando por mi cabeza; ¿qué podía haber hecho distinto? Solo tengo esa noche en la cabeza, una y otra vez, ¿quieres que pida perdón? Lo he hecho una y mil veces —dijo Sergio tratando de llamar la atención de Rafael.

Este se detuvo en seco a poca distancia de Sara, que había dado un paso hacia atrás, asustada. Se volvió hacia Sergio y le dedicó una mirada de rabia todavía mayor que la que ya llevaba puesta desde un principio.

Había conseguido atraer su atención.

Si quería hacerle daño a él no le importaba, lo merecía, pero no dejaría que le hiciera nada a ella bajo ninguna circunstancia.

—¿Perdón? ¿Crees que puedo perdonarte por lo que nos hiciste? —preguntó Rafael mirando a Sergio fijamente. Sergio observó una lágrima reprimida en su mirada—. ¿Crees que mi madre puede perdonarte por quitarle a su hijita?

Esa última frase provocó que se desmoronara por completo. La lágrima que le asomaba resbaló por su mejilla hasta que alcanzó la barbilla.

Rafael intentaba mantener la voz fuerte, sin embargo, era en vano. Por primera vez parecía frágil, humano; él también estaba destrozado. Sergio sintió lástima por él. Todo ese dolor era culpa suya y no podía reprocharle que quisiera vengarse. Les había destrozado la vida.

—Tú no, ella —susurró entonces Sergio tras unos segundos de silencio. Él siempre se había imaginado disculpándose ante esa chica, nunca con su familia. Hasta hacía poco ni siquiera sabía que la tuviera, ni se había preocupado por saberlo.

—Ella no puede perdonarte, está muerta… —dijo Rafael recuperando el tono de voz—. Ojalá te hubieras quedado en tu casa y matado a tu novia. Ojalá os hubierais matado los dos y hubierais dejado en paz a mi hermanita.

—No piensas lo que dices —le increpó Sara acercándose a Sergio e interponiéndose entre los dos.

Sergio dio dos pasos hacia delante poniéndose delante de Sara. No iba a permitir que ella lo protegiera, ella no tenía la culpa. Si alguien iba a acabar herido, sin duda sería él.

—Claro que sí, por supuesto que lo pienso. Ella era buena y no le había hecho nada a nadie, no se merecía nada de eso —dijo Rafael abatido. Ya no era odio lo que transmitía.

Recordar a su hermana le había provocado un daño irreparable. Su voz era débil y entrecortada, prácticamente no era capaz de terminar sus propias frases.

—Si ella de verdad era como dices, no querría que pensaras de esa forma —contestó Sara acercándose a Rafael y dejando a Sergio a su espalda.

Rafael se quedó callado. Daba la sensación de que quería hablar, pero no encontraba las fuerzas necesarias para llevarlo a cabo. Pensaba en su hermana y en lo dulce que siempre había sido. Su mente viajaba a cuando los dos eran pequeños y se pasaban el día discutiendo y peleando en la buhardilla de la casa de sus abuelos a las afueras de la ciudad.

Ella siempre había sido la lista, la que sacaba buenas notas y la que nunca hacía nada que no fuera la decisión correcta.

Para su madre, ella era perfecta y él la oveja negra. No había ido a la universidad, cosa que para su madre era casi un sacrilegio, incluso había tenido algún que otro problema con la ley, sin embargo, su hermana siempre había estado ahí para él.

Le había ayudado cuando había tenido algún problema e incluso le había pagado la clínica de desintoxicación para salir del pozo en el que se había metido por culpa del alcohol y la heroína.

Recordaba bien esa casa.

Habían pasado la mayor parte de su infancia en ella. Después de que su padre los abandonase, su madre había tenido que buscar un trabajo extra para mantenerlos y se pasaban el día con sus abuelos.

Los pobres eran ya muy mayores en aquel momento, aunque tenían una vitalidad que no iba acorde a sus años. Fueron los mejores años de su vida, antes de tomar decisiones erróneas y hacer que su vida descarrilara como un tren en marcha.

Su abuelo era un hombre bueno y el único referente paterno que había tenido y el reflejo de lo que él sería cuando creciera.

Recordar ese tiempo le hizo sentir nostalgia.

Ya no volvería.

Sus abuelos habían muerto hacía años y ahora su hermanita tampoco estaba. Su vida no valía nada en su ausencia. Su familia estaba rota.

—No me importa, si alguna vez dejas de pensar en ella, siempre estaré yo para recordártelo. Nosotros no tendremos una vida, pero tú tampoco vas a tenerla —finiquitó Rafael antes de pasar por el lado de Sergio y salir dando un portazo.

Ya no ocultaba sus lágrimas. Estas caían una detrás de otra mientras se dirigía escaleras abajo.

No tenía nada que ocultar. Su dolor conviviría con él el resto de su vida.

Y se ocuparía de que también lo hiciera en la vida de Sergio.

Por su hermana, su madre y su familia.

Como que se llamaba Rafael que así sería.

CAPÍTULO 17

Agosto de 2025

Sergio se sentía tan aliviado como sorprendido por la repentina partida de Rafael. Sin duda alguna había sido mucho más fácil de lo esperado.

De pronto sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Toda la tensión que había acumulado durante los últimos minutos se había apoderado de él y lo golpeaba como un rayo.

Cayó sobre sus rodillas y rompió a llorar con desenfreno.

No quería que Sara lo viera en ese estado, pero se sentía totalmente incapaz de controlarlo. Las lágrimas brotaban de su interior sin que tuviera el más mínimo control sobre ellas. Tenía las emociones a flor de piel.

Odiaba a Rafael por lo que le estaba haciendo y, sin embargo, se odiaba mucho más a sí mismo. Comprendía a ese hombre, del mismo modo que era consciente de que si la situación hubiera sido a la inversa, sería totalmente capaz de reaccionar del mismo modo.

Jamás se hubiera imaginado encontrarse en una situación como a la que se estaba enfrentando.

«Eso le pasa a los demás», es lo que siempre se dice.

Recordaba escuchar a su madre decir esas mismas palabras mientras veía un documental sobre secuestros.

Siempre piensas que no te va a pasar a ti.

Son otros los que mueren…

Son otros los que no pueden pagar la hipoteca de su casa y acaban en la calle… Desahuciados.

Son otros los que atropellan a una pobre chica por ir demasiado borrachos.

Pero no, no siempre era de esa forma.

De hecho, ahora sería otra persona la que vería su caso y se diría a sí mismo que siempre es a otras personas a las que les ocurren las cosas malas.

Sin embargo, esta vez le había tocado a él.

Él era la persona a la que le pasaban esas cosas, del mismo modo que a la hermana de Rafael.

Y a Rafael, y a su madre, incluso a Sara simplemente por el mero hecho de haber decidido pasar la noche con él.

La chica se acercó y se arrodilló junto a él antes de pasarle la mano por el pelo.

—Sergio, ¿estás bien? —preguntó Sara tratando de contener las lágrimas. Sabía que si ella también lloraba, se sentiría incluso peor.

El edificio estaba en completo silencio, ya ni se escuchaban los pasos de Rafael al final de las escaleras. El único sonido existente era el provocado por Sergio, que sollozaba sin fuerzas para

levantarse.

Sara se sentía abatida a su lado.

Sabía que parte de la culpa de que estuviera en ese estado recaía sobre sus hombros. Había imaginado cosas horribles acerca de él en el peor momento posible.

Un hombre al que no conocía había empezado a decir barbaridades y no se había parado un segundo a plantearse si serían ciertas. Ni siquiera le había dejado explicarse antes de soltar acusaciones.

Sara lo abrazaba con fuerza e intentaba que se levantara, aunque era en vano. Ni ella tenía la fuerza suficiente ni él lo intentaba siquiera.

La luz del sol se adentró por la ventana y los golpeó con dureza.

Comenzaba a plantearse que le parecía temprano para que hubiera tanta luz, cuando se dio cuenta de que no sabía qué hora era, ni de qué día. De hecho, no tenía ni la más remota idea del mes en el que se encontraban.

Se asustó tan solo de pensarlo, aunque claro, tampoco era el momento indicado para preguntarle a Sergio, que seguía arrodillado frente a ella con la cara repleta de lágrimas.

—Tiene razón, ojalá me hubiera matado yo. Ojalá ella siguiera con vida y fuera yo el que hubiera muerto en ese maldito accidente —farfulló entonces Sergio antes de alzar ligeramente la vista y sacar a Sara de sus pensamientos.

—Sergio, no digas eso —contestó ella separándose un poco de él con tal de verle la cara. Tenía el rostro enrojecido a causa del llanto. Las lágrimas habían provocado que sus ojos brillaran como destellos iluminados por la luz que entraba intermitente por la ventana.

—Es la verdad, Sara, yo no merezco tener una vida. Hoy he llegado a pensar que era posible tenerla, pero estaba equivocado —dijo Sergio, justo antes de utilizar la totalidad de sus fuerzas para ponerse en pie.

Lo había decidido.

Se entregaría, hablaría con la policía y le encerrarían. Pensó en ello brevemente hasta que se percató de que realmente no podía hacerlo.

Ya había habido un juicio por lo ocurrido.

Tendría que presentar alguna prueba de amaño o tráfico de influencias y, si lo hacía, metería en problemas a su padre. Además, realmente no tenía nada para poder demostrarlo.

No le quedaría más remedio que delinquir. Esa era la única manera de que lo detuvieran.

Aunque tampoco sabía qué delito podía realizar que no provocara daño a nadie y lo llevara directo a prisión.

Necesitaría un plan y un delito beneficioso para alguien. La idea le atrajo hasta que se percató que de esa forma podría convertirse en una especie de héroe.

Y eso no podía aceptarlo.

Merecía estar solo y alejado del mundo hasta que la edad y la muerte le alcanzasen en la más profunda soledad. Se quedaría en casa, sin salir, encerrado como había hecho durante los últimos meses. Y esta vez no acudiría a ningún doctor para olvidar. Quería acordarse de todo por si alguna vez volvía a tener la necesidad de buscar una vida, recordarse que no merecía tenerla.

—Y así es, claro que lo es, Sergio, lo que te ha pasado es durísimo, pero puedes vivir. Un error no se paga durante toda una vida —dijo Sara levantándose y poniéndose junto a él. Tenía que hacer lo que fuera para animarle. No podía dejar que se hundiera en sus miserias.

—¿No? Dime una cosa, Sara, ¿y si fueras tú o tu hermana, madre o hijo quien hubiera muerto?, ¿me perdonarías?

Las palabras de Sergio la forzaron a dudar. Era una pregunta realmente difícil de contestar.

Por un lado, no quería mentirle porque él lo notaría, pero tampoco podía decirle que no le perdonaría bajo ningún concepto. En el estado en el que se encontraba podría ser fatal.

Trataba de buscar las palabras adecuadas. Intentaba salir de la trampa en la que la había metido, pero llevaba varios segundos callada y eso la delataba.

—Claro que no, ni yo tampoco —zanjó Sergio alejándose de ella. Era increíble que quisiera ayudarle después de lo que había descubierto sobre él, pero ya no había nada que hacer, estaba decidido.

—Pero ellos no tienen que perdonarte, tienes que hacerlo tú mismo para poder vivir —contestó ella acercándose de nuevo.

—Entonces no podré hacerlo nunca —dijo Sergio antes de empezar a caminar hacia la cocina.

Sergio abrió la nevera, sacó una botella de agua, cogió un vaso del armario y lo llenó mientras Sara se acercaba por detrás. Dio un gran trago y lo repitió tres veces hasta llenarse de agua. El simple acto de llorar le había deshidratado. Por primera vez desde que la había conocido no quería que Sara estuviera allí. Debía irse, vivir su vida y olvidar que alguna vez lo había conocido. Aunque al mismo tiempo deseaba que no lo hiciera. Su sola presencia lo ayudaba a serenarse y le otorgaba paz. Que ella se mantuviera junto a él le daba esperanzas de que todo pudiera arreglarse.

Pero eso ya no era posible, era incapaz de cambiar su pasado.

Rafael no estaría junto a su hermana…

Su madre no volvería a verla de nuevo y ella jamás podría comenzar en su nuevo trabajo.

No podía olvidarlo.

Ella no se merecía que lo hiciera.

Pero Sergio estaba convencido de que Sara se empeñaría en que viviera, que saliera y que retomara su vida o empezara otra nueva, del mismo modo que su madre lo había intentado durante los últimos meses.

Pero ellas no lo entendían, nadie podía entenderlo.

Sentía una lucha interminable entre sus deseos y sus obligaciones, del mismo modo que era consciente de que con Sara allí, sería terriblemente difícil hacer lo correcto.

Con el último vaso de agua se sintió llenó, aunque, al mismo tiempo, hambriento. Había gastado mucha energía y necesitaba recuperarse para pensar con claridad.

Abrió la nevera de nuevo en busca de algo para comer. Aunque realmente no había demasiado para elegir, únicamente unos huevos que no recordaba haber comprado y algo de comida caducada. Sacó dos, los puso en un cuenco y comenzó a batirlos. La chica le observaba desde el otro lado de la mesa sin decir una palabra mientras buscaba las palabras adecuadas para conseguir lo que se proponía. El olor de la comida casi había provocado que se desconcentrara, pero no debía hacerlo. Tenía que encontrar las palabras correctas. No permitiría que Sergio tirara toda su vida por la borda.

—Sergio, escúchame, cometiste un error, de acuerdo. No debiste beber y conducir —comenzó a decir Sara cuando Sergio le interrumpió.

—Por supuesto que no —contestó con autoridad.

Sara no iba a permitir que le intimidase. Ella era mucho más dura que él.

—Pero, ¿por eso vas a encerrarte el resto de tu vida? Tu novia te dejó, llevas meses encerrado. Si merecías un castigo, ya lo has recibido —dijo Sara cruzando la mesa para ponerse junto a Sergio. Quería estar cerca de él, arroparlo y hacerle sentir seguro. Pensó que debía mostrarle cómo podía ser su vida, que no debía olvidar su pasado, sino utilizarlo para forjarse un nuevo futuro.

Sergio había tomado una decisión, pero con Sara a su lado cada vez le era más difícil ser fiel a ella.

La notaba cerca de él y no podía evitar sentirse en paz. Su olor lo alcanzaba con más fuerza a cada paso que daba acercándose a él.

¿Cómo habría conocido a aquella chica?

¿De dónde habría salido?

¿Podría ser real?

Eran preguntas que rondaban su cabeza mientras se aproximaba. Toda su fuerza de voluntad, la confianza en sus creencias y su fijación desaparecían con cada paso de Sara. No podía evitarlo, por mucho que pretendiera sentir lo contrario, quería vivir. No lo merecía, pero, sin duda alguna, lo deseaba con toda su alma.

—Pensaba que te irías corriendo… —farfulló Sergio con los ojos repletos de lágrimas.

—No me voy a ningún lado —contestó ella abrazándole por detrás.

La chica se apartó mientras Sergio sacaba la tortilla y la posaba sobre un plato que aguardaba encima de la encimera. Nunca habría pensado que una simple tortilla podría oler tan bien.

La partió por la mitad, cogió dos tenedores y ambos la devoraron sin mediar palabra, cada uno anclado en sus pensamientos.

—Te agradezco que sigas aquí —reconoció Sergio tras unos minutos mientras se limpiaba la barbilla con una servilleta.

—No me lo agradezcas todavía, que me debes un polvo —contestó Sara con picardía antes de soltar una carcajada.

Sara de repente volvía a ser la chica que recordaba de esa misma mañana. Volvía a tener ese brillo en los ojos, esa rebeldía y seguridad que lo habían engatusado como a un adolescente. Parecía tener un don para sacarle de sus miserias y provocar que se sintiera vivo y con ganas de comerse el mundo de nuevo.

—¿Nunca te tomas nada en serio? —preguntó Sergio con una sonrisa por primera vez desde que se había dado de bruces con Rafael.

—Intento no hacerlo, aunque bueno, cuando pensaba que habías matado a tu exnovia, un poco en serio sí que me lo he tomado, en ese momento sí me he pensado lo de salir corriendo, no te voy a engañar —contestó antes de soltar una nueva carcajada.

—Hombre, es que si lo pensaras y te quedaras, el que saldría corriendo sería yo.

Dicho esto, Sergio sejó el plato sucio sobre la pila y se volvió hacia la chica.

Estaba sorprendido de verse a sí mismo bromeando. Hacía unos segundos no hubiera imaginado que eso fuera siquiera posible. Sara sacaba su mejor versión.

No podía llegar a comprender el poder que esa chica ejercía sobre él. Acababa de hablar acerca de algo que hacía escasos minutos le había abatido por completo y ahora estaba

bromeando acerca de ello.

—¿Estás más tranquilo? —preguntó Sara sentándose encima de la mesa.

—Un poco —contestó él apoyándose en la encimera y colocándose frente a Sara. La pregunta le hizo volver a la realidad. La actitud de Sara había conseguido que dejara de pensar y se dejara llevar por su vitalidad y optimismo, pero no podía hacerlo, no debía.

—Siento mucho haber pensado lo de tu novia, de verdad —dijo Sara antes de bajarse de la mesa y darle un abrazo.

—No te preocupes, yo habría pensado lo mismo.

—Aun así, ¿puedo hacer algo para compensarlo?

—No te vayas todavía —contestó él sin pensar.

Esas palabras le salieron del alma. No sabía cuánto duraría, pero lo alargaría lo máximo posible. Con ella se sentía mejor de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo y ya no le importaba no recordar cómo la había conocido.

—Ya te he dicho que no me voy, pesado —dijo Sara antes de separarse unos pocos centímetros.

—Ven conmigo —dijo Sergio. La cogió de la mano, tomó con la que tenía libre la novela de encima de la mesa y se sentó en el sofá seguido de Sara—. La historia trata acerca de dos desconocidos que tienen una noche de pasión y cómo esa noche se convierte en algo que nunca olvidarán.

—Pensaba que no querías contármela —dijo Sara sorprendida.

—Y no quería —contestó Sergio sin apartar la mirada de la novela.

—Continúa.

Ella sabía lo duro que era para él hablar acerca del libro, así que pensó que sería mejor dejar que lo hiciera sin hacer más preguntas.

Sergio cerró la novela, la dejó encima de la mesa y se giró hacia Sara, que le miraba atentamente.

—Esa noche se enamoran el uno del otro y nunca más vuelven a verse porque, en el caso de hacerlo, sería imposible que fuera tan maravillosa como esa noche, así que prefieren quedarse con ese recuerdo para siempre —zanjó Sergio del tirón, como un texto aprendido de memoria antes de un exámen.

La reacción de la chica fue lanzarse a sus labios sin decir una palabra. Siempre había sido una chica de impulsos y esa vez no iba a ser la excepción. Sergio le devolvió el beso sin titubear. Comenzaba a notar que su ritmo cardíaco se aceleraba.

Sentía la mano de la chica subiéndole por la pierna y su miembro reaccionaba.

Mientras trataba de relajarse, la imagen de Rafael se cruzó por su mente.

De ese hombre su pensamiento fue pasando a su hermana, pero cuando trató de hacerlo, no fue capaz.

Habían hablado tanto de ella, pensado tanto en ella y ahora no podía ni recordar su cara.

De hecho, no se había dado cuenta de que en ningún momento había recordado su rostro. ¿Cómo era posible que no recordara a la chica a la que había matado?

Sintió una arcada y se levantó de golpe del sofá antes de apartar a Sara lo más suavemente que el momento le permitió.

—No puedo hacerlo —farfulló Sergio con muy mala cara.

—Claro, no te preocupes. Lo siento, no era el momento —dijo Sara tratando de quitarle importancia a la situación.

—No, no pasa nada, solo que después de lo que ha pasado, estoy que no estoy, necesito ir al cuarto de baño.

—Claro, te esperaré aquí leyendo la novela, si te parece bien.

Sergio asintió antes de enfilar con cierta velocidad el cuarto de baño. Se lavó la cara varias veces tratando de borrar el accidente de su cabeza aunque, al mismo tiempo, necesitaba recordar la cara de aquella chica.

No era capaz de comprender cómo podía haberla olvidado.

Al levantar la cabeza miró hacia el espejo y, durante un único segundo, se vio.

Contempló lo que era de verdad.

Su cabeza estaba desprovista de capilares.

Por la cantidad de barba que le cubría el rostro, no se habría afeitado en varios meses y una larga y gruesa cicatriz le cubría el ojo izquierdo y provocaba que cambiara de color.

Fue solo un segundo.

Un instante más tarde, la imagen regresó a lo que había visto de él. Volvía a tener pelo y no había ni rastro de aquella horrible cicatriz.

Aunque ya no era capaz de olvidarlo. Esa imagen se había clavado en su memoria. El corazón le latía con mucha fuerza, le costaba respirar y las manos le temblaban sin control.

No sabía qué era lo que había visto en ese espejo, pero, por alguna razón, estaba convencido de que no iba a ser la última vez.

CAPÍTULO 18

Enero de 2031

En un primer momento se quedó petrificada por su aparición.

Ya no esperaba ver a ese hombre a esas horas de la noche.

Todas sus oportunidades pasaban porque la dirección resultara ser la correcta y, ahora que acababa de confirmar que era cierto, no sabía el modo de reaccionar.

Se levantó de la terraza sin perder de vista el portal y se dirigió hacia la acera de enfrente con tal de observar las ventanas.

No pasaron más que unos minutos cuando estas se abrieron de par en par y una luz se prendió en el interior de la vivienda.

«Te tengo» Pensó.

Ahora ya sabía dónde podía encontrarlo y seguir sus pasos. Aunque, como ya no creía que fuera a ir a ninguna parte esa noche, cogió un taxi —a esas horas ya no le apetecía caminar— y fue directamente a su habitación con la firme intención de dormir unas pocas horas.

Su idea era regresar a primera hora de la mañana y observar sus movimientos desde bien temprano.

No sabía lo que estaba buscando acerca de ese hombre, así que cualquier cosa podría servirle de ayuda.

Era posible que conociera a John Marshall y que tuviera información acerca de sus negocios porque hubiera estado relacionado con ellos.

Aunque lo dudaba.

Por alguna razón, su intuición le decía que en ese hombre había más.

Mucho más.

No eran ni las siete de la mañana cuando Rachel regresaba al bar frente al piso de Andrea Gentile. Como todavía estaba cerrado, se decidió por adentrarse en una cafetería cercana desde donde también era capaz de observar el portal.

Pidió un café y algo de comer y esperó a que Andrea saliera un par de horas más tarde.

En ese momento, Gentile salió caminando en dirección al centro de la ciudad y compró algunas cosas en un supermercado ante la atenta mirada de Rachel, que no le quitaba los ojos de encima. Poco después desayunó en una cafetería y se dispuso a hacer algunos recados.

Envió un paquete en correos, compró algo de ropa en unas tiendas del centro y, cuando llegaba el mediodía, comió un plato de pasta en un restaurante italiano antes de regresar a su domicilio.

Un día perdido.

Abatida y cansada a partes iguales, Rachel regresó a su habitación con la esperanza de que el día siguiente resultara ser más productivo.

A los tres días de seguimiento en lo que lo más interesante que había hecho ese hombre había sido cruzar con el semáforo en rojo, Rachel comenzaba a desesperarse y a plantearse cambiar de táctica. No había querido enfrentarse a Gentile sin tener información suficiente acerca de él, pero no parecía que esta fuera a aparecer por arte de magia.

Si no sacaba nada en claro ese mismo día, entraría en su casa y rebuscaría en su interior.

Por suerte para ella, no le hizo falta.

Esa mañana salió sobre las diez, se tomó un café en la cafetería frente a su portal, justo en la mesa de detrás de Rachel, y partió caminando con un destino desconocido que resultó ser un cementerio al sur de la ciudad.

Nada más entrar, fue pasando por los interminables nichos hasta que finalmente llegó junto a un hombre blanco de unos sesenta años que parecía llevar flores a una tumba.

El desconocido iba vestido con un abrigo largo y oscuro sobre unos pantalones de pana. El ceño fruncido parecía intrínseco a su persona. Como si la arruga de la frente no se hubiera deshecho en décadas tras unas gafas de pasta que no dejaba de colocarse sobre una nariz prominente.

Rachel estaba demasiado lejos como para escuchar lo que estos decían, por lo que decidió acercarse. Trató de hacerlo lo más disimuladamente posible y, al llegar junto a ellos, puso en marcha la grabadora de sonido. Teniendo en cuenta sus escasos conocimientos de la lengua española, se vería en la necesidad de traducir cada palabra que estos dijeran. Lo único que sí alcanzó a comprender fue la cara de preocupación que el hombre llevaba cuando Andrea Gentile le mostró la fotografía de una niña que no tendría más de once u doce años.

«Es justo del gusto de Giovanni», pensó Rachel mientras los observaba a unos pocos metros de distancia.

Durante los últimos días había dedicado tiempo tanto a investigar acerca de Giovanni como del mismo Gentile y, si había llegado a alguna conslusión al respecto, era que ese hombre era un auténtico mosntruo.

Los dos hombres siguieron hablando durante un largo rato mientras ella aguardaba. Cuando finalmente dieron la charla por concluida, una mujer que no había visto nunca se aproximó hasta ellos y le dio un beso al hombre de pelo cano con el que Andrea había estado hablando.

Era una mujer de una edad similar a la de su acompañante y dotada de un atractivo evidente aunque ligeramente abandonado. Como si el peso de la pena hubiera hecho mella en su alma.

Rachel continuó esperando unos cuantos minutos a rebosar de impaciencia y la firme intención de no parecer sospechosa. Deseaba regresar a su habitación para escuchar los audios y tratar de comprender la situación en cuanto se fueran. Al fin parecía tener un hilo del que sería capaz de tirar y no podía esperar para llavarlo a cabo.

Nada más llegar a la pensión conectó la grabación y fue traduciéndola de a poco y transcribiendo su contenido en un papel.

—Te estás arriesgando demasiado, si sigues así, alguien se enterará y pondrás en peligro todo el programa. Tienes que tener más cuidado —decía el hombre mayor con tono autoritario.

—Intento arriesgarme lo mínimo que puedo, Olmedo, pero no puedo dejar de hacer lo que hago. No puedo simplemente sentarme a mirar sabiendo lo que soy capaz de hacer. Pero esta vez necesito tu ayuda —decía la voz de Andrea.

—No, ni hablar. Te dije que podías utilizar el programa siempre y cuando no me metieras a mí en tus investigaciones y no pienso cambiar de idea. Si necesitas ayuda, pídesela a tus amigos los de la Interpol.

—Lo sé, pero esto es distinto. Nadie excepto tú puede ayudarme, Olmedo.

—Distinto ¿en qué?, Andrea. Siempre va a haber alguien a quien detener, y siempre será un caso distinto.

—Esta niña está en peligro, Olmedo, cuando Giovanni desapareció, dejó tras él una agenda de objetivos que ha caído en las manos equivocadas.

—Y seguro que haces un buen trabajo dando con ella, pero, ¿para qué me necesitas a mí?

—Porque esta niña tiene una enfermedad muy extraña y poco común y, teniendo en cuenta que Giovanni conocía el funcionamiento del programa, no puede ser casualidad que la estén buscando precisamente a ella.

—¿De qué enfermedad estamos hablando? —preguntó la voz del hombre canoso que parecía llamarse Olmedo.

—Padece hipermnesia.

En ese momento la grabación se quedó en silencio. Por lo que Rachel podía suponer, debía ser posible que se tratara del momento en el que el tal Olmedo se quedaba mirando la fotografía con terror en la mirada.

—No es casualidad, la quiere para el programa. Es totalmente imposible que justamente sufra una enfermedad en la que no puede o…

La grabación se detuvo por completo. Rachel no sabía la razón, pero había dejado de grabar justo en ese momento. Y aunque trató de reiniciarlo, fue en vano. Por desgracia, no se había grabado nada más.

Rachel permaneció con la mirada perdida antes de buscar en internet el significado de esa última palabra mentada.

«El término hipermnesia proviene del griego y significa, literalmente, "exceso de recuerdo", y otorga a aquellos que padecen este raro síndrome la capacidad de recordarlo todo. La persona con hipermnesia recordaría uno por uno cada vehículo, cada planta, cada camisa que ha ido viendo durante su vida. Y no solo eso, sino que recordaría también cada ubicación en el momento del día en que se encontraba, las personas que estaban y hasta el más mínimo detalle de esa situación, que, para otra persona pasaría desapercibido».

Rachel no lograba comprender qué podía haber de peligroso en esa enfermedad.

¿Por qué habían tenido tanto miedo al enterarse de que la padecía?

Debía seguir investigando a Andrea y, si buscaba a esa niña, ella tenía que adelantarse y detener lo que fuera que tuviera en mente.

CAPÍTULO 19

Agosto de 2025

A Sara le estaba gustando la novela.

De hecho, por el momento le estaba gustando mucho.

Aunque bueno, teniendo en cuenta que únicamente llevaba unas pocas páginas de lúdica lectura, tampoco podía tener una opinión demasiado firme al respecto.

Pero sí que de entrada le parecía interesante, bien escrita, y no era capaz de comprender la razón de que la novia de Sergio hubiera sido tan dura con él. Las páginas pasaban y cada vez se sentía más atraída tanto por la historia como por sus personajes.

Carlos era un hombre soltero y tímido, aunque al mismo tiempo, elegante y atractivo.

Se preguntaba si sería la forma en la que se veía a sí mismo, pues parecía evidente que estaba basado en él.

Con el personaje de Clara tenía bastantes más dudas. Era una chica brillante y atrevida que había viajado por todo el mundo en busca de sí misma y, excepto porque era bailarina, se parecía muchísimo a ella misma. Pero claro, esa noche era la primera vez que se veían y la historia llevaba escrita meses, por lo que era imposible que estuviera basada en ella.

Se planteó que lo más probable era que realmente estuviera extraída de la imagen de Laura, su antigua novia.

Sin lugar a dudas sería lo más lógico. Aunque tal y como él la había descrito, no encontraba el más mínimo parecido.

Página tras página se daba cuenta de que Sergio le había dicho la verdad, la historia realmente trataba de una pareja que después de una gran noche de pasión decidía no volver a verse nunca más.

La noche había sido tan mágica e indescriptible que cualquier día o noche a partir de aquella siempre sería peor. Ese momento sería el punto más alto de su relación, por lo que, sería mejor mantenerlo en el recuerdo para siempre.

Cuanto más leía, más parecidos encontraba con su historia, incluso parecía transcurrir en la misma casa.

Describía con precisión aquel salón en el que ella se encontraba en ese mismo momento. La cocina americana, la escalera, la habitación, incluso el despacho de Carlos era exactamente el mismo que el de Sergio.

Lo había cotilleado cuando había bajado a la cocina unas pocas horas atrás. Parecía que estuviera recreando con ella cada momento de su novela.

Se estremeció al pensarlo.

Avanzó hacia el final del tercer capítulo con tal de saber el modo en el que acababa, aunque no consiguió averiguarlo.

En ese momento los personajes todavía estaban desayunando.

Era evidente que había mucha más historia por contar y que la había dejado a medias tras el accidente.

¿Sería por esa razón que no quería que la leyera?

¿Porque sabía que la novela contaba su historia?

Si ese fuera el caso, no lograba comprender la razón de que de un momento a otro se lo hubiera permitido, casi instado a que la leyera.

El teléfono sonó de pronto y la sacó de sus pensamientos. Estaba a punto de avisar a Sergio cuando se percató de que era su propio móvil el que sonaba.

Llevaba un rato cargando junto al ordenador y requería de su atención.

Sergio permanecía de pie frente al espejo sin llegar a creer todavía lo que acababa de presenciar. Aunque, al mismo tiempo, tenía la sensación de que era lo más real que había visto en mucho tiempo.

Se adentró en la ducha con la intención de esconderse del espejo, incluso buscó un ángulo en el que no pudiese verse reflejado de ninguna de las maneras.

Sentía golpes en el pecho. Su corazón latía más despacio, pero con una tremenda intensidad, como si todo su cuerpo vibrara a su compás. Su mano derecha no dejaba de temblar hasta que, mientras trataba de sujetar el bote de gel, este se le resbaló de las manos y cayó sobre el suelo de la ducha.

Se colocó todo lo recto de lo que fue capaz con el agua caliente recorriendo su espalda. No se sentía sucio, en absoluto, lo único que necesitaba era relajarse.

La sensación que llevaba tanto tiempo teniendo aumentaba a cada instante, como si nada de lo que estuviera viviendo fuera real. Como si se encontrara en un sueño del que no pudiera escapar.

¿Se estaría volviendo loco?

Había pasado la noche junto a una chica a la que no recordaba haber conocido. Había olvidado por completo el rostro de la chica a la que había matado, y todo eso sin contar con lo que había visto en el espejo.

Nada de lo que le estaba pasando parecía ser normal.

Intentó hacer memoria y volver atrás todo lo posible con el fin de dar con una explicación lógica.

«Es increíble que no recuerde nada de ayer», se dijo.

Aunque no era tan solo el día anterior. Trató de pensar en la semana anterior y estaba completamente en blanco. Los pequeños detalles del día a día habían desaparecido en una nube de vapor. Sabía quién era e incluso cómo era, al menos antes del accidente, después todo se volvía confuso.

Le vino a la mente la idea de que debería de buscar al doctor Olmedo y pedirle que le diera una explicación. Sin embargo, no tenía idea de cómo siquiera tratar de hacerlo. Por mucho que recordara haber conocido el día y la hora de la consulta, ahora había desaparecido de su mente.

Sentía que los recuerdos eran mucho más nítidos cuanto más lejanos en el tiempo. Como un anciano con alzhéimer que recordaba perfectamente a sus padres, incluso el nombre del gato que había tenido con ocho años y, sin embargo, le era terriblemente difícil recordar lo que había comido esa misma mañana.

Lo que sí que sentía era dolor.

Eso le había acompañado desde hacía mucho tiempo.

Un sufrimiento terrible que abarcaba todo su ser y que le era imposible de soportar. Recordarlo provocó que su mente viajara hacia Rafael, junto a todo por lo que había tenido que pasar. Perder una hermana debía de haber sido algo desgarrador, sobre todo después de haber sido prácticamente como un padre para ella.

Sintió lástima por ese hombre y por todo lo que había tenido que pasar en la vida. Sus problemas con la autoridad y las drogas y todo lo que vino después.

Y ahora él le había quitado prácticamente lo único que le quedaba.

Sergio se quedó pensativo durante unos segundos. ¿Cómo era posible que él supiera todo eso? Hacía un rato ni siquiera lo conocía y seguía sin recordar la cara de su hermana y, en cambio, ahora conocía toda su vida.

Era imposible.

Palideció.

No podía comprender el funcionamiento de su memoria.

Recordaba perfectamente la vida de Rafael, incluso los momentos más íntimos que solo podría haber sabido estando presente, o con un meticuloso estudio de su vida. En cambio, de la suya propia apenas sabía nada. Los últimos meses estaban prácticamente en blanco y el resto de su vida lo recordaba prácticamente de la misma forma que la de Rafael. Se sentía un mero espectador de su propia historia.

Advirtió un fuerte dolor en la parte alta de su espalda, justo debajo del cuello. Salió de la ducha con la esperanza de comprobar en el espejo si tenía alguna herida en la zona. Aunque lo duda mucho porque no recordaba heberse golpeado.

Una gran cantidad de agua cayó al suelo al salir y colocarse frente al espejo. Prácticamente no podía ver más que una sombra de su figura.

El agua caliente había empañado el espejo y únicamente podía ver algunas partes de sí mismo. Aguardó a que el vapor se diluyese mientras intentaba convencerse a sí mismo de que no sería nada, que no se había dado ningún golpe y no había razón para preocuparse.

Buscaba con la mano, que todavía temblaba, el lugar en el que había sentido el dolor y, a medida que el vapor desaparecía, se giraba para encontrarlo en el espejo. Cada vez era capaz de ver con más claridad la parte superior de su espalda y no parecía ser una herida ni ninguna clase de abrasión, sino un tatuaje que, por supuesto, no recordaba haberse hecho.

¿Lo había tenido allí todo el día?

Sara no lo había mencionado en ningún momento y, si realmente había estado allí todo ese tiempo, ¿por qué no le había dolido hasta ese momento? Era un símbolo extraño que no recordaba haber visto nunca ni tenía idea del significado. Sin embargo, una palabra le vino a la mente: *Overlight*.

No conocía la razón, pero sabía que estaba relacionada con ese símbolo. Lo observó de espaldas al espejo con la intención de verlo con más claridad y aprovechar que el espejo ya

estaba prácticamente desprovisto de vapor.

Sintió un leve dolor al volver a tocarlo y apartó la mano antes de colocarse de nuevo frente al espejo.

La cicatriz.

Volvía a verla.

Ese rostro que era suyo, y que a la vez no lo era. Aquel ojo provisto de esa gran cicatriz que lo cruzaba y lo observaba a través del espejo. La barba dejada crecer durante meses y la cabeza totalmente rapada que recordaba a la de un enfermo. Incluso su peso era distinto. Parecía tener varios kilos de menos y sus facciones estaban mucho más marcadas de lo habitual.

Se observaba con una mezcla de entre curiosidad y auténtico pánico. No recordaba nada de aquello, pero al mismo tiempo le parecía algo natural. Y eso era lo que le extrañaba de todo, la falta de sorpresa ante esa extraña imagen.

—*Overlight*… —susurró para sí mismo.

No podía evitar tener la mirada clavada en ese ojo de color rojizo y en la cicatriz que lo cruzaba. Se tocó la cara para demostrar que realmente él no la tenía, que únicamente estaba en el espejo.

Se acarició el pelo con la intención de comprobar que, efectivamente, seguía allí y le resultó extraño que su yo del espejo se tocara una cabellera inexistente imitando su movimiento. Se pasó la mano por la imberbe barbilla mientras observaba cómo su homónimo traspasaba la espesa barba hasta repetir su mismo movimiento.

El agua seguía cayendo.

Había salido tan deprisa al notar el dolor que no había cerrado el grifo y comenzaba a inundar el cuarto de baño. La observó caer y sintió frío, desnudo frente al espejo con los ojos puestos sobre ese oscuro ser que le devolvía la mirada.

Se tocó de nuevo la parte superior de la espalda y, aunque ya no le dolía, el símbolo continuaba en ese lugar.

Trataba de memorizarlo para intentar dibujarlo más tarde y poder buscar información acerca de él. Quizás de esa forma descubriera alguna cosa.

Se planteó la posibilidad de volver a la ducha, aunque le era muy difícil con esa imagen reflejada en el espejo. Trató de apartar la mirada y de pensar en Sara.

Ella estaría leyendo su novela en ese momento y no pudo evitar preguntarse si le estaría gustando.

Cualquier excusa era buena para tratar de quitarse esa imagen de la cabeza.

Regresó a la ducha con la mente puesta en Sara y a la espera de que, al salir de allí, todavía siguiera donde la había dejado. A fin de cuentas, se había ido corriendo después de que ella lo besara y podía haberle sentado mal.

¿Y si se hubiese ido?

Ese simple pensamiento le horrorizó.

No podía ni llegar a plantearse no volver a verla nunca más.

No de esa forma.

Quería aprovechar hasta el último momento a su lado antes de que se marchara. Se sentía culpable por haberla dejado tan abruptamente y salir corriendo, pero en ese momento lo necesitaba.

El agua volvía a recorrerle el cuerpo y, esta vez, se colocó de cara al grifo para que le cayera por la cara. Tenía miedo de que, si el agua caliente iba directa al tatuaje, le doliera de nuevo.

Cerró los ojos e intentó evadirse del mundo para no pensar…

Entonces la vio.

El rostro de la chica a la que había matado se cruzó por su mente. Era capaz de verla a la perfección, cada facción de su rostro. Su pelo. Sus ojos.

—No puede ser… —farfulló mientras sus ojos se abrían como platos—. Es imposible —repitió antes de abrir la cortina de la ducha, sacar un pie y derramar toda el agua hacia el exterior.

Estaba realmente nervioso. El corazón volvía a latirle a gran velocidad y con una fuerza alarmante. Las manos le temblaban y prácticamente no era capaz ni de respirar.

Tomó impulso para extraer el cuerpo al completo de la ducha y resbaló cayendo al suelo de golpe. A duras penas alcanzó a levantarse y dirigir su mirada hacia el espejo.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué ha pasado?

No recordaba haber entrado en el baño.

Había estado con Sara hablando acerca de la novela. Pero, ¿por dónde se habían quedado? Eso no lo recordaba.

Se miró en el espejo.

Su pelo estaba alborotado.

Sonrió al verlo de esa forma antes de ojear la bañera. El grifo continuaba abierto y el agua no dejaba de crecer en su interior.

Pensó que debería darse una ducha.

La habría abierto para eso.

CAPÍTULO 20

Enero de 2031

Durante los días siguientes, Rachel continuó con el seguimiento de Andrea Gentile. Aunque esta vez dividía su tiempo en hacer lo propio con el tal Olmedo, que por lo que pudo averiguar era una médico retirado hacía un par de años sin ningún tipo de antecedentes.

Su vida era de lo más aburrida y, si seguir a Gentile se le hacía tedioso, hacerlo con Olmedo se volvía insoportable, aunque tampoco parecía tener otra opción.

Sin conocer el nombre de la niña no tenía otra que seguirlos a ambos hasta que uno de los dos diera un paso en falso. Antonio Olmedo era un médico de renombre que, por lo que Rachel pudo averiguar, pasaba la mayor parte de su tiempo en el hospital investigando algo que no fue capaz de descifrar.

Había tratado de no pedir ayuda de nuevo a Ben, aunque claro, la otra opción que albergaba para ser capaz de avanzar era poder extraer algo más de información acerca de la conversación entre esos dos hombres. Por lo que, con más pena que ganas, contactó con el agente Ben Morris con tal de que le sirviera de ayuda.

Este, como era evidente, aceptó encantado y sin hacer demasiadas preguntas. Aunque sí que fue claro al decir que la grabación estaba en muy mal estado y no estaba seguro de que pudiera hacer demasiado. De hecho, lo único que fue capaz de limpiar de la parte borrosa de la grabación fueron algunas palabras sueltas. La mayoría parecían insignificantes, aunque las palabras «Moscú», «diez de la mañana» y «jueves» le daban muchas pistas acerca de sus futuros movimientos.

Andrea iba a viajar a Rusia al día siguiente y Rachel debía seguir sus pasos fuera como fuera. Le dio las gracias a Ben antes de colgar y se lanzó a buscar un vuelo inminente a la capital Rusa.

Faltaba apenas una hora para el vuelo de Andrea y Rachel llevaba otras dos esperando fuera de su casa. Como no lo había visto salir, dio por hecho que lo habría hecho temprano y decidió entrar en su apartamento con la firme intención de extraer toda la información de la que fuera capaz antes de partir hacia el aeropuerto para coger su vuelo y seguir sus pasos.

No debía ni romper la cerradura ni forzarla, si lo hacía, cuando Andrea regresara de su viaje, sabría que alguien habría entrado. Por lo tanto, tenía que buscar una forma diferente de entrar. Rachel había investigado previamente el edificio y sabía que una de las ventanas del salón, que daba a una terraza del piso de abajo, no funcionaba correctamente y se podía abrir desde el exterior.

Después de entrar en el portal junto a un vecino, subió por la escalera del edificio, salió por la ventana del segundo rellano y entró por la ventana de Andrea después de trepar desde la terraza del piso de abajo.

Nada más entrar, se percató de la falta de luz, así que decidió no encenderla por si algún vecino la veía y le parecía sospechoso. Caminó a través del pasillo antes de entrar en la cocina y registrar los cajones. Después fue paseando por la casa hasta llegar al cuarto de Andrea y miró en el interior del armario, en la cómoda, bajo la cama, hasta que finalmente dio con una semiautomática entre los calcetines.

No era extraño que un exagente de la Interpol estuviera armado, ni mucho menos. Así que no le dio más importancia.

Cuando salió de la habitación de Andrea, se percató de que había una puerta cerrada al final del pasillo.

La única por la que todavía no había entrado.

Al acercarse, escuchó que alguien estaba hablando en su interior.

Parecía la voz de Andrea, que hablaba sin parar, muy nervioso.

Rachel se sobresaltó.

Andrea seguía en la casa. Todavía no había partido hacia el aeropuesto y ella se había precipitado con su entrada. No debía verla bajo ningún concepto. Aunque, por otro lado, necesitaba saber qué era lo que estaba pasando allí dentro. No podía marcharse sin averiguarlo.

Maldijo entre dientes.

Andrea estaba hablando en italiano y no había cogido la grabadora para poder traducir sus palabras.

A los pocos minutos la voz de Andrea se detuvo y Rachel se alejó de la puerta a esperar a que Andrea saliera.

Cuando finalmente lo hizo, estaba sudado y parecía que le costaba caminar. Fuera lo que fuera lo que hubiera estado haciendo allí dentro, sin lugar a dudas lo había dejado enormemente cansado. Caminó por el pasillo y pasó por su lado hasta alcanzar el cuarto de baño y se adentró en él.

Rachel esperó, agazapada, hasta que Andrea se duchó y se vistió.

No iba a marcharse sin saber qué era lo que había en el interior de esa habitación.

Ni hablar.

A los pocos minutos de espera, Andrea salió del baño con mejor cara, recogió una pequeña maleta que ya estaba preparada del interior de su habitación y salió por la puerta principal de la casa dando un portazo.

Finalmente sería capaz de saber algo acerca de ese hombre.

Daría un paso para comprender lo que estaba ocurriendo.

Aguardó un tiempo prudencial para, despacio y con sigilo, caminar a oscuras por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación que antes le había faltado por mirar.

Cogió el pomo con la mano y, tras comprobar que no estaba cerrada, entró sin mirar atrás.

CAPÍTULO 21

Agosto de 2025

Sara continuaba inmersa en su lectura.

Hacía escasos minutos se había levantado al creer que su móvil reclamaba su atención. Sin embargo, como finalmente no había ninguna llamada, regresó a su novela sin darle más vueltas.

Clara y Carlos estaban practicando sexo y Sara se ruborizó ante el simple hecho de leerlo. El momento era bastante subido de tono y fue totalmente incapaz de no imaginarse a Sergio escribiendo esa misma escena. Estaba convencida de que él se habría avergonzado todavía más que ella al hacerlo. Era un chico muy tímido, aunque le gustaba lo inseguro que era. Le parecía tierno y para ella esos eran los mejores.

Se sentía culpable por haber forzado en exceso la situación.

El pobre estaba pasando por un mal momento y, al intentar acelerar las cosas, le había hecho sentir incómodo. Tenía que entender que, después de la escena vivida con el tal Rafael, tendría la cabeza en cualquier parte menos en el sexo. Aunque en cierto modo se sentía rechazada, y eso era algo a lo que no estaba acostumbrada en absoluto.

Siempre había llamado la atención de los chicos, muchas veces sin siquiera planteárselo. Simplemente pasaba y al final, sin darse cuenta, había tomado esa situación como algo natural.

Estaba a punto de terminar el segundo capítulo y los personajes todavía no habían salido de la cama. Sergio recreaba con detalle cada momento de intimidad, de lujuria o perversión, aunque lo hacía con gracia y sensualidad.

Empezaba a notar que la temperatura no dejaba de aumentar. De hecho, al tumbarse se había tapado con una manta y en ese momento tuvo la necesidad de apartarla a un lado con tal de bajar la temperatura, aunque resultó en vano porque el calor estaba en su interior.

Se sorprendió a sí misma sintiéndose de esa manera mientras se decía que anhelaba la presencia de Sergio. Si apareciera por esa puerta, se abalanzaría sobre él y le haría todo lo que él mismo había escrito en su novela.

Incluso se planteó la posibilidad de entrar en la ducha en busca de guerra. Aunque en el fondo era consciente de que no era una buena idea. Él ya la había rechazado una vez y podría hacerlo de nuevo si le presionaba.

Se levantó del sofá, dejó la novela a un lado, tiró la manta encima para ocultarla de su vista y fue directa a la nevera en busca de agua.

Dio un largo trago mientras se decía a si misma que lo que realmente deseaba sería tirársela por encima para bajar la temperatura de su piel. Se sentía incómoda con esa sensación, como cuando, de adolescente, veía una escena de adultos en una película sentada con su hermano en el salón. Él se sentía más incómodo que ella y la quitaba con rapidez, pero esas imágenes en el

momento de comenzar a conocer su sexualidad provocaban que se avergonzase sin remedio. En ese instante se sentía como una quinceañera ante un primer amor, sin apenas conocer su cuerpo y, sin embargo, con unas ganas tremendas de aprender a comprenderlo.

Trató de dejar esas ideas a un lado. Era inconcebible que fuera incapaz de leer la novela sin ruborizarse, simplemente debía interesarse por la historia.

Cuando Sergio volviera, debería haber leído los tres capítulos completos y debía tener una opinión apartada de sus instintos más básicos.

Dejó la botella en la nevera y, estaba a punto de volver al sofá cuando, al pasar por la estantería, miró hacia arriba en busca de los libros de las últimas filas. En ese momento le vino a la mente el instante antes de que Rafael llamara a la puerta cuando, subida en la escalera, había estado a punto de caerse. Se había subido hasta la última fila en busca de la palabra que Sergio había leído en su correo.

Buscó en todos los libros de la última fila, pero juraría que ninguna era la que estaba buscando. Tampoco es que estuviera del todo segura, a fin de cuentas, no recordaba qué palabra era.

Aunque ninguna le sonaba familiar.

Había libros de historia, de geología y varios ejemplares de novela negra en la última fila, sin embargo, no dio con nada que pudiera relacionar con la palabra que estaba buscando.

Sergio había leído esa palabra justo después dejar de lado el ordenador, así que era posible que todavía siguiera abierto el correo en el que la había visto.

Dejó de buscar en la estantería y se dirigió al ordenador; abrió la pantalla del portátil, acarició el ratón y se encendió justo como había esperado.

La pantalla se había quedado encendida en la bandeja de entrada del correo de Sergio. Nada más puso la mirada sobre ellos, su rostro emblanqueció.

Había cientos de ellos y prácticamente en todos lo llamaban asesino, lo amenazaban o lo increpaban con cosas que ella no le habría deseado ni a su peor enemigo.

Sin pensárselo dos veces, entró en un correo al azar.

Te has librado del juicio, pero no te librarás de nosotros.

Decía el correo en el apartado de asunto.

Sara deslizó hacia abajo para leer el resto del correo.

No sé qué habrás hecho para librarte de lo que hiciste, pero la libertad condicional no es ni de lejos el castigo que te mereces. Eres un maldito asesino y pagarás por ello.

Sara dejó de leer el correo. A partir de ahí solo había insultos y amenazas sin sentido. Salió, deslizó hacia dejado y entró en el siguiente correo.

«*Los buzones solo son el principio*», —decía el asunto.

No te sentirás a salvo, malnacido no dejaremos que eso pase jamás.

Te echarán hasta de tu casa.

Ni siquiera tus vecinos te quieren cerca de ellos, acabarás en la calle como un perro. No mereces nada mejor que eso.

Lo cerró de inmediato. Aunque acaba de conocerlo, le dolía leer esas cosas acerca de Sergio. El pobre era un buen chico que había cometido un error en un momento de debilidad. Algo que le podía haber pasado a cualquiera.

Sin más dilación, continuó bajando con la intención de encontrar esa palabra en alguno de los correos.

Lo último que quería era seguir leyendo esas barbaridades. Lo único que quería encontrar esa palabra que rondaba por su mente.

Aunque, al mismo tiempo, parecía que había desaparecido de la faz de la tierra. Ya llevaba decenas de correos y no la veía por ninguna parte.

«*Nada es real*», —decía otro de los asuntos.

¿Nada es real? ¿Qué podría significar eso?

Sin llegar a contestar a su propia pregunta, abrió el correo y se percató de que ni siquiera había texto. Únicamente estaba escrito ese asunto, *nada es real*, nada más.

Se detuvo durante unos segundos para tratar de encontrar el significado de esa única frase.

«*Cariño, espero que estés bien*», decía uno de los últimos asuntos de la página.

A primera vista parecía que era el único de todos los correos que parecía algo diferente. Valía la pena intentarlo.

Clicó.

Sergio, estoy muy preocupada por ti.

Llevas meses encerrado y necesitas superarlo porque si no, te va a consumir.

Solo sales de casa para ver a ese doctor y no puedes seguir así.

Si crees que el programa Overlight es lo que va a sacarte del pozo en el que te encuentras, adelante, pero no pongas todas tus esperanzas en eso.

Por favor, hijo mío.

Cuídate.

Un beso.

Mamá.

Overlight, esa era la palabra que había estado buscando. Por fin la había encontrado.

Ella nunca había escuchado esa palabra antes de ese día ni le producía el menor interés, pero si Sergio la estaba buscando, el hecho de proporcionarle información acerca de su significado podría brindarle cierta alegría.

Y sin duda alguna la necesitaba.

Acababa de cerrar el correo de la madre de Sergio con la intención de regresar a la estantería y buscar el libro con esa palabra escrita cuando algo provocó que se detuviera de sopetón.

La mejor persona del mundo.

Esa frase le sorprendió. Era completamente diferente a todos los correos que había leído anteriormente.

Deslizó el ratón hacia el asunto y clicó.

Mi hija Sara era dulce, amable y fuerte. Ella era todo lo que una madre podría haber querido para una hija.

Tenía una voluntad tan fuerte que siempre conseguía todo lo que se proponía sin que nada pudiera interponerse en su camino. Su autoestima y amor propio provocaban que nunca se detuviera ante nada por muy difícil que pudiera parecer. Ella era la mejor persona del mundo, y tú te la llevaste.

Sara no pudo evitar emocionarse ante las palabras de una madre destrozada. Sentía que una lágrima recorría su mejilla sin ni siquiera darse cuenta del momento en el que esta había abandonado el interior de su ojo.

«*Mi hija Sara*», leyó de nuevo.

La chica se llamaba igual que ella y nadie lo había mencionado.

Repasó la conversación que habían mantenido con Rafael para percatarse de que en ningún momento habían pronunciado el nombre de aquella chica.

«Qué raro», pensó, «¿por qué no habrían dicho su nombre?».

Era realmente extraño que su nombre no hubiera aparecido en ningún momento de su conversación. Durante todo ese tiempo no lo había notado, pero ahora que lo pensaba con atención, debían haberlo hecho a propósito. Era imposible que no hubieran nombrado a alguien del que estaban hablando durante tanto tiempo sin que fuera deliberado.

Acababa de cerrar la bandeja de entrada cuando se percató de la existencia de una carpeta con el nombre de Sara en el centro del escritorio.

Su primer impulso fue el de abrirla, aunque cambió de idea al instante.

Prefería no saber más acerca de aquella pobre chica.

Se levantó algo desorientada y mucho más preocupada. Caminó por el salón tratando de pensar con más claridad.

Sin darse cuenta, sus pasos terminaron junto a la gran estantería y su mirada puesta sobre los libros de la última balda.

No se lo pensó dos veces. Cogió la escalera y subió lo más alto para tratar de acercarse lo máximo posible.

Posó su mirada en cada uno de ellos en búsqueda de la palabra «*Overlight*» y fue pasando de izquierda a derecha.

Le parecía extraño que no lo viera por ninguna parte.

Teniendo en cuenta que la primera vez ese nombre la había golpeado con un simple vistazo desde el suelo, pensaba que daría con él en pocos segundos.

Fue cogiendo libro tras libro y examinándolo a conciencia, antes de darse por vencida.

Su mente no dejaba de regresar a esa carpeta con el nombre de esa chica.

Bajó dos escalones para mirar en la segunda fila contando desde arriba.

Y ahí estaba, justo al otro extremo de la estantería.

Un libro marrón oscuro, desgastado, viejo y cubierto de polvo, con pinta de no haberse usado en muchos años.

Se acercó y comprobó que, efectivamente, allí estaba.

Overlight, escrito en grande en el lomo del libro.

No era capaz de comprender cómo era posible que estuviera en ese lugar si lo había visto en el otro extremo de la estantería hacía solo un rato.

Tampoco le importaba en exceso.

Lo cogió con una mano y fue bajando los escalones con cuidado. La última vez había estado a punto de caerse y no quería vivir de nuevo esa sensación. Se sentó en una silla con el libro sobre las manos y lo abrió por la primera página.

Estaba en blanco.

Fue pasando las páginas totalmente desubicada.

Por mucho que avanzara todas estaban totalmente en blanco.

Sara no entendía nada.

¿Cómo era posible que todo estuviera en blanco?

¿Quién encuadería un libro sin escribir absolutamente nada?

¿Qué sentido tenía?

No había nada escrito en ninguna de las innumerables páginas del libro con una única excepción.

La última página.

La respuesta está en la carpeta.

Fijó la mirada sobre esa frase escrita en el centro de la última página del libro.

—La respuesta está en la carpeta… —murmuró antes de mover la cabeza de un lado para otro buscando en todas las direcciones por puro nervio.

Ella sabía perfectamente a qué carpeta se refería el libro.

Se levantó, dejó la novela encima de la mesa más cercana y se dirigió al ordenador con un miedo atroz por lo que se pudiera llegar a encontrar.

Todo lo que estaba ocurriendo le parecía realmente absurdo.

Observó la carpeta que llevaba el nombre de Sara durante unos segundos, asegurándose de que quería abrirla mientras se preguntaba si realmente necesitaba saber lo que había en su interior.

Respiró profundamente y tragó saliva antes de abrirla con el corazón en un puño.

CAPÍTULO 22

Agosto de 2025

Después de que Sara abriera la carpeta se quedó petrificada por lo que encontró en su interior.

No podía creer que fuera cierto lo que veían sus ojos. Su contenido no trataba acerca de la chica que había muerto en ese accidente, sino de ella misma.

Se percató de que había diversas carpetas divididas en diferentes apartados colocadas una al lado de otra.

Tras unos segundos de observarlas con atención, se adentró en una denominada «datos», donde estaba escrito su nombre completo, su dirección, altura, gustos y aficiones.

Leyó detenidamente una gran cantidad de información acerca de ella e, increíblemente, era toda correcta.

Continuó buscando en todas las carpetas mientras su corazón comenzaba atronar a la desesperada.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo? ¿Cuál podría ser el motivo de que Sergio tuviera tanta información acerca de ella?

Había datos acerca de todas las partes de su vida, incluida su forma de vestir. De hecho, dio con una carpeta repleta de fotografías suyas con anotaciones acerca de su vestuario.

Clicó en una carpeta nombrada «horarios», en la que estaban especificados cada uno de sus pasos: cuándo iba a ver a su familia, qué días iba al gimnasio, incluso las dos rutas que seguía junto a mapas y fotografías del recorrido.

Notaba que una gota de sudor le recorría la frente.

De pronto hacía mucho calor, aunque este era muy diferente al que había sentido apenas unos pocos minutos atrás.

Estaba asustada y a la vez enfadada. De hecho, sobre todo sentía un fuerte enfado.

Quería preguntarle cómo era posible que tuviera toda esa información acerca de ella. Había cosas que ni ella podría recordar acerca de su vida y que, sin embargo, estaban ahí recogidas en todas y cada una de esas innumerables carpetas.

Aunque, por otro lado, si tenía todo eso acerca de ella, podía ser peligroso. Era evidente que quería algo de ella y le daba un miedo terrible averiguar qué era lo que podía llegar a ser.

En el interior de su cabeza sonaba la voz de Rafael llamándole asesino.

Y en ese momento, con toda esa información frente a sus ojos, se planteaba si quizás ese hombre no pudiera estar en lo cierto.

Pero claro, si era el caso, definitivamente Sergio era un gran actor.

La había engañado por completo.

Le había hecho creer que ella tenía el control de la situación en todo momento y ahora se daba cuenta de que no había sido así en absoluto.

Sergio podía tratarse de alguien que se había vuelto loco encerrado en aquella casa durante tanto tiempo por culpa de haber matado a aquella chica con su mismo nombre.

Aunque también podía tratarse todo de una gran mentira.

Porque, ahora que lo pensaba fríamente, tenía que haber salido de casa para conocerla a ella y, seguro que le había mentido acerca de que no recordase cómo se había dado el caso.

Seguramente lo recordara perfectamente y la había estado mintiendo. De hecho, era posible que la hubiera drogado, forzado a ir a su casa y después fingido ser un chico dulce y tímido.

Y el muy pirado lo había conseguido hasta ese maldito momento.

Cuanto más leía, más claro tenía que debía de haberla seguido durante semanas, posiblemente meses. Lo tenía todo previsto y el muy cabrón la estaba cazando.

Entonces una carpeta le llamó la atención.

Decía: «Resumen para *Overlight*».

Cómo no…

También había fingido no conocer esa palabra.

Si ese pirado había escrito ese resumen, era porque conocía perfectamente su significado.

¿Sabría de la existencia del libro?

¿Sabría que Sara lo leería y encontraría todo aquello?

Sara sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Si todo lo que acababa de pensar era cierto, Sergio lo tendría todo calculado desde el principio. Cada paso que ella diera, cada cosa que dijera, él lo sabría de antemano.

Había estado meses preparando todo lo que debía de pasar, mucho tiempo dedicado en conocerla en profundidad.

Estaba realmente asustada.

¿Estaría Sergio realmente en la ducha? ¿O estaría vigilándola desde alguna habitación contigua a la suya de la que no le había hablado, repleta de monitores desde donde observaba cada uno de sus movimientos?

Sentía que se ahogaba, aunque, al mismo tiempo, no podía apartar la vista del ordenador mientras leía todos los datos que había reunido sobre ella.

Finalmente entró en la carpeta «Resumen para *Overlight*».

Sara García Tejerina, nacida en Valencia en 1998.

Sara es una chica atrevida, alegre, muy segura de sí misma y carismática.

Todo estaba organizado por guiones, y en cada punto había una pequeña explicación acerca de cosas que debía conocer acerca de ella.

Se graduó en la Universidad Politécnica de Valencia en el grado de ingeniería industrial e hizo un máster de Energías Renovables.

Ha tenido dos mascotas a lo largo de su vida. Thor, un pastor alemán que murió cuando tenía ocho años, y Kyara, un gato que encontró en la calle y cuidó hasta que falleció tres años más

tarde. En este momento no tiene mascota.

Vive en la antigua casa de sus abuelos a las afueras de Valencia, buscar dirección exacta en carpeta «direcciones».

Sara no era capaz de comprender para qué podía querer toda esa información. La mayoría parecían cosas banales e irrelevantes.

Siguió leyendo.

Va al gimnasio los martes y los jueves de seis a ocho de la tarde, corre en la cinta y hace ejercicios de pierna.

Gemelo, cuádriceps y glúteos.

Su padre la abandonó cuando tenía siete años, buscar nombre en carpeta de «familia».

Es lista y perfeccionista.

Le gustan los hombres menos fuertes que ella, le gusta sentirse poderosa.

Al leer esa frase comprendió que Sergio también había estado fingiendo acerca de su personalidad. Antes ya lo sospechaba, pero ahora estaba segura. Esa información le había dado el poder para manipularla a su voluntad. Ese cabrón la conocía demasiado bien.

Su madre la cuidó durante toda su infancia.

Ella era su favorita, buscar nombre en carpeta de «familia».

Tiene un hermano, buscar nombre en carpeta de «familia».

¿Un hermano?

¿Tenía un hermano?

Sara no lo recordaba con claridad.

Sí se acordaba de su madre, e incluso de saber que su padre se había ido cuando ella era una niña.

Recordaba que su madre había tenido que criarla sola y por ello había tenido que irse a vivir durante largos periodos de tiempo con sus abuelos.

En cambio, el hecho de tener un hermano lo recordaba vagamente.

Como si ese recuerdo estuviera cubierto por una neblina.

Podía sentir que existía, incluso aparecían en su mente ciertos recuerdos, pero no era capaz de recordar ni su nombre ni su rostro.

Cerró la carpeta «Resumen para *Overlight*» y se adentró en la carpeta de «familia».

Escuchó que Sergio hacía ruido desde la ducha. Con solo imaginar que estaría a punto de salir y aparecer por allí, sintió un calambre que le recorrió la espalda.

No podía verla allí. Tenía que irse antes de que saliera.

Estaba buscando la carpeta en la que esperaba encontrar a su hermano, cuando el agua de la ducha se detuvo.

Sergio no tardaría en salir.

Se levantó de la silla, cogió el bolso y el móvil y se dirigió hacia la puerta.

No podía esperar por más tiempo. Por mucho que deseara respuestas a la preguntas que inundaban su mente, no podía arriesgarse a que él la encontrara.

No había llegado a la puerta, cuando el sonido del teléfono la alteró sonando sobre sus temblorosas manos.

Lo primero que le vino a la mente fue la posibilidad de llamar a la policía. Tenía claro que, como mínimo, podrían acusar a Sergio de acoso cuando revisaran su ordenador.

Y no quería ni imaginar de qué más podrían acusarle una vez hubieran registrado la totalidad de la casa.

Extrajo el móvil que insistía en llamar su atención, y leyó el mensaje escrito en el centro de la pantalla.

Abre la carpeta.

Los ojos de Sara se cubrieron de lágrimas.

Se sentía más indefensa de lo que jamás había estado en sus veintiséis años de vida. Sergio estaba jugando con ella o, si no era él, no sabía qué querría la persona que estuviera detrás de aquellos mensajes.

Ya no podía más.

Tenía que salir de allí.

Seguía caminando en dirección a la puerta haciendo caso omiso del mensaje, cuando recibió un nuevo aviso.

Tu hermano es Rafael.

CAPÍTULO 23

Agosto de 2025

En ese momento se quedó paralizada.

Eso era imposible.

La Hermana de ese hombre estaba muerta.

Sergio la había matado hacía meses y ese hombre había estado allí mismo para echárselo en cara.

Aunque era más que consciente de que era una estupidez y de que ponía su vida en juego, regresó al ordenador y rozó el ratón con la palma de la mano.

Sentía que todo lo que estaba viviendo era una gran mentira y que simplemente estaban jugando con ella, aunque desconocía la razón u el motivo.

Por su agitada mente pasaba la posibilidad de que Rafael y Sergio estuvieran compinchados para gastarle una broma macabra y sin ninguna gracia.

O incluso que quisieran matarla haciéndola sufrir por el camino.

Ese último pensamiento provocó que comenzara a sollozar con más intensidad.

Era demasiado joven para morir.

Ella no le había hecho nada a nadie, no se lo merecía.

Encontró la carpeta con suma facilidad, sin embargo, dudó un par de segundos antes de entrar con la respiración contenida en los pulmones.

Rafael García Tejerina.

Se le encogió el corazón.

Una foto de Rafael aparecía justo debajo de su nombre y claramente era el hombre que había estado allí ese mismo día.

Pero eso era imposible.

No podía tratarse de su hermano.

Él había tenido una hermana que se llamaba como ella, pero esa chica estaba muerta. Ese hombre no la había reconocido.

Ni ella lo había reconocido a él.

¿Cómo iban a ser hermanos?

Por mucho que el resto de información que Sergio tenía acerca de ella fuera cierta, eso tenía que ser mentira.

No podía haber otra explicación.

Cuando su padre los abandonó, él fue un referente para ella, la cuidó y la ayudó cuando fue necesario.

Pasaron mucho tiempo en la casa de sus abuelos a las afueras de la ciudad, buscar dirección en carpeta de «direcciones».

Tuvo problemas con el alcohol y las drogas. Sara le ayudó a salir de ese pozo en el que había caído.

Cuanto más leía, peor se sentía. Nada parecía real, pero, al mismo tiempo, ¿cómo era posible que alguien creara una vida paralela a la suya?

Una vida ficticia con un hermano de mentira.

Era absurdo.

Absurdo y terrorífico.

Por muchas cosas por las que había tenido que pasar y enfrentarse, jamás había estado tan asustada en toda su vida.

Tenía que salir de esa casa lo antes posible.

Cuando terminó de leer la información acerca de Rafael, seguía sin tener ningún recuerdo suyo. Únicamente recordaba a un hermano sin rostro al que ella había adorado, al que había ayudado en todo lo que había necesitado y del que sí recordaba que hubiera tenido problemas con las drogas.

Recordaba todo aquello con bastante claridad. El día en el que lo había encontrado desmayado en su casa y lo había llevado al hospital. Cómo le obligó a ir a la clínica de desintoxicación y todas las visitas que le hizo hasta que estuvo recuperado por completo.

Sentía que le faltaba el aire.

El corazón le latía a mucha velocidad y con cada latido notaba que se ahogaba cada vez más.

Era incapaz de dejar de mirar esa fotografía.

El rostro sonriente de esa persona que decían que era su hermano. Ese hombre que había estado en esa misma casa acusando a Sergio de haber matado a su hermana. Pero no podía comprender que ahora ella fuera esa hermana.

Eso no era posible.

Ella no estaba muerta.

Muerta de miedo y casi sin respiración, pero con vida.

Cerró la carpeta.

No podía permitirse seguir haciendo suposiciones sobre cosas que desconocía.

Su prioridad era salir de esa casa como fuera y cuanto antes. Aunque claro, si Sergio lo tenía todo planeado, estaba convencida de que no sería fácil de llevarlo a cabo.

Cogió el bolso, se colocó la chaqueta sobre los hombros y se disponía a levantarse de la silla cuando una carpeta llamaba «accidente» pasó por delante de su mirada.

Estaba convencida de que no estaba junto al resto la última vez que lo había mirado.

La abrió sin pensárselo dos veces.

En el interior de la carpeta, dio con diferentes fotografías de dos coches destrozados por diferentes ángulos.

El primero parecía tener el morro totalmente aplastado y el airbag abierto. Por el contrario, el segundo vehículo aparecía con un gran golpe en el lado izquierdo y todo el asiento del conductor hecho pedazos.

Encontró un parte de daños del hospital a nombre de Sergio que hablaba acerca de severos problemas de habla, de una gran herida en el ojo que casi le había hecho perderlo por completo, y de graves problemas de columna que le impedían caminar con normalidad.

Pensó en que si Sergio hubiera tenido tales heridas, tendría algún tipo de secuela, pero era evidente que no era el caso. Él era perfectamente capaz de hablar y tampoco parecía tener ningún problema de espalda ni en la forma de caminar. Y, por supuesto, no había ni rastro de cicatriz alguna en ninguno de sus ojos.

Se estaban burlando de ella. No sabía quién ni por qué, pero era evidente que estaban jugando con su raciocinio.

Continuó investigando los partes médicos hasta que dio con el de la chica.

Había muerto en el acto al partirse la columna. Al menos no había sufrido, pensó mientras pasaba las páginas en busca de una fotografía que la tranquilizara.

La chica que encontrara sería la verdadera hermana de Rafael y por fin podría estar segura de que nada de lo que decían era cierto.

Que todo era una gran mentira.

La desesperación crecía en su interior hasta que sintió que su corazón se detenía durante un segundo.

Un solo segundo, nada más, porque justo después de ese instante, comenzó a latir con mucha más fuerza de lo que hubiera pensado siquiera posible.

Advirtió que todo el desayuno le subía por la garganta y, sin poder evitarlo, vomitó sobre la alfombra.

Se trataba de ella.

De un momento a otro se estaba viendo tendida sobre la acera con la cara repleta de sangre y unos ojos abiertos que miraban hacia el infinito.

Estaba muerta.

Sergio la había matado hacía ocho meses en un accidente de coche.

La lógica le decía que era imposible.

Si estaba muerta, ¿cómo demonios era posible que estuviera en esa casa?

Ella se sentía viva.

Hizo lo posible para evitar vomitar de nuevo, aunque no pudo evitarlo.

Sentía que el estómago le subía por la garganta y el corazón le latía con una fuerza que provocaba que el pecho al completo retumbara a su compás. No recordaba nada de aquel día. De hecho, acababa de darse cuenta de que prácticamente no recordaba nada de los últimos meses. Aunque lo más extraño de todo era que de un momento a otro sí que se acordaba de Rafa. De pronto recordaba a su hermano y no comprendía cómo podía haberlo olvidado.

Cada momento juntos desde que eran niños volvió a su cabeza como un tsunami.

Se sintió culpable por no haberle reconocido cuando había estado allí mismo esa misma mañana. Se reprochaba no haberle abrazado y repetido hasta qué punto lo quería y lo inmensamente importante que era para ella.

Miró de nuevo el ordenador.

Alguien había escrito un nuevo mensaje en el centro de la pantalla.

Coge la pistola.

«¿La pistola?» «¿Qué pistola?», pensó Sara.

Era evidente que no había ninguna pistola a su alrededor.

O se estaba volviendo loca o lo que estaba viviendo era lo que había después de la muerte.

Supuso que nunca lo sabría.

Se levantó de la silla con los ojos repletos de lágrimas sin rumbo ni dirección. Lo único que sabía era que no quería estar allí. Que cualquier destino le parecía mejor que ese.

Necesitaba ver a su hermano y despedirse de él y no pudo evitar preguntarse si aún viviría en la casa de sus abuelos.

Quizás se había mudado con su madre para hacerle compañía tras su muerte.

No quería ni imaginarse lo mucho que la pobre habría sufrido.

Solo el hecho de pensar en su propia muerte la forzó a romper a llorar.

Tenía una apremiante necesidad de verlos a ambos.

De abrazarlos y de decirles lo mucho que los quería y los echaba de menos.

Se recompuso.

Tenía que salir de allí.

Estaba cogiendo de nuevo sus pertenencias cuando su mirada se dirigió a un mensaje escrito sobre la pared con enormes letras que la ocupaban en su totalidad.

Corre.

Sintió un pinchazo en el pecho que se le clavó en el corazón. Estaba convencida de que era una trampa, pero ya no le importaba.

¿Qué más podían hacerle?

Corrió en dirección a la puerta y peleó con la cerradura hasta que se dio por vencida. Era incapaz de abrirla.

El pomo estaba totalmente bloqueado, como si estuviera pegado con un pegamento irrompible o soldado con acero a la base metálica de la maldita puerta.

Utilizó toda la fuerza de la que disponía.

Pero nada.

Era imposible.

Se giró hacia el salón a lágrima viva mientras trataba de no ahogarse con sus propios alaridos. Tenía que encontrar la llave.

¿Donde podía estar esa maldita…?

Sintió un fuerte picor en el brazo derecho y, cuando lo miró, dio con un mensaje escrito sobre su piel.

Date la vuelta.

CAPÍTULO 24

Septiembre de 2030

Una pequeña carretera salía de Siena en dirección a la casita en la que tendría lugar el encuentro. No habían visto más de tres o cuatro coches en cada uno de los kilómetros que ya llevaban de recorrido y todavía les quedaban al menos otras dos horas de viaje.

Iban repartidos en dos coches.

En la parte delantera del primero de los vehículos iban Iván y Yuri discutiendo con fogosidad acerca de la partida de póker que habían jugado durante el viaje de avión.

Yuri alegaba que había ganado con todas las de la ley con su póker de ases, mientras que Iván aseguraba que su compañero había hecho trampas.

La discusión había llegado hasta tal punto que habían estado a punto de llegar a las manos. De hecho, si no llega a ser por la intervención de Vasili, probablemente habrían acabado matándose en pleno vuelo.

Vasili Dvorkin iba sentado en el asiento de atrás, maldiciendo al mismo tiempo la inmensa estupidez de sus hombres y el calor insoportable de la Toscana en pleno septiembre. Porque claro, estando acostumbrado a la temperatura de Moscú, el norte de Italia se le antojaba demasiado intenso. Sin embargo, estaba dispuesto a hacer la vista gorda y acudir a esa dichosa reunión que podría suponer un antes y un después en el futuro de su organización.

Vasili ya había trabajado con anterioridad para Lucca Giovanni, porque aunque no le caía nada bien, respetaba tanto a su persona como a su poder. Y para Vasili esa era la única razón por la que un hombre merecía ser respetado.

Giovanni no le había adelantado nada acerca de lo que quería de él en esta ocasión, sin embargo, sí que le había comentado que sería una gran cantidad de dinero la que recibiría a cambio.

Ese era un buen comienzo, sí señor, y además, la única condición requerida era que acudiera él en persona para ocuparse de ella.

Para Vasili salir de Rusia era realmente peligroso. Su situación implicaba extrema precaución. Incluso cuando se encontraba en su propio país debía tener mucho cuidado con lo que hacía.

La Interpol lo buscaba desde hacía años por presuntos atentados en un centro comercial y dos embajadas. Y esos cabrones no se lo pensarían dos veces antes de echarle el guante si se ponía a tiro.

Tanto la ubicación exacta como la hora a la que tendría lugar el encuentro se había decidido un mes atrás, momento en el que Vasili recibió una llamada de Giovanni donde le explicaba las condiciones.

Aunque lo más extraño era que desde entonces no había sabido nada de nuevo de él.

Bueno, realmente tampoco es que fuera un comportamiento poco usual en él. De hecho, Giovanni era un hombre tremendamente siniestro y extravagante al que Vasili no tenía ninguna voluntad de comprender.

En sus anteriores trabajos le había ayudado a obtener información acerca de hombres y mujeres de las altas esferas. Él conocía perfectamente a toda la mafia rusa que operaba en Italia y, la Bratvá, como se le conoce en Rusia, le había ayudado a lograr sus objetivos.

Vídeos con prostitutas, drogas, incluso asesinatos por poder o venganza eran el pan de cada día de algunas de las personas más influyentes de las altas esferas italianas. Y Vasili le había proporcionado toda esa información a Giovanni a cambio de un suculento montón de dinero. Porque claro, aunque Vasili odiaba hacer ese tipo de trabajos, necesitaba una cantidad ingente de dinero y Giovanni había resultado ser una inmejorable fuente de ingresos.

Vasili era el hijo menor de un antiguo excomandante del Kremlin, un hombre importante durante la Guerra Fría que había caído en desgracia tras el desmoronamiento de la Unión Soviética; en la que el liberalismo occidental y el capitalismo habían convertido a Rusia en una nación pobre y dividida.

El padre de Vasili, Vladimir Dvorkin, era uno de los comandantes más conservadores. Pensaba que la URSS debía mantenerse como estaba y que la falsa libertad que vendía América no era más que humo. Vasili se crió con férreas convicciones. A los veinte años ya era miembro destacado del Kremlin con la firme creencia de que Rusia debía recuperar su lugar en el mundo.

Poco a poco, su nación fue convirtiéndose en una copia de lo que él más odiaba, creándose bandas y mafias, que, aunque él utilizaba para sus intereses, no podía tolerar. Las leyes debían seguir siendo estrictas y cualquier pensamiento enfrentado a sus convicciones debía ser cortado de raíz.

La carretera era cada vez más estrecha mientras se adentraba en el corazón de la Toscana y huía de la civilización. En opinión de Vasili, ese paisaje significaba Italia, del mismo modo que un bosque nevado de las montañas eran la esencia de su país. Cuando se alejaba de las ciudades repletas de centros comerciales, turistas y publicidad engañosa, Vasili se sentía más libre que nunca.

La carretera recorría una zona preciosa de la Toscana llamada Crete Siene, repleta de campos de trigo de diferentes colores dependiendo de la época del año. Él la observaba con detenimiento repleto de nostalgia por su propia tierra.

Iván y Yuri siguieron enfrascados en su absurda discusión hasta que abandonaron la carretera por un desvío hacia la montaña. En ese momento, Vasili ya había dado el aviso de que debían estar atentos y ambos conocían lo suficientemente bien a su jefe como para saber que debían comportarse si no querían conocer las consecuencias de su ira.

—Quedan treinta minutos para la hora del encuentro —anunció Vasili con la mirada puesta en el paisaje que se observaba a través de la ventana—. Yuri, ¿cuánto falta para llegar?

—No más de diez minutos. Tendremos tiempo para inspeccionar el lugar por si hay algo extraño —contestó Yuri girándose hacia Vasili con el gps en la mano.

—Bien —zanjó Vasili sin dejar de mirar por la ventana—. Avisa al otro coche de que se adelante, nosotros nos quedaremos a una distancia razonable hasta que nos aseguremos de que es seguro.

—Sí, camarada Dvorkin —dijo Yuri antes de comunicarse por el walkie.

En el segundo coche Boris y Stan estaban sentados en los asientos delanteros mientras Viktor dormía en el asiento de atrás. Este último había estado mirando por la ventana hasta caer rendido por el agotamiento.

Viktor acababa de cumplir los diecinueve años, había nacido en una familia muy pobre de las afueras de Moscú y solo llevaba unos meses trabajando para Vasili. Realmente era la primera vez que lo había visto en persona y todavía no terminaba de creerse que fuera a participar en una misión tan importante. Si lo hacía bien, aumentarían enormemente sus posibilidades de crecer dentro de la organización y hacerse un nombre.

—La casa ya se ve a lo lejos —anunció Boris mientras se volvía hacia Viktor—, en cuanto lleguemos, tú entrarás por la puerta principal y Stan por la de atrás, yo os cubriré desde el coche y avisaré a Vasili.

Ambos asintieron sin titubear.

Viktor comenzaba a ponerse nervioso.

Iba a estar en la misma habitación que dos de los hombres más buscados del planeta.

Con solo pensarlo se estremecía.

Nada más llegar a la casita, Boris detuvo el coche a unos diez metros y, sin apagar el motor, echó un vistazo por los alrededores en busca de algo que pudiera parecer extraño.

A los pocos segundos le indicó a Viktor que se apeara del coche y se aproximara a la casa. El chico era el último en llegar y, si algo salía mal, era el mal menor.

Órdenes directas de Vasili.

Viktor empezó a andar en dirección a la puerta principal. Al mismo tiempo, Stan bajó tras él y caminó despacio hacia la de atrás con los dedos de su mano derecha acariciando su arma.

No era desconfianza sino precaución.

En el momento de abrir la puerta, esperaba encontrar a Giovanni o a alguno de sus hombres esperando en el interior. Sin embargo, no había nadie.

La casa parecía estar totalmente vacía.

—Dime qué es lo que ves —ordenó Boris por el walkie-talkie.

—No hay nadie, camarada, ya he revisado todo el piso de abajo. Voy al de arriba —contestó a los pocos segundos de ir comprobando toda la casa.

Cada paso que cada sobre ese suelo de madera producía un crujido que le provocaba escalofríos.

—Bien, Stan te espera en la salida de atrás —dijo Boris ligeramente preocupado. Giovanni era un hombre extraño, pero nunca había faltado a una reunión que él mismo hubiera organizado. Algo le olía mal.

Viktor asintió.

Aunque era evidente que tenía miedo y estaba nervioso, también estaba emocionado. Fuera lo que fuera lo que ocurriera en ese lugar, sería el primero en saberlo.

Se sentía útil y con la posibilidad de demostrar su valía ante el mayor exponente de su organización.

CAPÍTULO 25

Agosto de 2025

Sergio se sentía la mar de feliz al pensar que cuando saliera de la ducha Sara le estaría esperando. De hecho, estaba tan seguro de que querría tener sexo que se sentía emocionado con la simple idea de que así fuera.

Había huido de ella hacía un rato por un motivo que ni recordaba.

Pero bueno, ahora se sentía mejor, mucho mejor. De hecho, prácticamente había olvidado la conversación con Rafael. Únicamente pensaba en todo lo que había vivido durante las últimas horas con esa increíble chica.

Salía de la bañera con cuidado de no mojar el suelo cuando se dio cuenta de que estaba todo empapado.

No recordaba haber tirado tanta agua al suelo mientras se estaba duchando.

¡Qué descuidado!

Cogió la toalla y comenzaba a secarse el cuerpo cuando, al tocarse el costado derecho, notó que le dolía como mil demonios. Sentía como si se hubiera dado un golpe con un pico metálico.

Se contempló en el espejo sin darle demasiada importancia antes de peinarse y secarse bien el pelo. Acto seguido, se puso la misma ropa que llevaba antes y, una vez vestido, se dirigió al salón con una apabullante necesidad de disculparse con Sara por la manera tan abrupta con la que se había ido.

Terminó de arreglarse mientras trataba de dar con las palabras que usaría con Sara cuando llegara al salón. Era posible que se hubiera sentido rechazada, aunque estaba convencido de que lla comprendía sus motivos de su espantada.

La conversación con Rafael había sido realmente tensa y, aunque era cierto que también lo había sido para ella, era evidente que para él había sido infinitamente peor.

Date la vuelta.

Sara se estremeció al leer el mensaje de su mano.

Hacía rato que había dejado de creer que era una broma de mal gusto. Justo en el momento en el que se había visto muerta en la calzada con los ojos abiertos y su cuerpo cubierto de sangre, su percepción había cambiado por completo.

Era cierto que todavía podía tratarse de un montaje, pero en el fondo de su ser sabía que no era el caso. Le aterraba lo que fuera que pudiera encontrar al girarse, pero la puerta estaba completamente bloqueada y no tenía otra opción mejor.

Tenía que hacerlo.

Fue dándose la vuelta despacio. Contenía la respiración al mismo tiempo en el que hacía un gran esfuerzo por no volver a vomitar.

Como más temía, ahí estaba Sergio.

Se encontraba a un escaso par de metros de distancia con una expresión en la cara que Sara habría asegurado que era de sorpresa fingida, aunque realmente convincente.

Sergio observaba cómo Sara intentaba abrir la puerta con una desesperación preocupante. Parecía que estaba realmente nerviosa y él comenzaba a compartir su nerviosismo.

¿Habría vuelto Rafael?

¿Le habría hecho algún daño?

Si ese fuera el caso, no podría contenerse. No le importaba lo que hiciera con él, pero no iba a permitir que a ella le ocurriera nada. Por encima de su cadáver.

Se percató de que la pobre estaba aterrada.

Buscó con la mirada en todas las direcciones en busca de cuál podría ser la razón, pero no parecía que hubiera nadie más en la casa. Ella tenía la mirada puesta sobre él, con una mezcla entre miedo y repulsión.

¿Tanto le había molestado que la dejara sola? ¿O habría alguna otra razón?

En cualquier caso, ella le había mentido vilmente. Le había prometido que no se iría y parecía estar haciendo todo lo que estaba en su mano con tal de incumplirlo. Y lo peor de todo era que lo iba a hacer sin siquiera despedirse de él.

Por mucho que se hubiera molestado, no debería haber intentado irse de esa manera.

—¿Dónde vas? Me habías dicho que no te irías —preguntó Sergio acercándose a la chica.

—No te acerques a mí —contestó ella al tiempo que daba un paso hacia un lado y se apartaba de la puerta—. Deja que me vaya, por favor, ¿qué es lo que quieres de mí? —preguntó de nuevo la chica mientras sollozaba.

Sergio no comprendía nada.

Se la veía totalmente destrozada sin razón aparente. Sus ojos estaban rojos a causa de un llanto prolongado y todavía visiblemente cubiertos de lágrimas. Se fijó en su expresión y estaba aterrada, parecía que le costaba respirar y él sentía la necesidad de ayudarla. Sin embargo, ella lo miraba con la cara desencajada.

—No entiendo a qué te refieres, Sara, ¿estás bien? —preguntó Sergio con los brazos alzados.

—¿Que si estoy bien? Y una mierda voy a estar bien, desgraciado. He entrado en tu ordenador y he visto la carpeta con mi nombre, Sergio. Eres un puto loco que me ha investigado y que lo sabe todo sobre mí. ¿No te acuerdas de nada de ayer? ¡Y una mierda! Todo esto lo tenías planeado desde hace meses —contestó ella levantando una voz que se entrecortaba con cada palabra mientras trataba de respirar con dificultad.

—Sara, no sé de qué carpeta estás hablando —dijo él a modo de defensa. No comprendía ni una sola palabra de lo que decía esa chica. Hacía un rato la había dejado con su novela en las manos para irse a la ducha con la intención de relajarse y nada más regresar se la encontraba totalmente fuera de sus casillas y escupiendo sandeces.

Trató de acercarse de nuevo a la chica, pero ella se alejó en dirección al ordenador y rozó el ratón para encender la pantalla.

Él se mantuvo a varios metros de distancia hasta que ella se apartó y le permitió acercarse al ordenador.

Sara se sentía totalmente desconcertada con Sergio. El muy cabrón seguía negando lo innegable y ella quería una explicación de lo que había hecho durante los últimos meses. Quería saber qué hacía allí y cuándo y dónde se iría. ¿Qué clase de monstruo era capaz de hacer lo que él había hecho? Toda esa información recabada acerca de ella era una auténtica locura. Pero que encima lo negara la sacaba de sus casillas.

Sergio abrió la carpeta con el nombre de Sara, aunque en el momento de ver las imágenes apartó la vista con el estómago revuelto.

¿Qué era aquello?

¿Por qué tenía imágenes de su accidente?

Entendía que ella se enfadara por tener eso guardado. Sin duda era algo enfermizo, pero él no recordaba tenerlo.

Ni mucho menos. ¿Cómo podría?

Aunque, por otro lado, no recordaba demasiadas cosas de los últimos meses. Después de aquel aciago día todo se volvió brumoso, como si fuera algo que alguien le hubiera contado y no su propia vida.

—Sara, te juro que nunca había visto nada de esto —dijo Sergio con un tono de voz tranquilizador. Aunque él no estuviera convencido, tenía que convencerla de que no había sido él quien había puesto esas fotografías en su ordenador, que no sabía lo que ocurría y que quizás habría sido Rafael con tal de destruirle—. Seguro que ha sido Rafael, lleva intentando ponerte en mi contra desde que ha entrado por la puerta.

—Es increíble que seas tan rastrero. ¿Cómo puedes decir algo así? Tú sabes perfectamente que él es mi hermano. Y no sé cómo lo has hecho para que lo olvidáramos, pero ahora ya me acuerdo de todo, maldito hijo de la gran puta. Así que no te atrevas a intentar tomarme por idiota otra vez —gritó Sara retomando la compostura. Por un momento era la misma chica que había conocido, decidida y fuerte, aunque esta vez toda esa fuerza iba dirigida contra él como una gran tormenta.

Sergio se quedó de piedra ante las palabras de Sara.

¿Su hermano?

Eso no era posible.

La hermana de Rafael había muerto en el accidente.

Él la había matado.

Y por algún extraño motivo sabía que no tenía más hermanas. Eran ellos dos contra el mundo. No sabía cómo podía ser así, pero conocía mucho acerca de la vida de Rafael.

Aunque al mismo tiempo sí que había algo que no recordaba, y era el rostro de su hermana.

Únicamente sabía su nombre: Sara.

Verla de esa forma lo estaba destrozando por dentro. Había pasado el tiempo suficiente en su compañía como para saber lo fuerte y decidida que era aquella chica. Fuera lo que fuera que le estuviera pasando, tendría que ser muy grave para que se encontrara en ese estado.

Sergio pensó de nuevo en los vacíos de su memoria. En el modo en que de un momento a otro recordaba u olvidaba casi cualquier cosa. De entrada había pensado que sería a causa de la medicación. Pero ¿y si ella tenía razón? No sabía realmente de qué le estaba acusando, pero

podía haber hecho cualquier cosa y haberlo olvidado un instante después, incluso tener esas asquerosas fotografías en su ordenador.

—¡Tienes fotografías mías estando muerta, tú me mataste! —gritó Sara totalmente fuera de sí.

Ya no parecía asustada, más bien era rabia lo que veía en sus ojos.

—¿Pero qué dices? Nada de lo que dices tiene sentido. ¿Te estás oyendo? —preguntó Sergio, sorprendido.

Hasta ese momento había pensado que era él el que tenía un problema. Que no recordaba cosas de su pasado y notaba que algo extraño le pasaba, pero ahora comenzaba a plantearse la posibilidad de que fuera ella la que no estaba bien de la cabeza.

O peor.

Quizás lo estaba fingiendo.

¿Y si ella era amiga de Rafael y estaban tendiéndole una trampa?

La policía podría llegar en cualquier momento y ella podría acusarle de haberla forzado o algo incluso peor.

Y en ese caso, ni siquiera su padre podría sacarlo de la cárcel.

Aunque si eso pasara no querría librarse, no tendría razones por las que vivir. Quizás de esa forma tendría lo que merecía. Se pasaría lo que le quedara de vida en un agujero tratando de recordar el rostro de la chica que había perdido la vida por su culpa.

—¡Estoy muerta! ¡Tú me mataste, me mataste! ¡Eres tú el que debería estar muerto! —gritó Sara a lágrima viva mientras se acercaba hacia Sergio y, con todas sus fuerzas, le cruzaba la cara con la palma de la mano.

Sergio no se movió, de hecho, ni siquiera hizo ademán de hacerlo. Seguía anclado en sus pensamientos. Con la mente puesta en lo que le deparaba su futuro.

¿Muerta?

Sara dio dos pasos hacia atrás. Acababa de percatarse de lo que acababa de hacer. Si antes corría peligro encerrada con ese lunático, ahora se habría multiplicado. Ese hombre estaba loco y podría hacerle cualquier cosa. Sintió un escalofrío que provocó que detuviera su movimiento.

Era muy extraño, pero de repente se sentía tranquila y en paz. Sintió entonces que todo había terminado. Ya estaba muerta y no había nada más que le pudiera pasar. Le vino a la mente el mensaje del ordenador.

Coge la pistola.

No lo había comprendido hasta ese mismo momento, pero ahora le parecía tan claro como el agua cristalina. Llevó la mirada hacia su mano derecha…

Y allí estaba, apuntando directamente hacia el suelo.

Estaba fría, aunque suponía que se calentaría una vez hubiera disparado. Nunca lo sabría.

Sergio regresó de sus convulsos pensamientos y vio a Sara con una pistola en la mano. Se sobresaltó mientras se preguntaba cómo podía haber llegado hasta allí.

¿La llevaba ella?

¿Estaba allí para matarlo?

No se lo reprocharía. Sin duda estaba asustado, pero a la vez se sentía aliviado. Finalmente todo estaba a punto de acabar.

Esa chica había ido allí a vengarse de él y ni siquiera importaba el motivo.

Podría tratarse de una amiga de la chica que había matado, o una amiga de su hermano, o quizás una profesional a la que habían contratado.

De todas formas, no importaba.

Iba a acabar con su vida y él no iba a hacer nada con tal de evitarlo. Sin darse cuenta ni posiblemente proponérselo, Sara le había dado el mejor último día que jamás hubiera esperado tener. Y, sin duda alguna, mucho mejor de lo que merecía.

Cerró los ojos a la espera del final.

Lo único que deseaba era que fuera rápido.

Aceptaba la muerte, pero no por ello quería que llegara lenta y tortuosa, desangrándose mientras su vida se apagaba de a poco.

CAPÍTULO 26

Septiembre de 2030

La casa era antigua y siniestra, ataviada de un suelo de madera que crujía a cada paso bajo enormes ventanales que daban a inmensos campos de trigo que se perdían en la lejanía.

Viktor caminaba por el piso de arriba y, a cada habitación que entraba, más nervioso se encontraba. La mayoría eran simples dormitorios con una o dos camas y algún armario. Sin embargo, también dio con otras salas repletas de armas de caza, aparatos antiguos de tortura o utensilios de carnicería.

Al final del pasillo se topó con la que, sin duda alguna, sería la habitación de Giovanni. Era muy diferente al resto de las estancias, con una gran cama de matrimonio, muebles antiguos de madera de roble y un gran escritorio pegado a una ventana que cubría la totalidad de la pared.

—No hay nadie en toda la casa, camarada, ahora creo que estoy en el dormitorio de Giovanni —dijo Viktor mientras recorría la habitación.

—Avisaré al camarada Vasili, no toques nada.

Viktor asintió y esperó, sin apenas moverse, de pie junto a la ventana observando la entrada de atrás, donde Stan aguardaba órdenes junto a la puerta.

—Viktor, busca en los cajones, registra la casa y trae cualquier cosa que pienses que pueda ser importante; Vasili ha dado la vuelta, no se arriesgará a entrar en la casa. Tienes diez minutos para conseguir todo lo que puedas. Haz fotos de todo con el móvil y envíalo.

—Sí, camarada.

Viktor caminó por la habitación sin saber por dónde empezar. Comenzó por abrir los armarios y registrar los abrigos de Giovanni mientras hacía fotografías de cada uno de ellos sin tener ni la más mínima idea de qué era lo que debía buscar.

Stan estaba a la vez aburrido y desesperado. Le habían hecho salir de Rusia para estar esperando a un maldito crío en una casa vacía perdida en la Toscana italiana en la que no pasaba absolutamente nada.

Aunque lo que realmente estaba era enfadado, pero claro, jamás se atrevería a decirlo en voz alta.

Si esa información llegaba a los oídos de Vasili…

No quería ni imaginarlo.

Sacó un cigarro del bolsillo de su camisa y lo prendió mirando por la ventana de atrás, desde donde podía ver cómo el idiota de Viktor caminaba de un lado para otro con el móvil en la mano.

Entonces una pequeña luz pasó junto a su cabeza en dirección a la ventana de arriba. Desde su posición parecía un punto rojo.

De hecho, era un punto rojo muy similar al que tantas veces había puesto él mismo sobre personas que estaban a punto de pasar a mejor vida.

—¡Viktor, al suelo, francotirador! —gritó Stan al tiempo que soltaba el cigarrillo y extraía su arma de la parte trasera de sus vaqueros.

Viktor escuchó el grito de Stan e inmediatamente se lanzó hacia el suelo. Un segundo más tarde, una bala impactó justo en el lugar en el que había estado su cabeza y destrozaba parte de la pared.

Acababa de sacar unos papeles del escritorio y estaba empezando a leerlos cuando estalló el disparo. Aunque realmente no comprendía lo que decía. Parecían nombres y palabras en italiano.

—Boris, hay un francotirador en los alrededores, avisa a Vasili y entra en la casa, eres un blanco demasiado fác…

Un sonido seco y profundo salió de la montaña antes de que la mandíbula de Stan se partiera en dos y cayera al suelo sin vida.

Boris se apeó del coche y, se dirigía hacia la casa con el arma en la mano, cuando un coche apareció desde detrás de la casa con dos hombres armados en su interior.

—Viktor, envía todo lo que tengas a Vasili —ordenó Boris mientras abría fuego contra el coche, que aceleraba acercándose a su posición.

Siguió disparando y gritando hasta que el coche le pasó por encima y dejó su cuerpo sin vida sobre la nieve y el barro.

Viktor soltó un grito agohado.

Él no se había unido a Vasili para morir en su primera misión. Aunque claro, también era consciente de que si salía con vida de la casa, pero no enviaba las fotos, le matarían de todas formas.

De hecho, si desobedecía una orden directa, posiblemente lo hicieran de una manera mucho más dolorosa.

Sacó su móvil y fue haciendo fotografías de todos los nombres. Serían al menos unos veinte, aunque había uno que parecía especial.

Llevaba escrita una larga descripción y, aunque no entendía una palabra, la fotografió íntegra y la envió mientras escuchaba que alguien subía por la escalera. Viktor extrajo de nuevo su arma y se parapetó tras la mesa del escritorio con su pistola apuntando hacia la puerta.

Su mano temblaba descontrolada.

Era cierto que había disparado en innumerables simulacros a muñecos de paja, pero nunca lo había hecho contra una persona, y mucho menos se había visto en la tesitura de que la otra persona disparara contra él.

Una sombra se acercó a la puerta.

Viktor esperaba al momento en el que se atreviera a entrar en la habitación para abrir fuego.

Sin embargo, eso no llegó a ocurrir.

Permaneció estática junto a la puerta.

Entonces la sombra se movió con gracilidad y, cuando Viktor se preparó para disparar, una pequeña bola de metal se adentró en la habitación y un segundo más tarde todo estaba repleto de humo.

Trataba de respirar, aunque escaso era el resultado. Sus ojos estaban rojos y los pulmones repletos de un espeso humo que le impedía moverse. Escuchó que unos pasos caminaban en su dirección al tiempo en el que el humo comenzaba a disiparse.

Alcanzó a ver un hombre ataviado con una pistola que le apuntaba a la cabeza justo antes de escuchar un estallido y que un dolor muy agudo provocara que cayera al suelo de un plumazo.

—Andrea, ven aquí, es la lista —dijo uno de los hombres que acababa de entrar en la habitación antes de recoger los papeles que había desperdigados en el suelo junto al cuerpo desahuciado del joven Viktor.

Andrea recogió la lista del suelo y la leyó.

—Aquí está, esto es lo que estaba buscando, es ella —contestó Andrea ligeramente emocionado una vez había terminado de leer los nombres.

Viktor comenzaba a tener mucho frío.

La herida del cuello no dejaba de sangrar y le era imposible decir una sola palabra. El miedo se apoderaba de él y, aunque trataba de moverse, su cuerpo no le respondía.

Andrea se acercó a Viktor y permaneció mirando a unos ojos que comenzaban a cerrarse.

—Lleva un móvil —dijo Andrea mientras girándose hacia su compañero.

—Y también una pistola, no voy a sentirme mal por cargarme al chaval, por muy joven que sea.

—No lo digo por eso —dijo Andrea antes de agacharse y recoger el teléfono de los fríos dedos del chico.

Andrea encendió el teléfono para comprobar las fotografías que había enviado hacía escasos segundos. Era la lista con todos los nombres de las futuras víctimas de Giovanni.

Los nombres de todos los empresarios y políticos que tenía en su red.

Y un nombre especial, Alina Peshkova. Alguien que, utilizando el programa, podría ser realmente peligrosa, y cuyo nombre, de un momento a otro, había acabado en manos de uno de los hombres más peligrosos del planeta.

CAPÍTULO 27

Agosto de 2025

A Sara le daba la sensación de que Sergio parecía casi feliz.

Había sufrido mucho durante los últimos meses a causa de su muerte y el pobre anhelaba con desesperación un final. Aunque claro, ella no podía ayudarle a alcanzarlo. No esa vez, no era real.

Los ojos de Sergio se mantuvieron cerrados hasta que un ruido ensordecedor retumbó por todo el salón. Al fin la pistola se había disparado…

Y, sin embargo, no sentía nada.

Quizás el disparo había ido tan directo a su cabeza que lo que sentía era la muerte.

Abrió los ojos de par en par con la intención de cerciorarse de que no era el caso.

Fue comprobando con los dedos que no estaba herido, de hecho, ni siquiera le había rozado.

Estaba a la espera de un más que probable segundo disparo cuando dirigió su mirada hacia la chica que había ido a su casa para matarlo. La preciosa joven que lo había hecho feliz durante sus últimas horas… Pero, cuando sus ojos la alcanzaron, la encontraron tendida sobre el suelo con un disparo en la boca y un enorme charco de sangre.

En el momento en el que la vio tendida boca arriba cubierta de rojo, las fotografías volvieron a su memoria como el más poderoso de los puñetazos. Cuando ella se las había mostrado únicamente las había ojeado durante un segundo, pero ahora estaba seguro.

La imagen que tenía ante él era muy similar a la de esas fotografías.

Él la había matado.

A ella.

A Sara.

A «esa» Sara.

Sintió cómo el contenido de su estómago trepaba por su garganta antes de vomitar junto al cuerpo inerte de la chica y caer de rodillas a pleno llanto.

Había estado tratando de recordar el accidente desde el momento de abrir los ojos y ahora desearía olvidarlo con toda su alma.

Tenía clavado en la memoria el rostro de Sara con los ojos mirando hacia el infinito. Exactamente del mismo modo que la imagen que tenía justo delante en ese mismo momento.

—¡Noooo! —gritó de pronto Rafael desde el otro lado del salón mientras se acercaba hecho una furia—. ¡Has vuelto a matar a mi hermana!

—¿Qué? No, no —trató de contestar Sergio con la voz entrecortada.

¿Cuánto tiempo llevaría Rafael allí?

—¡Hijo de puta! No te bastaba con matarla una vez. Tenías que matarla de nuevo —volvió a decir levantando todavía más el tono de su voz.

Rafael caminó dos pasos hacia delante con los ojos repletos de ira. Sergio notó que apretaba los puños con fuerza.

Iba a ir a por él.

Lo sabía y se acobardó tan solo de imaginarlo.

Hacía un momento había estado preparado para morir y, sin embargo, no podía evitar el hecho de estar aterrado.

—¡Voy a matarte! Voy a arrancarte la piel a tiras, maldito hijo de la gran puta— farfullaba Rafael mientras caminaba con el rostro repleto de rabia y los ojos de lágrimas.

Sergio bajó la mirada en busca de la pistola junto al cuerpo de Sara. Tenía que estar por alguna parte. No podía haberse ido demasiado lejos, pero era incapaz de dar con ella y Rafael no tardaría en llegar hasta él.

Emitió un grito cargado de desesperación.

Desistió de encontrarla, había desaparecido.

Tenía que salir de allí.

Salió corriendo hacia la puerta para, al llegar, percatarse de que estaba cerrada. De hecho, hacía unos minutos le había parecido que Sara tampoco había conseguido abrirla.

No había salida. En cuanto llegara hasta él, Rafael iba a matarlo.

—No lo escuches, esto no es real. Tú no la has matado —dijo una sosegada voz tras su espalda—. Esta vez no.

Sergio se dio la vuelta en busca de la proveniencia de la voz cuando se percató de que Emilio estaba en pie a solo unos metros de distancia.

¿Cómo era posible?

Su vecino se había ido hacía horas.

Su cara parecía inexpresiva y le miraba a los ojos con una tranquilidad que en ese momento resultaba alarmante. Sergio caminó dos pasos hacia atrás, alejándose de él.

—No puedes matar a alguien que ya está muerto, ¿no? —volvió a decir sin cambiar un ápice su expresión.

Sergio sentía que el pánico se instalaba en su interior. Intentaba alejarse de Emilio, pero, al hacerlo, se acercaba más a Rafael, que, para su sorpresa, se había detenido y lo observaba lanzando amenazas a su integridad física.

—¡Voy a matarte, hijo de puta! —repetía una y otra vez con ojos repletos de lágrimas.

Sergio cayó de rodillas destrozado por un dolor indescriptible. No sabía qué era lo que debía de sentir, solo quería que acabara cuanto antes. Entonces fue cuando vio la pistola tirada sobre el suelo justo delante de donde se encontraba. Se abalanzó sobre ella, la asió y se dispuso a pegarse un tiro en la boca del mismo modo que había hecho Sara hacía solo un momento. Ella había elegido ese camino y pensaba que también podría servir para él.

Encontrar finalmente la paz.

Sentía el dedo sobre el gatillo y se estremecía ante la idea de apretarlo.

Era consciente de que debía de llevarlo a cabo, pero, en el momento de hacerlo, sintió miedo de morir, de la nada.

—¡Dispara, eso es lo que mereces! —le instó Rafael con una sonrisa perversa sin dejar de caminar hacia Sergio.

—Da igual lo que hagas, no es real —insistió Emilio inexpresivo haciendo lo propio en su dirección.

—Has fallado, tu mente te ha engañado, Sergio. Tienes que volver a empezar —indicó una tercera voz que Sergio reconoció al instante.

Se trataba del doctor Olmedo.

Sergio extrajo el cañón del arma del interior de su boca y se giró en su dirección. Mientras tanto, Rafael soltó un grito de decepción a causa de su cobardía.

Los tres hombres lo flanqueaban por los tres lados, cada uno a unos dos metros de distancia sin dejar de hablar y caminar hacia él.

—¡Asesino! —bramó Rafael en un grito desgarrador.

—Nada es verdad, todo está en tu cabeza, Sergio —dijo Emilio con voz pausada, casi muerta.

—Has fallado, Sergio, no ha funcionado. Vuelve. Tienes que volver a casa —dijo el doctor Olmedo con su potente y profunda voz.

El miedo que sentía le impedía el movimiento. Los tres hombres caminaban en su dirección sin que él comprendiera sus palabras. Sin embargo, esta vez sí que se acordaba de Sara.

En el momento de ver al doctor Olmedo se acordó de ella, de su cara, de su muerte. Recordó que tras su muerte se había decidido a encerrarse y evitar salir de casa bajo ninguna circunstancia. Seguía sin acordarse cómo la había conocido, pero, sobre todas las cosas, no alcanzaba a comprender cómo podía estar su cuerpo tendido sobre su apartamento si ya estaba muerta.

Sergio cerró los ojos por completo a causa del miedo. Trató de pensar con frialdad. Había estado todo el día con la chica a la que había matado sin saberlo.

Le pasó por la mente la posibilidad de que lo que estaba viviendo no fuera real, tal y como Emilio le decía con insistencia. Aunque, si eso fuera cierto, él también formaría parte de su alucinación y no podría confiar ciegamente en sus palabras.

Había sentido que algo extraño le ocurría desde que se había levantado junto a la rubia melena de Sara. Como si estuviera soñando.

—¡Corre, Sergio, corre! —gritó una voz desde el otro lado del pasillo—. Yo te protejo.

Sergio se giró y, al verle, reconoció al instante el adusto rostro de Andrea Gentile, que había venido a protegerle del mismo modo que siempre había hecho.

Andrea se acercó a Sergio y se colocó entre él y Rafael, que volvía a caminar hacia ellos. Andrea le disparó en la cabeza y la bala dio justo en el blanco.

El cuello de Rafael crujió y la cabeza cayó hacia atrás, sin embargo, regresó hacia delante con una mirada salida del mismísimo infierno y retomó la marcha con un agujero en el cráneo.

—Debes morir, Sergio. Estás muerto, ¿me oyes? Muerto —repetía Rafael una y otra vez mientras avanzaba.

—¡Corre, Sergio, vete de aquí! Yo me encargo —dijo Andrea antes de dar un paso hacia el frente.

Por alguna razón desconocida le vino a la mente el rostro de su madre. El hecho de que no hubiera hablado con ella durante los últimos meses y que, llegado el momento de su final,

sintiera la necesidad de despedirse y recordarle que nada era culpa suya. Y que la quería.

Incluso alcanzó a pensar en el cabezota y anticuado de su padre. Y en que, dejando de lado todas sus discusiones, le habría gustado verlo una última vez antes de morir. Aunque… Entonces se percató de que no recordaba su rostro.

—Debes volver. Ya es la hora —dijo el doctor Olmedo a un metro de distancia de donde se encontraba Sergio. Los tres hombres se habían detenido con la mirada puesta sobre él.

—¿Volver? ¿Volver a dónde? —preguntó Sergio a voz en grito.

—Esto es *Overlight*, Sergio, nada es verdad —dijo Emilio.

—¿Qué es *Overlight*? —volvió a preguntar Sergio buscando con la mirada el paradero de Andrea.

—¡Voy a matarte! —volvió a decir Rafael.

—No te dejaré. Por encima de mi cadáver —contestó Andrea con ira reflejada en los ojos.

—Sergio, no es cierto, tú no estás allí, ya no —susurró una voz de mujer tras su espalda.

Se trataba de su madre.

Había deseado despedirse de ella y allí estaba, justo delante de él, sin moverse, del mismo modo que el resto.

Sergio la observó, inmóvil y con un deseo incontrolable de acercarse y abrazarla, aunque el miedo le impedía llevarlo a cabo. Sin duda alguna se trataba de su madre, pero ella también lo miraba del mismo modo que los demás, sin una pizca de humanidad en sus ojos.

—Concéntrate —indicó el doctor Olmedo.

—Muerto —farfulló Emilio.

—Eres hombre muerto —amenazó Rafael, aunque ya no gritaba. Ahora tenía un tono neutro que lo hacía todavía más terrorífico.

—¡Sergio, huye! —le alentó Andrea.

—Es tu padre, no tú —añadió su madre.

Sergio no aguantaba más, estaba bloqueado y no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Sentía los latidos de su corazón que palpitaba de forma irregular y, con cada uno de los latidos, creía que vomitaría de nuevo. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Tras unos segundos que le parecieron eternos, las voces cesaron. Sentía pánico de pensar en abrirlos, pero también era consciente de que no podía quedarse así para siempre.

Respiró hondo y separó los párpados muy despacio.

Nada.

No había nadie a su alrededor.

No comprendía cómo era posible, pero habían desaparecido.

—Despierta, Sergio. Has fallado, otra vez —susurró el doctor Olmedo tras su espalda y, al volverse, le alcanzó el clic del percutor, la visión del arma y un sonido ensordecedor que lo condujo hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 28

Agosto de 2025

El estruendo del disparo todavía resonaba en el interior de su mente cuando despertó en mitad del salón, jadeando.

La cabeza le estaba matando del mismo modo que cada vez que abandonaba el programa *Overlight.*

Lucía un aspecto visiblemente desmejorado y era más que evidente que llevaba varios días sin ducharse. Su cabeza estaba desprovista de capilares y una gran cicatriz le cubría el ojo derecho y provocaba que cambiara de color.

Trató de respirar con normalidad, aunque le costaba un mundo. Cada vez se encontraba peor cuando regresaba al mundo real y era algo que comenzaba a preocuparle.

Según las palabras del doctor Olmedo, debía de someterse a una revisión médica cada treinta sesiones debido a la dureza mental y física del tratamiento, sin embargo, llevaba más de cuarenta entradas y no se había planteado llevarlo a cabo.

Trataba de levantarse cuando la pierna le dio un pinchazo que provocó que aullara de dolor. Hacía ocho meses del accidente y todavía le dolía a cada maldito segundo, sobre todo cuando se levantaba.

Tenía un cabreo de mil demonios.

Lo había intentado ya cuarenta veces y no había conseguido nada.

Nada.

Overlight no estaba funcionando en absoluto y comenzaba a desesperarse.

Asió por el respaldo la silla más cercana y la estrelló contra la pared tratando con todas sus fuerzas de gritar a pleno pulmón.

Pero nada…

De su boca solo salió un extraño gemido ahogado.

Miró a su alrededor con los ojos enrojecidos por la ira. Se trataba de la misma casa en la que Sergio había vivido los últimos dos años, primero con Laura y después del accidente, en solitario.

Las paredes estaban cubiertas de noticias de periódicos y folios de papel repletos de información acerca de Sara, fotografías y recortes. Las ventanas estaban cubiertas por maderas sujetas con clavos que prácticamente no permitían la entrada de un escueto haz de luz hacia el interior del apartamento.

Si había algo importante que debía recordar, era lo peligroso que sería utilizar el programa *Overlight* en una habitación abierta. Cabía la posibilidad de abandonar el apartamento en un estado de alucinación, caer por una ventana abierta o acabar siendo atropellado.

La primera condición que el doctor Olmedo le impuso para seguir el tratamiento desde su propia casa fue que tenía que cerrar cualquier acceso a esta antes de tomarse la pastilla.

Habían pasado cinco meses desde que comenzó a utilizar el programa y realmente todavía no se había acostumbrado por completo.

Cuando salía recordaba todo lo que había vivido en su interior, sin embargo, cuando estaba dentro, lo olvidaba, mientras esa sensación continua de que algo fallaba y que estaba soñando lo inundaba. Eso era lo que más le costaba asimilar.

Tanto esa sensación como la impotencia de no ser capaz de dar con sus recuerdos.

Se acercó a un escritorio repleto de papeles, apoyado en una de las paredes. Debía de averiguar qué era lo que había fallado esta vez. Necesitaba toda la información posible acerca de Sara para que *Overlight* funcionara, si no, su mente rellenaría los espacios que desconocía y él o Sara sabrían que algo no iba como debía y fallaría de nuevo.

Sentía que estaba cerca de conseguirlo. Llegaba cada vez más lejos, aunque al final siempre acabara fallando. Conocía a Sara lo mejor que podía dadas las circunstancias. Sin embargo, nunca la había visto en el mundo real y eso complicaba mucho las cosas.

Toda la información de la que disponía acerca de ella provenía o de terceros o de documentación que había ido reuniendo a lo largo de los meses.

Y justo por esa razón tenía miedo de que no fuera suficiente. Que quizás nunca alcanzara su objetivo.

Sergio sabía que la policía utilizaba el programa para atrapar a delincuentes. Pasaban años investigando a un sospechoso, leyendo y averiguando toda la información existente acerca de ellos para después utilizar el programa *Overlight* y recrear una escena con la imagen que habían creado. Y en ese caso, si tenían la información suficiente, podían prever su siguiente movimiento.

Cuando el doctor Olmedo les habló acerca de ello, la madre de Sergio le hizo una pregunta que parecía obvia.

Si la información que utilizaban era la misma, si el programa *Overlight* no creaba nueva información, sino que utilizaba lo que tú ya sabías previamente, ¿qué diferencia había entre que el policía leyera todos los datos reunidos y los utilizara para encontrarlo a la utilización del programa en sí mismo?

Y este, con el ceño fruncido y voz adusta, le había contestado que el subconsciente era mucho más poderoso de lo que se pueda llegar a imaginar. Y que, cuando se está despierto y consciente, existen sentimientos, estímulos y distracciones que no permiten que el cerebro se concentre en una sola cosa.

Se conoce más a una persona de lo que uno mismo cree y eso es lo que utiliza el programa *Overlight*. Toda la información que se reúne está ahí, aunque a veces uno no se dé ni cuenta.

Tras el accidente, Sergio se había quedado destrozado. ¿Cómo podría no estarlo? Y no era por sus lesiones físicas, por mucho que tuviera fuertes dolores y que hubiera estado muy próximo a la muerte en el quirófano, sino más bien psicológicas.

El hecho de haber matado a Sara lo había dejado en estado de *shock* y, tras despertar de la operación, Sergio no había conseguido decir una sola palabra. Había perdido por completo la capacidad del habla.

Y no era que tuviera problemas físicos para hacerlo.

En absoluto.

Le habían realizado una ingente cantidad de pruebas con tal de averiguarlo. Sin embargo, era totalmente incapaz de esbozar siquiera la palabra más simple.

Tras todo tipo de tratamientos de todos los médicos habidos y por haber, acabó en las manos del doctor Olmedo y este le habló acerca de *Overlight*.

Un programa experimental que realmente no se utilizaba para medicina convencional, sino que se estaba comenzando a usar para que un cliente pudiera ver a un ser querido que ya no estaba a su lado.

El doctor Olmedo opinaba con vehemencia que lo que realmente necesitaba era despedirse de ella y disculparse por lo que le había pasado. Después de todo lo que habían probado no perdía nada por intentarlo, aunque Sergio no estuviera nada convencido.

El problema surgió al percatarse de que no sabía nada acerca de ella, de hecho, ni siquiera había llegado a verla en el mundo real.

La gente normalmente conocía a la persona a la que quería ver durante el uso del programa *Overlight*. Cualquier persona conoce casi a la perfección a su padre, madre o pareja, por lo que crear su imagen con detalle es más sencillo. Sin embargo, con alguien a quien no conoces, por mucho que leas acerca de ella, por mucho que estudies su personalidad, hay cosas que no terminas de conocer en profundidad.

Y ese era el gran problema al que se enfrentaba Sergio.

Sobre el escritorio tenía una pizarra con treinta y nueve rayas escritas de forma horizontal, de cada una de las entradas que había llevado a cabo hasta la fecha. Cogió un rotulador y escribió una nueva al final de todas ellas.

Se sentó en una silla mientras reflexionaba acerca de su última entrada. Debía repasar cada paso para dar con el error que provocaba que fallara una y otra vez. Ya había deducido de las anteriores entradas que Rafael, el hermano de Sara, simbolizaba su odio hacia sí mismo y que, por esa razón, era una persona incoherente con la que no podía dialogar.

Él era el lado más radical de su subconsciente.

Por otro lado, Emilio era su consciencia. Llegado el momento, siempre era el que le decía que nada era cierto. Si consiguiera escucharle y hacerle caso, si el peso de su información consiguiera que le creyera, lograría percatarse del problema y alcanzaría su objetivo. Sin embargo, mientras estaba en su interior, jamás conseguía darse cuenta y eso lo irritaba enormemente.

Cuando el doctor entraba en escena era porque ya no había nada que pudiera hacer, había fallado.

Él representaba la realidad de que no era cierto, aunque ya era un punto de no retorno. Cuando él llegaba, Sara siempre estaba muerta y ya no podía perdonarle.

Sergio se quedó pensativo durante un instante con la mirada puesta en un punto del infinito.

Había visto a su madre.

Estaba seguro de ello y, si no recordaba mal, era la primera vez que ocurría.

Sacó su diario con tal de registrar la entrada. Siempre debía apuntar todo lo que ocurría en el transcurso de su intento. Debía señalar paso a paso y con precisión todo lo que había ocurrido desde que había abierto los ojos en el interior del programa hasta el momento en el que se percataba de que había fallado y despertaba en su apartamento.

El intento de sexo, la conversación con Emilio, hasta le llegada de Rafael y el crudo desenlace que finalizaba con la muerte de la chica. No comprendía el motivo de que siempre comenzaran con una noche de sexo, pero, por alguna razón, era la manera en la que su subconsciente imaginaba la escena con Sara.

Era fruto de la información que había registrado.

Quizás pensaba que era la forma más lógica en la que ellos dos hubieran podido conocerse.

Cuando estaba en el interior del programa no se daba cuenta, pero cuando volvía se le hacía un nudo el estómago al saber que había estado acostándose con la chica que había matado. Le hacía sentirse sucio, perverso.

Llegó a la parte de su madre mientras trataba de recordar sus palabras exactas.

«Sergio, no es cierto, tú no estás allí, ya no».

Esa había sido su primera frase, así que la escribió en el diario.

«Es tu padre, no tú».

Leyó con detenimiento ambas frases sin terminar de comprenderlas. Se planteó la posibilidad de llamar al doctor Olmedo para preguntarle por su significado, pero lo descartó de inmediato.

Sabía que, si lo hacía, tendría que decirle que llevaba más de treinta intentos y él le obligaría a dejar el programa hasta hacerse las pruebas médicas pertinentes, algo que, en ese momento, no estaba dispuesto a hacer. Llevaba demasiado tiempo sintiéndose como lo hacía y realmente creía que estaba cerca de alcanzar su objetivo.

Se preparó para redactar paso por paso todo lo que había vivido en el programa *Overlight* durante su entrada.

Prueba cuarenta.

Me he levantado a las seis de la mañana y he tomado medio litro de agua en ayunas. No debo comer nada, si lo hago, cuando salgo no puedo evitar vomitar. Bebo otro medio litro al salir.

Sergio se levantó, echó medio litro de agua en un recipiente y se lo bebió de un solo trago antes de sentarse frente al escritorio y continuar escribiendo.

Al llegar no recordaba nada. Sara se encontraba a mi lado en la cama, pero yo no me acordaba de haberla conocido. Su personalidad estaba bien desarrollada, el error no debe haber estado ahí.

Sentía que no era real desde un inicio y he estado cerca de darme cuenta de que estaba en el programa Overlight. El correo con el nombre ha aparecido relativamente pronto, aunque en ningún momento he llegado a conocer la verdad.

Mi memoria iba y venía, lo que prueba que todavía me falta información o práctica. He conseguido recordar que la había matado cuando estaba en la ducha, pero de golpe se ha ido de mi mente.

Mi imagen real ha aparecido dos veces en el espejo y aun así no he conseguido darme cuenta de dónde estaba.

Tenía sentimientos muy fuertes hacia Sara.

Esto puede darse por dos circunstancias: la primera es que tengo información suficiente y la Sara de verdad también habría tenido ese efecto en mí; y la segunda es que, al haberla creado

yo inconscientemente, he añadido atributos que hacen que sea irresistible a mis ojos.

Tengo que investigarlo.

Ha vuelto a aparecer la pistola y no es la primera vez que lo hace. Cuando ocurre no queda mucho para que todo acabe. En el momento en el que Sara la toca, conoce la verdad, sabe que está muerta y no duda en dispararse.

En ese momento no tarda en volverse todo borroso. Aparecen Emilio, Rafael, Andrea y el doctor Olmedo y todo acaba.

Aunque esta vez algo ha cambiado. Mi madre ha aparecido dentro del programa Overlight y sus palabras no las tenía registradas. Todo lo que dicen los demás en los momentos finales es siempre lo mismo, pueden variar las expresiones, pero el significado no varía. Sin embargo, las de mi madre han sido completamente nuevas.

«Sergio, no es cierto, tú no estás allí, ya no»

«Es tu padre, no tú»

CAPÍTULO 29

Agosto de 2025

Sergio alzó la mirada del diario.

Acababa de percatarse de que estaba realmente hambriento.

Ojeó el cronómetro que tenía junto al escritorio para comprobar que había estado en el interior del programa diez horas y veintiocho minutos. Un tiempo en el que no había comido absolutamente nada y, aunque últimamente no comía demasiado, era demasiado tiempo sin llevarse nada a la boca.

Tenía que tener cuidado con eso.

Si pasaba demasiado tiempo en el interior del programa, cuando salía, tenía demasiadas necesidades fisiológicas que cubrir.

Sergio se dirigió al baño. No había podido ir desde antes de entrar y tenía una necesidad apremiante de liberar su vejiga. Aunque ni se planteaba la posibilidad de darse una ducha. Era una pérdida de tiempo y no lo hacía si no era estrictamente necesario. Tenía demasiadas cosas que hacer como para preocuparse por su higiene.

Al salir, se dirigió a la cocina, cogió un trozo de pan duro de una bolsa, embutido de la nevera y se dirigió de nuevo a su escritorio.

Las paredes estaban repletas de documentos pegados con pegamento o chinchetas. Para Sergio era muy importante que estuviera todo a la vista.

Tenía demasiadas cosas que saber acerca de Sara como para tener la necesidad de leer siempre los libros donde había recopilado la información.

Tenerlo todo allí era mucho más cómodo.

Había distribuido adecuadamente los datos para que cuando necesitara saber algo en concreto no le costara encontrarlos. Era importante saber todo lo necesario antes de entrar. Debía comprobar que no se le hubiera olvidado nada importante, si no, no tendría ninguna posibilidad de completar el programa.

Justo sobre el escritorio se alzaba un enorme árbol genealógico anclado a la pared en el que estaba toda la familia de Sara.

Desde sus abuelos, tíos y padres hasta su hermano Rafael.

Era imprescindible recordar ese tipo de información.

Eran los datos más sencillos de utilizar en una conversación, y, si él no recordaba algunos de esos nombres, ella tampoco lo haría y en ese momento todo habría acabado.

Continuó escribiendo datos acerca de la entrada sin dejar de devorar el pan con el embutido en su interior.

Cuando finalizó, leyó de nuevo los resúmenes de toda la información recabada mientras paseaba ojeando el contenido de las paredes. Era imprescindible que diera con los datos que le faltaban.

¿Qué era lo que fallaba?

¿Por qué no conseguía su objetivo?

Sergio tenía un enorme sentimiento de agradecimiento hacia el doctor Olmedo. Le había ayudado una barbaridad desde el momento de conocerse en su consulta unos pocos meses atrás. Él era consciente de que había perdido a un hijo en un accidente y que ese hecho podría haber creado en él cierto afecto paternal.

Se sentía roto por dentro.

Las heridas superficiales le provocaban un dolor terrible, sin embargo, su dolor era mucho más profundo. Necesitaba salir de ese bache de culpabilidad en el que se encontraba desde hacía meses. No salía de casa bajo ningún concepto o circunstancia.

Únicamente había estado en el hospital tras el accidente hasta que comenzó el tratamiento con el doctor Olmedo. Después había continuado con el programa desde su apartamento y no había vuelto a pisar la calle.

Una vez a la semana, su madre le llevaba comida para que no muriera de inanición, sin embargo, él no permitía que se adentrara en el apartamento. Ella se quedaba en el rellano y le entregaba el surtido de fiambreras. Esa era toda la vida social que era capaz de soportar.

Se sentó sobre el suelo en el centro del salón. Había leído de nuevo toda la información que tenía acerca de Sara y ahora debía descansar. Si no lo hacía, no podría entrar en *Overlight* con garantías.

Se tumbó en el suelo y se tapó con una manta. Ya nunca dormía sobre su cama. Cuando lo hacía su sueño era demasiado profundo y duradero. Él únicamente necesitaba descansar dos o tres horas a lo sumo para volver a entrar y no podía perder tanto tiempo todas las noches. Así que descansaba lo estrictamente necesario antes de entrar de nuevo.

Cuando cerró los ojos, no fue capaz de evitar pensar en su madre y en lo preocupada que estaba. Trataba de que Sara no estuviera presente en sus pensamientos porque, si no alcanzaba a evitarlo, no conseguía dormir ni un solo segundo.

Tras unos minutos, su mente se fue quedando en blanco y el cansancio se apoderó de él.

Se despertó abruptamente y con el cuerpo empapado en sudor.

Ojeó su cronómetro para percatarse de que había dormido más de cinco horas. ¡Una auténtica barbaridad!

Antes de acostarse se había sentido más cansado de lo que estaba acostumbrado, pero no podía permitirse esos errores tan absurdos. Estaba perdiendo un tiempo valiosísimo.

Se dirigió a la nevera y dio un largo trago de agua. Desconocía qué hora sería, aunque tampoco le importaba. Desde que había anclado las maderas a las ventanas no entraba nada de luz. Su ritmo de sueño no se ajustaba a la presencia del sol, sino a cuándo, cuánto y cómo necesitaba dormir con tal de volver a entrar en el programa a la mayor brevedad.

Paseó por el salón leyendo los datos más importantes.

Se sentó en el escritorio, abrió su diario y recordó las diferentes posibilidades a las que se podía enfrentar. Todos los intentos anteriores y el modo en el que habían finalizado.

Cuando se sintió preparado, abrió el cajón y sacó una cajita repleta hasta los topes de pastillas de color rojo. Tomó una entre las manos y guardó el resto en su lugar.

Sergio se concentró en Sara, en su cara, su cuerpo, el olor de su perfume y cada rasgo de su personalidad. Todo lo que había estudiado acerca de ella tenía que verse reflejado en sus pensamientos antes de que se tomara la pastilla y se adentrara en el programa.

Tomó aire y lo fue expulsando muy despacio tratando de relajarse y, cuando ya no quedaba nada de aire en sus pulmones, tragó la pastilla, cerró los ojos y se sentó sobre el frío suelo.

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

Y para finalizar y, ahora que ya has llegado al final de "**Overlight Parte uno**" me gustaría hacerte una pregunta.

¿Te ha gustado?

Tanto si la respuesta es un sí como si es que no como una casa, dímelo.

Conocer tu opinión me ayudará tanto a mejorar en el futuro como a que nuevos lectores conozcan mis novelas.

Puedes dejar una review escaneando el código QR.



¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DEL PROGRAMA OVERLIGHT?

Escanea el QR para estar al tanto de todo.

Habrá avances, tráiler, fotografías, descripciones de personajes, preguntas sobre nuevos libros, cosas curiosas y, por supuesto, contacto directo conmigo.

También tendrás la posibilidad de darme tu opinión sobre todo lo que quieras, en un principio relacionado con los libros, no me cuentes si te gusta más el azul glauco que el imperial.

Básicamente porque no tendré ni idea de la diferencia.

Y cuando digo que puedes darme tu opinión lo digo totalmente en serio.

Pues es que me ha parecido una pu… mier…

Pues me lo cuentas.

Que te ha gustado…

Pues también.

Igual que si me quieres contar cómo me has conocido, desde donde me lees, o si te gusta la tortilla de patata con cebolla o no tienes ni puñetera idea de la vida. Vamos, que menos lo del azul lo que te rote.

Así que lo dicho, escanea el QR y nos vemos al otro lado.



Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO “OVERLIGHT PARTE UNO”

¿QUE?

Sergio ha vuelto a fallar en su intento por disculparse ante la chica a la que mató en un accidente seis meses atrás.

Lleva mucho tiempo tratando de recrear ese momento en el interior del programa Overlight y siempre acaba fallando.

Una y otra vez sin ser capaz de evitarlo.

Deberá enfrentarse al programa una última vez y adentrarse en el interior de su mente.

Aunque para ello será muy importante que recuerde su pasado.

Todo el entrenamiento vivido desde el accidente.

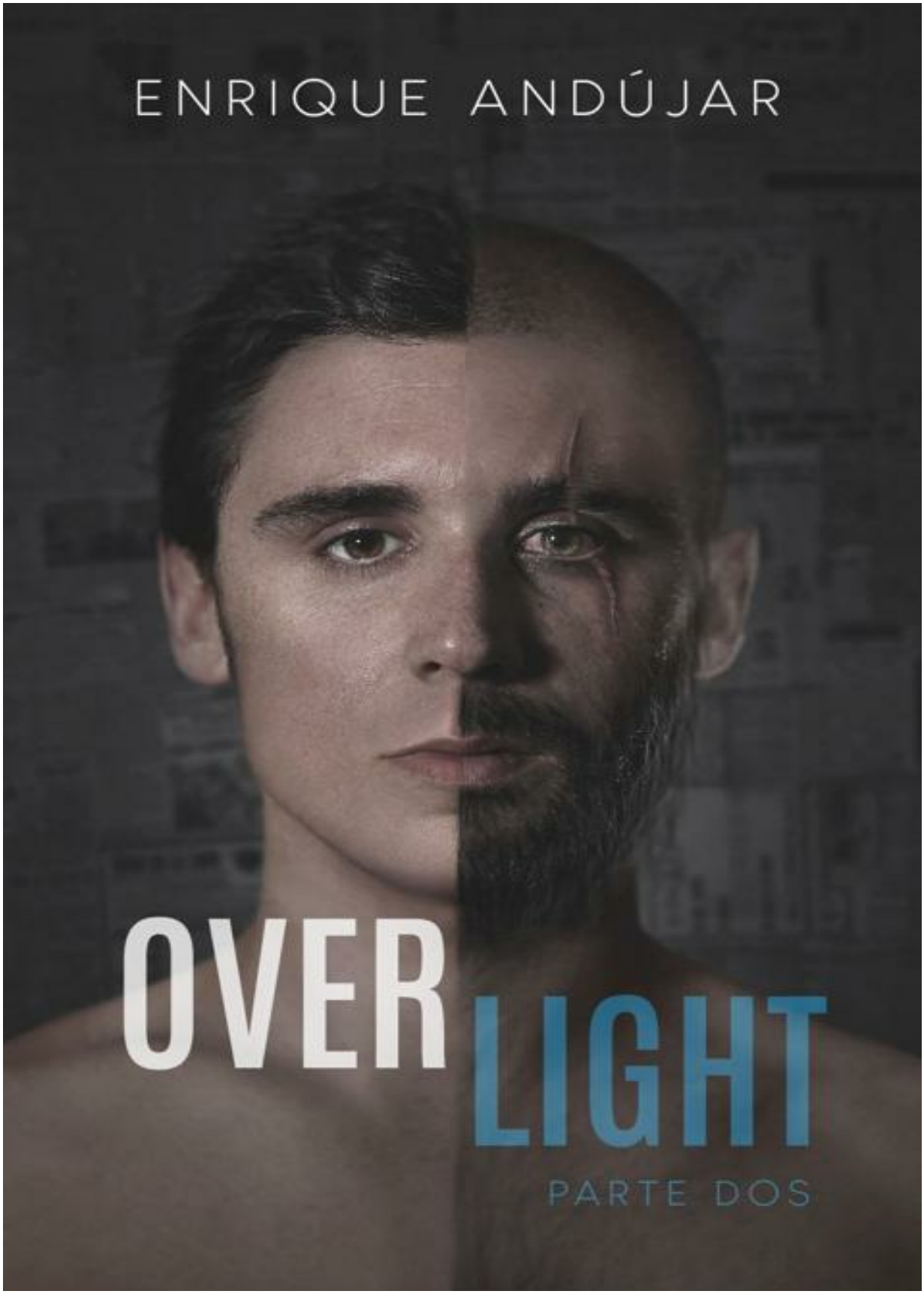
El tiempo pasado junto al agente de la Interpol Andrea Gentile y el doctor Olmedo será de vital importancia para alcanzar su objetivo.

Descrubre el final de la historia escaneando el QR.

Overlight Parte 2



OVERLIGHT PARTE DOS


ENRIQUE ANDÚJAR
OVER
LIGHT
PARTE DOS

AVANCE DE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LA NOVELA

CAPÍTULO 1

Noviembre de 2024

Eran las cinco de la tarde de un lluvioso domingo de noviembre cuando Sara recibió la llamada más importante de su vida.

De ese momento hacía ya cinco minutos, así que tenía que ducharse y vestirse en menos de media hora si pretendía llegar a la entrevista de trabajo que tenía a las seis en punto al otro lado de la ciudad.

Le parecía realmente extraño que la entrevista fuera a realizarse en domingo, pero le habían dicho que esa misma mañana se había quedado libre una vacante, y que, si la entrevista iba bien, entraría a trabajar al día siguiente.

Así que no tenía un solo minuto que perder.

Estaba segura de que habría más pretendientes en busca de esa oportunidad y, aunque no pensaba que hubiera demasiados con sus credenciales, no por ello podía permitirse el lujo de llegar tarde.

Se duchó en ocho minutos, se vistió en diez y, aunque se probó tres conjuntos diferentes, en menos de treinta minutos ya estaba lista para salir por la puerta.

Llevaba puesta una camisa blanca sin estampados a la vista y un pantalón de vestir negro. No había tenido demasiado tiempo para pensar en qué ponerse y lo único que quería era aparentar seriedad.

Se recogió el pelo en un moño y se colocó por la espalda una americana a conjunto que no había usado en lo que llevaba de año.

Hacía tiempo que Sara vivía sola. Llevaba estudiando en la universidad desde los dieciocho años y, aunque no había encontrado ningún trabajo relacionado con su carrera, había compaginado sus estudios con diferentes trabajos de fin de semana. Sobre todo de camarera en diferentes restaurantes.

Sin embargo, esta vez tenía ante ella la oportunidad que había estado esperando durante mucho tiempo.

Su trabajo soñado.

Aunque no estuviera todo lo bien remunerado que ella hubiera deseado. La entrevista era para Free Energy, una empresa islandesa de energías renovables. De hecho, una de las más potentes del país, que había abierto hacía un año una sede en España para aprovechar el sol del país como una de sus fuentes de abastecimiento. Y ahora necesitaba trabajadores nacionales cualificados en el tema. Sara estaba terminando un máster de Energías Renovables y su trabajo

de fin de grado había tratado acerca de la necesidad de crear leyes que favorecieran este tipo de actividades.

Ella estaba convencida de que era absurdo que se necesitara tanta cantidad de energía nuclear en un país como España, sobre todo cuando una gran cantidad de energía se tenía que comprar en el extranjero a causa de la poca cantidad de centrales nucleares en el país. Por lo que esperaba ser una buena candidata para obtener el puesto.

No le había dado tiempo de preparar absolutamente nada para la entrevista, ni siquiera había llegado a hablar con nadie de la empresa. Había sido un profesor suyo del máster quien la había recomendado para el trabajo y él mismo la había llamado para avisarla.

Cogió el frasco de colonia Halloween que siempre tenía encima del escritorio de su habitación y se la puso en el cuello y las muñecas; usaba la misma desde que tenía trece años. Su hermano se la había comprado por su cumpleaños y nunca había dejado de usarla. Le daba buena suerte.

Sara estaba la mar de nerviosa. Era una gran oportunidad y no quería dejarla pasar bajo ninguna circunstancia. Si hubiera dispuesto de más tiempo, habría paseado por su casa para relajarse, como hacía siempre que estaba nerviosa. Sin embargo, esta vez no tenía tiempo de hacer prácticamente nada, debía darse prisa.

Salió del portal sin coger el paraguas. Había salido tan rápido que no se había dado cuenta de que estaba diluviando y no le quedaba el tiempo suficiente como para subir a cogerlo. Miró el reloj, tenía media hora para cruzar la ciudad y se estaba empapando. De primeras se había planteado la posibilidad de coger el autobús. De esa manera, no tendría la necesidad de aparcar al llegar, pero la parada estaba a tres manzanas y era caminar demasiado bajo esa lluvia en ausencia de un paraguas. Así que decidió que su mejor opción pasaba por coger el coche que estaba aparcado justo delante de su portal.

Tardó veinte minutos en llegar a la dirección que le habían dado. Era una zona de la ciudad que no conocía demasiado, sin embargo, por suerte para ella, había llegado sin demasiados contratiempos.

Tras menos de cinco minutos dando vueltas alrededor del edificio, ya estaba aparcada y preparada. Ahora disponía de otros cinco para encontrar la dirección exacta y relajarse antes de entrar.

Se quedó de pie sin moverse frente al edificio. No había tenido el tiempo para sufrir los nervios y ahora le venían todos de golpe. Inspiró con fuerza y se adentró sin mirar atrás.

No era un edificio de la empresa, de hecho, era imposible que lo fuera porque no tenían sede en Valencia, sino en Madrid, que era la única que por el momento tenían en el país.

Su profesor le había advertido de que, en el caso de conseguir el puesto, era bastante probable que tuviera que irse a vivir a la capital y ella le había contestado que no tenía ningún problema con ello. Su madre se pondría hecha una furia, pero bueno… Los problemas era mejor enfrentarlos de uno en uno.

El local era un pequeño pub con decoración irlandesa y una inmensa cantidad de cervezas dispuestas en las estanterías de detrás de la barra. A Sara le encantaba la cerveza, pero pensó que no era el mejor momento para demostrarlo.

Había tres mesas ocupadas.

Alrededor de la primera, dos niños corrían mientras una mujer de treinta y tantos años trataba de que se detuvieran sin demasiado éxito.

En la mesa de la derecha una pareja discutía a voz en grito. La chica levantaba mucho la voz y su acompañante bajaba la cabeza y soltaba algún suspiro intermitente.

—Algo habrá hecho —farfulló Sara para sí misma adentrándose en el local.

Y en la tercera mesa estaba sentado un hombre solo. Tendría más de cincuenta años, estaba ligeramente entrado en carnes, tenía un abundante pelo cubierto de canas y, aunque estaba sentado, daba la impresión de que no era muy alto. El hombre parecía leer algún tipo de informe cuando levantó la cabeza y miró a Sara con interés.

—Muy buenos días, señorita García, por favor, tome asiento —saludó el hombre en un inglés perfecto. El profesor Santos no le había dicho que tendría la entrevista en inglés, aunque tratándose de una empresa islandesa, tampoco era de extrañar.

Sara hablaba inglés con bastante soltura gracias al año que había pasado de Erasmus en Estocolmo. Le parecía alucinante que allí todo el mundo lo hablara a la perfección, incluso los ancianos; algo que a Sara le parecía una locura.

No se imaginaba a sus abuelos ni siquiera murmurando alguna palabra en otro idioma. Les era complicado incluso pronunciar cualquier nombre americano. Sara se partía de risa cada vez que su abuela pronunciaba a John Wayne como «Llon baine», incluso un día le había instado a que intentara pronunciar Arnold Schwarzenegger, y ella y su hermano Rafa habían estado riéndose durante horas con el resultado.

Recordar a sus abuelos provocó que se entristeciera. Estaba muy unida a ellos y hacía años que habían fallecido.

Sara intentó no pensar en ello.

Estaba en medio de la entrevista más importante de su vida. Si le iba bien, se dedicaría a lo que ella más quería y, además, podría irse a vivir a la capital; incluso fuera de España si tenía suerte, teniendo en cuenta que la empresa era islandesa seguro que esa posibilidad existiría en algún momento de su futuro.

Saludó con cortesía antes de tomar asiento.

—Mi nombre es Kristjánsson Stefansson —se presentó el hombre mientras le tendía la mano.

—Es un placer conocerle, señor Stefansson. Yo soy Sara, Sara García —contestó ella recibiendo su mano y apretándola firmemente. A Sara se le hacía extraño no dar dos besos, pero sabía que no en todos los países se hacía de forma natural la primera vez que conocías a una persona.

—Encantado, señorita García, pero llámeme Krist, por favor.

Sara asintió.

—Claro, Kirst, pero haz tú lo mismo, por favor.

—¿Quiere que también la llame Kirst? La gente nos confundiría —dijo Kirst con una sonrisa de oreja a oreja.

Sara se sonrojó, aunque el chiste había provocado que se sintiera cómoda; ya comprendía la razón de que se dedicara a hacer entrevistas, había logrado romper el hielo de forma sutil pero directa.

—Llámame Sara, por favor —dijo tras unos segundos.

—Por supuesto, Sara, así será todo mucho menos serio —comentó Kirst mientras levantaba la mano en busca del camarero—. El señor Enrique Santos, el hombre que nos proporcionó su nombre, fue nuestra primera opción en el puesto que ha quedado vacante, sin embargo, está demasiado cómodo con su trabajo como profesor en la universidad, y supongo que cambiar de ciudad teniendo hijos pequeños era algo que no estaba dispuesto a plantearse.

El camarero llegó junto a ellos y les preguntó lo que querían tomar, Krist dejó a un lado la conversación para pedir un café cortado con sacarina y un cruasán.

Tenía un español sin errores, aunque con un fuerte acento islandés.

Sara pidió un zumo de naranja porque, aunque su cuerpo le pedía café, estaba demasiado nerviosa como para tomar cafeína.

Como Krist le había hablado en español al camarero, Sara supuso que el hecho de hablar con ella en inglés simplemente había sido una forma de comprobar que ella lo hablara con suficiente fluidez. Esperaba haber superado la prueba.

—¿Por dónde iba? —preguntó Krist volviendo al inglés—. Ah, sí —continuó sin esperar respuesta—, ¿cuándo podría empezar?

—Cuando fuera necesario, mañana mismo si hiciera falta —contestó Sara intentando no parecer desesperada.

—Estupendo, pues mañana a las diez de la mañana la espero en el Ave dirección a Madrid. Yo viajaré con usted y la acompañaré a la oficina. Allí le enseñarán todo lo que necesita saber.

Sara se quedó de piedra.

¿Había conseguido el trabajo?

¿Cuándo?

No se había dado ni cuenta.

El camarero llegó con la bebida y el cruasán de Krist, lo dejó encima de la mesa y se retiró de vuelta a la barra mientras Sara continuaba en *shock*.

—¿Ya ha acabado la entrevista? ¿He conseguido el trabajo? —preguntó Sara anonadada.

—Oh, señorita Sara, esto no era una entrevista. El trabajo era suyo desde que hablamos con el señor Santos; esto simplemente era una formalidad, una burocracia necesaria. Usted ya me entiende —contestó Krist sonriendo mientras levantaba el café para que Sara brindara con él con su zumo—. Bienvenida a Free Energy.

Sara no podía creerse lo que acababa de ocurrir. Hacía varios minutos que había abandonado la cafetería y caminaba sin rumbo ni dirección. De hecho, había dejado su coche junto al local.

¿Qué haría ahora?

Era consciente de que debía hablar con su madre de inmediato, pero ahora que sabía que al día siguiente se iría a Madrid tenía muchísimas cosas que hacer.

Sacó su móvil y dejó un mensaje al grupo que tenía con sus amigas con tal de quedar con ellas esa misma tarde. No podía, o más bien, no debía, acostarse demasiado tarde porque madrugaba al día siguiente, sin embargo, necesitaba contarles todo lo ocurrido y despedirse de ellas en condiciones.

Les dijo de tomar una cerveza a las ocho en una cervecería próxima a la universidad. Ella invitaba.

Tras unos pocos segundos, sacó de nuevo su móvil, marcó el número de su madre y llamó con los ojos repletos de lágrimas a causa de la emoción.

CAPÍTULO 2

Enero de 2031

La habitación estaba repleta de información cubriendo las cuatro paredes.

Había fotografías, noticias de periódico, incluso árboles genealógicos que se remontaban a treinta años atrás.

Rachel estaba asombrada con todo lo que estaba viendo, sobre todo por las muchísimas fotografías de esa niña de la que Andrea y el tal Olmedo habían hablado en el cementerio, Alina Peshkova.

En algunas aparecía su padre, Ivan Peshkov, que, según los datos que había escritos sobre él en la fotografía, había muerto hacía dos años. Y su madre, Irina Peshkova, con la que vivía a las afueras de Moscú.

También había imágenes de un hombre llamado Vasili Dvorkin al que Rachel ya conocía, de hecho dudaba mucho que existiera algún agente de policía que no conociera su nombre. Estaba señalado como uno de los hombres más buscados por la Interpol por su odio hacia los Estados Unidos. Y, por si no fuera suficiente, era hijo de un antiguo y poderoso excomandante del Kremlin.

Vasili también había pertenecido al servicio secreto ruso, sin embargo, según sus argumentos e ideales, pensaba que su país no era más que un lameculos de occidente y dejó la inteligencia soviética. Con el tiempo, creó su propio ejército paramilitar con el que había cometido numerosos atentados en puntos estratégicos de occidente durante los últimos años.

Era un hombre rudo de unos cincuenta años, rubio, con ojos azules y más alto que la mayoría, aunque no lo suficiente como para que llegara a sobresalir por su altura.

Rachel caminaba por la sala con el cerebro a pleno funcionamiento.

Las paredes estaban a rebosar de información.

Todo lo que alguien pudiera necesitar saber acerca de cualquiera de esas personas se encontraba en esas cuatro paredes, sin embargo, seguía sin comprender qué era lo que tenía que ver ese hombre con la niña.

Como tampoco sabía qué intenciones podría tener Andrea Gentile con ambos dos.

Ya era prácticamente la hora de su vuelo, y aunque a Rachel le hubiera gustado seguir investigando la habitación y ponerla patas arriba hasta entender qué era todo lo que estaba ocurriendo, su avión saldría de un momento a otro y no se planteaba la opción de perderlo.

Realizó tanto fotografías como vídeos de las paredes, con la intención de poder estudiarlas durante el trayecto, y salió de la casa por la ventana por donde había entrado en primer lugar.

Nada más llegar a Moscú, tras un retraso de más de dos horas y una aburrida escala en Zúrich, se percató de que no llevaba la ropa de abrigo necesaria como para enfrentarse a las

temperaturas a las que allí se iba a encontrar. Aunque por suerte para ella, en el propio aeropuerto fue capaz de comprar todo lo necesario para abrigarse adecuadamente.

Nada más salir del aeropuerto fue directa a la habitación que había alquilado el día anterior y, después de dejar allí sus pertenencias, se dispuso a ojear las fotografías que había hecho de la extraña habitación secreta del otrora agente Gentile.

Rachel era consciente de que dar con ese hombre en Moscú era una auténtica locura, pero claro, encontrar a la niña sería una tarea mucho más sencilla, sobre todo teniendo en cuenta la gran cantidad de información de la que disponía acerca de ella.

Y, si daba con la niña, estaba convencida de que tarde o temprano Gentile aparecería. Ben, su compañero, le había proporcionado la dirección donde la niña vivía con su madre, así que decidió aguardar por los alrededores hasta que Gentile se dejara ver.

La nieve inundaba las calles de la inmensa ciudad. Rachel llevaba toda su vida viviendo en una ciudad donde nevaba prácticamente cada año, sin embargo, nunca había visto nada parecido. La cantidad de nieve era totalmente irreal.

Después de ubicar la dirección de la niña, decidió que era demasiado peligroso enfrentarse a ese hombre totalmente desarmada. Le había sido del todo imposible embarcar su arma desde los Estados Unidos y ni se había planteado la opción de tratar de meterla en Rusia. Sin embargo, después de tirar de algunos contactos de la embajada con los que había trabajado años atrás, fue capaz de comprar un arma antigua en los suburbios de la ciudad. No se fiaba en absoluto de que realmente funcionara, pero al menos daba el pego. Y tampoco pensaba que fuera a tener la necesidad real de apretar el gatillo.

O al menos eso esperaba.

Después de la compra del arma, aguardó durante dos horas frente a la casa de la niña. Era un edificio antiguo, únicamente de dos plantas de altura situado en Presnensky, un barrio nacido de las antiguas fábricas de la Unión Soviética situado a las afueras de la ciudad.

El frío la estaba matando, ya prácticamente no sentía los dedos y no era capaz de dejar de temblar.

Por su mente rondaba la idea de volver al hotel para descansar y probar suerte al día siguiente, aunque enseguida la descartó. No había llegado hasta allí para tirar la toalla tan pronto.

La puerta del edificio se abrió de par en par y permitió la vista de la niña con la compañía de su madre. Rachel comprobó la identidad de Alina con la ayuda de algunas de las fotografías de la habitación secreta de Gentile antes de seguir sus pasos por las frías calles de Moscú.

Cuando llegaron a la calle Mantulinskaya, una calle principal con alto tránsito, se detuvieron con intención de coger un taxi. Rachel imitó sus movimientos y ambos vehículos se dirigieron hacia el centro de la ciudad.

Era extraño que Gentile no hubiera dado señales de vida y Rachel se estaba impacientando.

Al fin y al cabo, por mucho que la niña tuviera mucho que ver con ese hombre, él era la verdadera razón de su investigación.

El taxi en el que viajaba la niña se detuvo en un semáforo antes de que el de Rachel se detuviera justo detrás. Si la madre de Alina fuera una agente de policía o inteligencia, se habría percatado al momento de que las estaban siguiendo desde que habían salido de su casa, pero Rachel esperaba que al tratarse de una civil ni siquiera se planteara tal cosa.

El semáforo se acababa de poner en verde cuando un coche se interpuso en su camino y Andrea Gentile se apeó del vehículo con un arma en la mano en dirección a Alina.

Rachel salió del taxi a toda velocidad con la intención de intervenir, mientras el conductor, que estaba tan asustado que no la detuvo con tal de que le pagara la carrera, aceleró marcha atrás todo lo rápido que fue capaz y desapareció de su vista.

Andrea Gentile se acercó a la parte trasera del taxi y, apuntando a la madre, sacó a la niña del vehículo cogiéndola por un brazo mientras su madre no paraba de gritarle en lo que Rachel suponía que sería en ruso. Ella, evidentemente, no comprendía ni una sola palabra, pero parecía que el exagente Gentile sí que lo hacía por la manera en la que contestaba mientras metía a la niña en su coche.

Rachel se acercó despacio, sacó el arma que había comprado en los suburbios de la ciudad y se dirigió directamente hacia Andrea Gentile.

El hombre se sorprendió al verla allí.

Daba la sensación de que su presencia definitivamente no entraba en sus planes. Lo apuntó con el arma a la cabeza observando a la niña llorando en el interior del coche.

—¡Suelta el arma, Gentile, déjala en el suelo y deja que la niña salga del coche, ahora mismo! —ordenó Rachel posicionándose frente al coche de Gentile.

La madre de la niña no paraba de gritar. Mientras tanto, la pequeña lloraba y trataba de salir del coche por la fuerza sin apenas resultados.

Andrea miró en dirección a Rachel con sorpresa en sus ojos. Realmente no esperaba que nadie apareciera en ese momento y daba la sensación de que no sabía el modo de actuar.

—Se está equivocando, inspectora Frye, yo no soy su enemigo —dijo Andrea mientras dejaba el arma en el suelo.

—Deja que la niña salga del coche y luego veremos si eres o no mi enemigo —contestó Rachel con voz autoritaria.

—No sabe lo que está haciendo, deje que me vaya con la niña —dijo Andrea sin apartar la vista de Rachel—. Por favor.

Rachel avanzó unos cuantos pasos hasta situarse justo al lado del coche sin dejar de apuntar a Andrea. Abrió la puerta de atrás e hizo que Alina se apeara del vehículo. La madre se acercó a la carrera, cogió a la niña en brazos y la subió al taxi con el que había llegado, que arrancó y desapareció de su vista.

—¡Entra en el coche y conduce! —ordenó Rachel en dirección al exagente italiano.

—¡Mierda! No tienes ni puta idea de lo que acabas de hacer. La has sentenciado —dijo Andrea en italiano realmente enfadado.

—No tengo ni idea de qué es lo que has dicho, pero me importa una puta mierda. Te he dicho que subas al maldito coche —insistió Rachel subiendo el tono de voz.

—No sabes lo que has hecho, tenemos que coger a la niña ahora mismo —dijo esta vez en inglés tratando de serenarse.

—No me vas a convencer. La niña estaba con su madre y la has atacado con una pistola, ¿de verdad piensas que me voy a creer algo de lo que me digas? Sube al puto coche —repitió Rachel.

—Pero, ¿qué demonios es lo que haces tú aquí? Por Dios bendito, ¿no podías haber aceptado a ese desgraciado de Marshall con un lacito y haber seguido con tu vida? Con una

carta de agradecimiento era más que suficiente, joder.

—No puedes enviar esa caja sin dar ninguna explicación y no esperar que nadie te busque.

—Bueno, hasta ahora me había ido bastante bien. De hecho, sigo sin comprender qué es lo que haces aquí. ¿Has viajado hasta Rusia solo para dar con alguien que te proporcionó todo lo que necesitabas para atrapar al cabrón que se te llevaba escapando durante meses? Tú no estás bien de la cabeza. Pero bueno… Vámonos de aquí antes de que llegue la policía de Moscú, ni tú ni yo podemos explicar nada de lo que acaba de pasar —dijo Andrea mientras se subía en el coche

Rachel se sentó en el asiento del copiloto sin dejar de apuntar a Andrea con la pistola en el estómago, justo por debajo de la ventanilla para que no se viera desde el exterior.

—Arranca, vamos a donde sea que te hospedes, rápido.

—Inspectora Free, no tiene ningún tipo de autoridad aquí. ¿Qué va a hacer, entregarme? ¿Matarme? —preguntó Andrea dejando de lado el tuteo mientras conducía.

—No, pero he venido a por respuestas y no me iré de aquí sin ellas.

—No tiene ni idea de lo que ocurre, pero evidentemente no debí enviarle esa caja. Fallo mío —dijo Andrea antes de cambiar de carril—. La he cagado pero bien.

CONTINÚA CON LA LECTURA DE “OVERLIGHT PARTE DOS”

Escanea en QR y continúa con novela de “Overlight Parte dos”